

INSTITUTO CARO Y CUERVO

FACULTAD SEMINARIO

ANDRÉS BELLO

MAESTRÍA EN ESCRITURA CREATIVA

BUHARDILLA SUDACA

ANDRÉS MAURICIO CASTAÑO LÓPEZ

BOGOTÁ

2022

INSTITUTO CARO Y CUERVO

FACULTAD SEMINARIO

ANDRÉS BELLO

MAESTRÍA EN ESCRITURA CREATIVA

BUHARDILLA SUDACA

ANDRÉS MAURICIO CASTAÑO LÓPEZ

Trabajo de grado para optar por el título de maestro en escritura creativa

DIRECTOR DEL TRABAJO DE GRADO

GIUSEPPE CAPUTO CEPEDA

BOGOTÁ

2022

BIBLIOTECA JOSÉ MANUEL RIVAS SACCONI

INFORMACION DEL TRABAJO DE GRADO

1. TRABAJO DE GRADO REQUISITO PARA OPTAR AL TÍTULO DE:

MAESTRO EN ESCRITURA CREATIVA

2. TÍTULO DEL TRABAJO DE GRADO:

BUHARDILLA SUDACA

3. SI AUTORIZO NO AUTORIZO

A la biblioteca José Manuel Rivas Sacconi del Instituto Caro y Cuervo para que con fines académicos:

- Ponga el contenido de este trabajo a disposición de los usuarios en la biblioteca digital Palabra, así como en redes de información del país y del exterior, con las cuales tenga convenio la Facultad Seminario Andrés Bello y el Instituto Caro y Cuervo.
- Permita la consulta a los usuarios interesados en el contenido de este trabajo, para usos de finalidad académica, ya sea formato impreso, CD-ROM o digital desde Internet.
- Socialice la producción intelectual de los egresados de las Maestrías del Instituto Caro y Cuervo con la comunidad académica en general.
- Todos los usos, que tengan finalidad académica; de manera especial la divulgación a través de redes de información académica.

De conformidad con lo establecido en el artículo 30 de la Ley 23 de 1982 y el artículo 11 de la Decisión Andina 351 de 1993, "**Los derechos morales sobre el trabajo son propiedad de los autores**", los cuales son irrenunciables, imprescriptibles, inembargables e inalienables. Atendiendo lo anterior, siempre que se consulte la obra, mediante cita bibliográfica se debe dar crédito al trabajo y a su autor.

IDENTIFICACIÓN DEL AUTOR

Nombre completo:

Andrés Mauricio Castaño López

Documento de Identidad:

1032373506

Firma:

DESCRIPCIÓN TRABAJO DE GRADO

AUTOR

Apellidos	Nombres
Castaño López	Andrés Mauricio

DIRECTOR (ES)

Apellidos	Nombres
Caputo Cepeda	Giuseppe

TRABAJO PARA OPTAR POR EL TÍTULO DE: Maestro en escritura creativa

TÍTULO DEL TRABAJO DE GRADO: Buhardilla sudaca

NOMBRE DEL PROGRAMA ACADÉMICO: Maestría en escritura creativa

CIUDAD: Bogotá AÑO DE PRESENTACIÓN DEL TRABAJO: 2022

NÚMERO DE PÁGINAS: 152

TIPO DE ILUSTRACIONES: Ilustraciones ___ Mapas ___ Retratos ___ Tablas, gráficos y diagramas ___ Planos ___ Láminas ___ Fotografías ___

MATERIAL ANEXO (Vídeo, audio, multimedia):

Duración del audiovisual: _____ Minutos.

Otro. ¿Cuál? _____

Sistema: Americano NTSC _____ Europeo PAL _____ SECAM _____

Número de archivos dentro del CD, en caso de incluirse un CD-ROM diferente al trabajo de grado: _____

PREMIO O DISTINCIÓN (En caso de ser Laureadas o tener una mención especial):

_____ Tesis Laureada _____

DESCRIPTORES O PALABRAS CLAVES: Son los términos que definen los temas que identifican el contenido. *(En caso de duda para designar estos descriptores, se recomienda consultar a la dirección de biblioteca en el correo electrónico*

biblioteca@caroycuervo.gov.co):

ESPAÑOL	INGLÉS
Literatura latinoamericana	Latin American literature
Cuento	Short story
Ficción	Fiction
Escritores colombianos	Colombian writers

RESUMEN DEL CONTENIDO Español (máximo 250 palabras):

Buhardilla sudaca es un libro de cuentos que mezcla barbitúricos poéticos, personajes altisonantes y abrumados por la incertidumbre, animales mitológicos, dioses ocultos, pandilleros que cruzan el mapa de un desierto, futbolistas que están al filo del cañón, enamorados que viven el amor como un vicio que se deja o se habita, narcos que ven en la expansión de conciencia el próximo negocio que definirá el futuro. En cualquiera de las páginas del *Buhardilla sudaca* se puede sentir el aura marciana, la oscuridad de la hechicería y la brujería, la plenitud de las plantas sagradas, la palabra de la maravilla y la intensidad narrativa propia de una tradición latinoamericana.

RESUMEN DEL CONTENIDO Inglés (máximo 250 palabras):

Buhardilla sudaca is a short story book which mixes poetic barbiturates, high-sounding characters overwhelmed by uncertainty, mythological animals, hidden gods; gang members who cross the map of a desert, soccer players who are on the edge of the canyon, lovers who live love like a vice that is left or inhabited, drug traffickers who see in the expansion of consciousness the next business that will define the future. In any of the pages of *Buhardilla sudaca* you can feel the Martian aura, the darkness of sorcery and witchcraft, the fullness of sacred plants, the word of wonder and the narrative intensity typical of a Latin American tradition.

TABLA DE CONTENIDO

La escritura como brujería	6
Saga félida	15
El taxidermista de la Obrera	24
Curar del chincual	33
Bufeo colorado	39
Lo que ganamos en el fuego	52
La Yuca Pagliuca	66
Ahí te encargo	73
Música para camaleones	83
Cazador de perros	91
Irse a volver	98
Toxic pogo	116
Los diarios del escape	128

La escritura como brujería

Chano Castaño

Cuando leí por primera vez un texto narrativo, un título de *Escalofríos* del afamado R.L. Stine, mi imaginación despegó, y a la primera que le pregunté por todo ese acontecimiento nuevo que me habitaba fue a mi madre, que estaba haciendo almuerzo en la cocina, y me dijo con ternura y prisa que yo estaba disfrutando de los libros, que de eso se trataba. Imaginar para mí fue, al principio, ver mundos ajenos en mi mente. Ver a los otros, sus proyecciones narrativas, sus canciones, sus pasiones. Las letras, y lo que formaban, la palabra escrita, eran el código secreto que necesitaba para cambiar la vida. Todo fue llegando para ser leído, a diferentes tiempos, en distintos formatos y con intenciones diversas. La esencia siempre ha sido imaginar, debo confesarlo desde el inicio de este ensayo. Y siento que imaginar cada vez con más profundidad y con más vitalidad un libro hace que otros libros aún más profundos y precisos lleguen a la vida de uno, como viajes que te van sumiendo en realidades distintas a las que siempre accedes leyendo.

Nunca he podido distanciar lo que *se ve* ni lo que *se escucha* de la lectura. Ritmo, imagen y tonos hacen parte de lo que la literatura ha traído a mi mente para afrontar el mundo, y al

revés: el mundo me ha dado todo para afrontar con la mejor voluntad los libros que integro a mi viaje interior, y que allí mutan con un montón de cosas que ya he leído (otros libros, otras vidas) y habitan en conjunto (en paz), tal vez, o eso quiero creer. Leer es hacer vivir a otros en uno, abrir el espacio vital de uno al fantasma de otro, y eso es casi un axioma religioso (sino católico), una ruta que evidencia caminos nuevos a la existencia, una experiencia en cuerpo ajeno que desgarrar a la conciencia que se arriesga a estar allí.

Latinoamérica es una tierra donde abundan las narrativas míticas que otorgan poderes a los astros y a las flores, pero así mismo es víctima de violencias mutantes que resuenan de México a la Patagonia. La literatura latinoamericana ha dado cuenta de ello, sin lugar a duda, pero como todo arte, la escritura siempre podrá explorar más, ir más lejos en el sentido de su exploración, y así es como esta tierra genera en uno como escritor un sinnúmero de problemas que están amarrados en sus raíces, en sus ramas y en sus frutos, y que alimentan la musa enferma que intenta dar forma a los libros por venir. O por lo menos los libros por venir que a mí me interesa escribir. Me siento hechizado por Suramérica, por su utopía mutante, deforme, por su lengua salvaje que atraviesa las montañas y los valles y los conflictos y las calles de las ciudades que no se cansan de producir colores, de romper el estado del orden, de emitir gritos de transformación. Jugar de local en el sur como escritor puede ser una trampa o una dicha; como todo oficio plástico, en la escritura, si estás dispuesto a ensuciarte, aprendes mucho más en el trayecto. Y ensuciarte como escritor es leer, sobretodo, pasar las páginas prohibidas, encontrar los libros perdidos que nutren los estilos vernáculos, empaparse de las voces de la calle que también están en las páginas, pero de otra forma. En los libros hay otro eje del patrón

rizomático que es la lengua. Y en los libros escritos en el sur, hay micro y macro geometrías de lo que somos que se despliegan en lo cotidiano. Mandalas de abstracción e inducción donde perdemos el centro para encontrar pistas de nuestro misterio.

*

Ser latinoamericanx basta para entender las máscaras de la estridencia. El carnaval, ceñido a los santos y a las penurias, es una plaza intertemporal donde abandonamos, por instantes, la angustia de la realidad, así como hacemos inefable nuestra maravilla. Igual los libros, que como habitáculos de pocos metros, como buhardillas, enfrentan el reto de crear un mundo narrativo en una experiencia cerrada. Una experiencia de portadas y fronteras, de amistades y distancias, de amores y rupturas que lloramos en la noche sin lágrimas, porque tenemos un ruido y una pulsión adentro que revienta nuestro tiempo narrativo y nunca deja de contarnos esa historia en mil versiones y esa versión en mil historias. Por eso escribo. A ratos, cuando me pega la gana o cuando vuelvo al teclado como una bestia incesante, con la vibra acumulada en las horas de otros trabajos donde se añora la escritura, una escritura que igual nace de la voluntad que uno mismo acecha, como una apuesta a la que vuelve el corazón, lleno de papeles secos que nunca mueren y santxs hechos de poesía.

Debo confesar, *lavar la culpa* (como dice John F. Galindo), que me encantan lxs escritorxs que hablan de la posesión de cuerpos. La inmersión en la conciencia ajena, el traspaso de

voces como si rotaran un porro, la posesión de lugares inhabitados por el cuerpo pero explorados en la mente (que es otro cuerpo y otro renacimiento, cada día), la cacería, el sexo, el deseo, la intuición hecha de pulpos, y esa inefable sensación que hay cuando se habita un libro como una casa de gusto, como el barrio, como una mansión del terror, como la esfera en la que basta nacer para lanzar una nueva esperanza sobre el mundo.

Este ensayo, este lance de sentidos al abismo de la imaginación, nace porque me gustaría explicar mi semántica mística con los libros (tan envidiado que estoy con ellxs), pero ante todo, se escribe porque todo lo que soy se lo debo al ritmo que la literatura ha integrado en mí, en la voz que me ayuda a pedir el amor, a dar las gracias, a crear libros que integren algo de mis popurriscas influencias para el bien común. Ser un alma (basta leer para sentirla) es también arrumar los huesos que están cubiertos en salsa corporal. Yo podría acá nombrar mis influencias máximas, y revelar que me gusta el pulso argentino y mexicano, su volador literario que nos pone una pirámide invertida en el pecho y un desierto abajo de la raíz, pero eso sería insuficiente. Las malas influencias (es decir, las que valen la pena) junto a las malas amistades, conforman el iglú de alas de mariposa que me fumo cada vez que pienso en la tradición. Desafortunadamente tengo el mal gusto de que, muchas veces, me gusta toda.

Lo que sí les puedo decir de estos cuentos, es que habrá santos inútiles (y benévolos, gregarias, amnistícolas), pero sobretodo habrá mucha cumbia y sazón comunitaria, en la buena y en la mala. Si me preguntaran en una rueda de prensa imaginaria ubicada en un cholet alucinante, diría que la muerte nos traspasa, pero que nuestra fórmula para no pensar en que

está cerca, siempre es contar, imaginar el relato del otre, el *testimonio*. Contar la danza, la cachaza, lo que la voz se agarra del mundo, una voz en llamas que funda un hogar lleno de balas perdidas (y cobradas). Contar una buhardilla—donde se sueña—en llamas; donde todxs lxs escritxs de esta tierra cúlmene y del arraso, logran darse cuenta que cada palabra puesta siempre será otro escalón al abismo.

*

Yo no creo en dios, en ninguna personificación humana de una deidad creo, así tenga ocho brazos o pelo largo, buenas o malas intenciones, sea infiel, sátiro o hermoso. Eso sí, debo aclarar que, a pesar de no creer en estos personajes, no desconozco sus poderes y alcances. Es más, me obsesionan. La experiencia me ha mostrado que no son fuerzas divinas, sino *fuerzas mentales, corporales, morales*. También por eso me interesa hablar de la lectura intimista como una experiencia que entrelaza muchas fuentes sensibles, entre ellas esas fuentes religiosas. En ese cruce de sentidos, que es como una intersección de grandes avenidas, viajan en coches distintos las influencias que pueden configurar un presente hipotético. El ser que vive ese presente puede estar leyendo un libro o caminando por el barrio. Las dos situaciones son muy diferentes: en una la interpretación detona la imaginación, mientras que en la otra la interpretación mantiene alerta al caminante. Con el libro me ilusiono mientras que al caminar me vuelvo instintivo (y reflexivo). La imaginación del libro es una incitación a otro mundo posible, a una realidad en deriva, mientras que en la caminata la imaginación es la conclusión

que produce la reflexión, y también el cómo se ve mi pensamiento mientras me transforma siendo vida. Viéndolo bien, las dos experiencias son literarias. Son humanas, para más precisión. Por eso los libros deben ser libres, porque el secreto que guardan está tejido con vidas.

La experiencia religiosa suramericana es un fundamento de nuestra cultura popular. Su gasolina más importante, sin exagerar. Los santos, esa discoteca donde entran negros con pelucas rubias, indios vestidos con mandorla, gitanos de ojos rojos ataviados de espejos, antillanas listas para el *charivari* del fuego, niños que flotan en telas rosadas y sombreros de fieltro, profesores, madres, brujas, alfareros, todos están allí en ese baile de arquetipos travestis a los que ofrecemos rituales y altares, con devoción y esperanza de que el mundo no sea un acecho, el hambre no entre a casa y la protección siempre nos cobije. No es mucho pedir, la verdad. Para una virgen, un santo, un beato o una patrona, figuras que acceden a nuestra imaginación como están en casas y templos, es fácil garantizar futuros posibles. Son empresas bursátiles de la creencia (de la cultura): prometen lo que aún no existe a cambio del valor presente de la devoción. Por eso me gusta mezclar lenguajes de toda esa cultura popular religiosa con los libros. De alguna manera, quien escribe se asigna un puesto en la fila hacia la santidad, no por el milagro o por la ventura, sino por el *testimonio*. Sobretudo un testimonio a la luz de la vida y la imaginación, que a decir verdad, es nuestro contacto permanente con lo sagrado.

La lectura me gusta politizarla, pero a la escritura me encanta mistificarla. En el fondo de lo escrito hay otro texto que surge de un desorden, de un tornado que puede ser el fundillo de la nada o la membrana central de un amplio ser que todo lo contiene en su impermanencia y recreación. Lo bueno de no saberlo, de no haber precisión allí, es que podemos escribirlo con la libertad única que la literatura permite. Los exploradores del abismo, por raparle una frase a Vila-Matas, esos que saltan a buscar el lenguaje de su arte literario en la incertidumbre, encuentran una razón para el nihilismo o la militancia, pero al mismo tiempo, se topan la nítida materia de la que están hechos los libros que estremecen la cordura, una materia que nos impulsa a la descorporalización, y que promueve el ritmo y el trance.

Siempre se me ha hecho que la mejor literatura también es la mejor brujería. Viaja en el tiempo, accede al cuerpo ajeno, se asienta en una mente que existe en el aire, o que ya no existe pero que revive su acústica, llena de nuevos sentidos, en nuestra imaginación; también una ráfaga de literatura bien disparada puede hacernos caer en el trance, y dejarnos allí por un momento, el suficiente para tocar la eternidad con un dedo. La literatura revive la esperanza en la vida (y en la muerte), es un detonante de resistencia y persistencia, y es fabulosa y certera, incongruente y precisa, flotante, espectral y llena de zonas donde podemos sentarnos a fluir con lo que llevamos dentro, con lo que realmente somos.

BUHARDILLA SUDACA

*No sabemos qué es lo que hicimos
para vivir transfigurados.
En especies solares nuestros
Viracochas se confesaron,
y sus cuerpos los recogimos
en sacramento calcinado.*

Gabriela Mistral

Saga félida

Se lanza

Inundada de su abismo

Entre felinas camaradas

Y gatos de burdel.

Yecid Calderón Rodelo

La primera fue Canela. Su olor a monte y el paso de evasión perfecta eran el manto negro que la cubría como piel. Las manos la acariciaban y ella se dejaba mientras parpadeaba lento, como si disfrutara mirar que la tocaran. Tenía los ojos amarillos como una carta vieja y las uñas agudas y punzates. Era tosca, dormilona, fácil, entregada a las mujeres y compañera de siestas. Recuerdo la noche de un asado familiar en que llegó con la cabeza de un tlacuache en el hocico. Todos sintieron asco, menos yo, que me acerqué a cargarla. Escupió la decapitación

antes del amor. Mientras la tenía en brazos al aire maullaba y parlaba su cacería de río sangrante. Parecía que tuviera un tapabocas rojo. Los bigotes carmesí le daban un toque sofisticado. A la mañana siguiente amaneció más limpia que nosotros.

Canela también rompía la vieja onda. En mi casa nunca habíamos tenido mascotas, excepto por dos pescados que murieron en mi infancia dentro de una pecera esférica, y un hámster anarquista que armaba trincheras en cualquier parte. La gata era una excepción. Se masturbaba con la lengua mientras almorzábamos, ronroneaba duro en pose de esfinge junto a mi viejo cuando lo veía metido en sus crucigramas, y detonaba un amor enorme de parte de mi mamá, que siempre la consentía como un día soleado.

Cuando tuvo sus primeras crías fue como si hubieran llegado nietos. Una bailarina punk con la que salía en ese entonces quería adoptar uno de los bichos y fuimos a ver la camada, a tantear su garra. Eran tres criaturas que parecían motas peludas de lavadora. Tres hermanos muy distintos, con el destino escrito en sus maullidos y silencios. Tigre Turrón era blanco, por un costado tenía rayas cimarrón de bengala y por el otro pecas y hexágonos amarillos que lo convertían en un dulce a gatas. Selene era negra, con entalladas pintas blancas que la vestían de forma elegante, y la silueta esbelta que cruzaba los postes de madera de la casa en máscara de coctel, era una fiesta de Venecia. El Sute, en cambio, era una partícula perdida en esta realidad tramada en hidrógeno y oxígeno. Completamente negro y con un sol metido en los ojos, veía todo como un anciano recostado en la piedra filosofal. También tenía unos pelos, pero solo unos cuantos, de diez centímetros de largo sobre todo el lomo, una especie de cresta

de animal marino que buscaba la señal de otras galaxias. Era retraído, parecía no entender qué hacía ahí, o tal vez entendía mucho y era yo quien nunca supo ver. Fue el primero que murió, a pesar de comer lo mismo y vivir igual que los otros dos.

Mientras Tigre Turrón y Selene jugaban a ser lo que vinieron a ser, su madre, Canela, se rascaba la panza sobre la hierba. Ya estaban destetados, así que la bailarina punk decidió llevarse a la gata, porque parecía taciturna y tenía algo de misterio, de agilidad espiritual. Viajaron juntas en una flota desde Honda hasta Bogotá. Al principio la recibieron bien, tan bonita la chiquita, tan ágil y saltarina, pero cuando sus piruetas brincaron como un Godzilla sobre las maquetas del papá arquitecto de la chica punk, a Selene le llegó su cuarto de hora. La expulsaron y acabó en mi casa, donde le dimos la bienvenida como una huésped de lujo. Se apropió de las camas y del techo del edificio con la destreza de un vividor y sobornó los corazones tristes que podían cruzar el pasillo con sus gestos de finura y silencio. Recuerdo cuando llegué de una fiesta a la cinco de la mañana bien puesto en ácido, y antes de entrar al cuarto me miré al espejo. Tenía las pupilas como un pozo oscuro y lleno de magnetismo. Al entrar a mi cuarto, detrás de la cama, brotó un felino con los ojos iguales a los que yo portaba. El encuentro fue genuino y cuando yo me acosté, por fin, después de tanto rebote en la ciudad, sentí que Selene me acompañaba en la partida.

Aunque paulatino, todo cambio de sexo es abrupto. Un día la gata regresó cascadísima de un viaje de techos. Heridas a un costado y un arañón feo en una pata. Cuando el veterinario la estaba examinando en la cama de felpa rosada, me dijo que Selene era un gato. <<Tiene que

cambiarle el nombre para el registro>>. ¿No puede haber un gato queer en *los registros*? Ya lo dijo el sabio Kafka, madrugador de las noches en Praga: esta vida es un proceso. Firmé a nombre de la nueva sexualidad como Black Jack, pero ardía el pulso. Durante unos minutos me costó acostumbrarme, debo confesarlo. No porque prefiriera a la una o al otro (o al otre), sino porque yo no quería enterrar esa historia que había pasado, aunque sentía que era inevitable: ahora una bicha era un bicho y era hermoso, hasta que el veterinario me dijo que tenía que caparlo. <<Hay que inmascular antes de que se vuelva a pelear por sexo>>. ¿En serio? Ni mierda. Esta criatura fascinante que ahonda el misterio de mi existencia, ya de por sí confusa, y que estimula los lenguajes que tengo revueltos desde el ombligo al cerebro, no sería una prueba de domesticación. Ni por el putas. Yo entiendo a la gente que tiene mascotas, ni más faltaba, y que las opera sin dudarlos para darles tranquilidad, pero en ese momento esa cirugía mental no se activó. Ese mecanismo se volvió en contra y logré extraditar de nuevo a Black Jack a la finca, donde viviría los días más felices de su vida junto a su hermano, su madre y el porvenir.

La primera vez que llevé a mi parche de amigos a la finca también fue la primera vez que vi a Merlot. Color ceniza y máscara feral, ostentaba belleza, y un lunar o peca o lugar negro entre sus bigotes le daba porte de Cindy Crawford. Fascinante. Comía chorizo y carne con el hambre de siete tigres, mucho más que el resto de los gatos, y su novio, el viejo seleno, el jacksito de mis ambigüedades, tuvo una camada con ella, que me dejó bien perplejo y triste, no porque haya salido naranja y ojazul, sino porque a los pocos días murió en una microinundación que hubo en el monte a causa de las lluvias. Nunca se supo bien qué pasó. Y

un día, cuando fui de relámpago a pasar un festivo a la finca, vi por última vez al felino de los registros cambiados y a su compañera fiel que también se fue. De los dos apenas me queda esta historia.

Tigre Turrón, el hermano de Black Jack, se quedó en casa. Seguro tenía amores fugaces y escarceos de violencia en las noches de los montes que rodean San Sebastián de Mariquita, pero su guarida fija en el territorio tenía paredes de ladrillo y techos cerrados. Si bien todos los gatos son siesteros, de tirar jale de piojo en cualquier esquina, este se acercaba como una Sherezada que viniera a inocular poéticas del opio. Me inquietó siempre su pose de contarme una historia antes de dormirnos. Me miraba y se lamia una pata, se quedaba quieto y miraba ángulos del mundo como invitando mi perspectiva, y luego hacia vaivenes, se iba y se quedaba, pero nunca dejaba de narrar. Tigre Turrón hablaba, producía colores y formas con su contacto psíquico. No miento cuando digo que le empecé a colocar atunes en la mesa para que me hablara ya satisfecho. Siempre terminaba el plato sin pararse del comedor, y luego me veía comer mientras se lamía toda la boca, casi cantando, y sin pedir algo de más. También empezó a charlar de verdad. Le tirabas una frase y te devolvía un maullido, con tono y misterio. En conversa aquí y allá se convirtió su presencia. La gente lo quería genuinamente. Por eso, cuando el cínico cuidandero de la finca me contó que vio agonizar al gato después de que lo había atropellado alguien en la trocha, lo apercollé con las ganas de sacarle los güevos por los ojos. Pero no. Todos llegamos a morirnos, de alguna manera y con algún destino. Ese viejo no tuvo la culpa y yo solo fui un huérfano de gato que lloró frente a su tranquilidad.

Esa fue la primera generación. Canela, a todas estas, murió en una pelea con una serpiente. Amaneció junto al tanque del lavadero con un mordisco fino debajo de una pata. La enterramos cerca del árbol donde solíamos jugar.

Antes de que se muriera Tigre Turrón, rescaté con María, mi novia en ese entonces, a Tegan. La estaban apedreando unos niños en un conjunto cerrado de casas. Cuando la levanté del suelo se aferró a mi camisa como una última esperanza. Del tumulto de infantes salió una niña a decirme que la gata era suya, que ella era la dueña, y le dije que no, aunque titubeé, pero sí, que no, que habláramos con su mamá para que nos la dieran porque así no se puede vivir, no joda, y la tropa de niñas y niños y María y yo con la gata en brazos como un Moisés siendo salvado de los egipcios, nos dirigimos a la casona imperial. La señora justo estaba fuera y nos atendió de inmediato, además que era imposible ignorar la prole gritona y cuchicheante. Estos niños estaban linchando este animal, yo puedo tenerlo en la casa sin problema y que esté más tranquilo allá. La señora se apretó un codo y me midió, y dijo Sabe qué mijo, llévesela: esa gata cacorra me tiene acabados los muebles y mejor si no está por acá. Mientras el llanto explosivo de la niña empezó a protestarle a su abuela, nos escabullimos entre la enardecida turbita. Salimos de allí y empezamos a escuchar un grupo que me gustaba mucho en ese entonces, Tegan and Sara, y por eso le puse Tegan. *I ve 'got the cure for your crimes.*

Tegan era enfurruñada. Solo se dejaba cargar de mi mamá y a veces de mí. Arañó a una prima en la cara, aunque se les advirtió que no la agarraran, que la dejaran en paz; cazó pájaros con furia, se trepó al techo detrás de un loro que posaba regio en una antena, y fustigó nidos

con hambre de juego. Estaba en su salsa, y cómo no, se lió al hermoso Tigre Turrón, que aún vivía para entonces, todo galán, pandillero de melena dorada entre los frutos y las siestas, y tuvieron una camada preciosa. Uno de ellos era la reencarnación de Black Jack, por eso le puse Blacky. El otro era un cimarrón oscuro, de rayas negras entre un lomo de pecas densas y pétreas. Tenía unas patas hermosas y lo bauticé Panya, que significa garra en hindi. Estos dos también tenían su cosa frita. Una noche estaba durmiendo y empecé a escuchar unos ruidos extraños que venían de la cocina. Empuñé un zurriago por si acaso y me fui entre la oscuridad a ver lo que sucedía. Cuando alumbré la escena con una linterna para ver al bicho que me tenía asustado, era el Blacky tragando aguacate. Voraz, con los dientes verdes y los ojos amarillos brillando en la oscuridad, reveló su gusto. Mientras los otros rechazaban la fruta intensa del valle de la tierra caliente donde vivían, este hermoso ejemplar con nuca de gato de mar y cabeza recia, mascaba naranja, mandarina, papaya y aguacate, su favorito siempre. Era silencioso el Blacky. Si había mucha gente se iba, y solo en las noches de tormenta se acercaba a la cama para buscar calor. Al viejo no le caía tan bien porque una vez pegó un salto de más de dos metros hasta la plataforma que servía de restaurante para los pájaros, y se picó hasta al más colorinche. Hizo lo suyo el gato mientras mi papá gritaba con la manguera en la mano.

El hermano cimarrón, Panya, era elegante y cariñoso. Tuvo miedo cuando pequeño y se encerró en unos bloques de cemento que estaban atrás de la casa. Poco a poco fui ocupando los espacios de los bloques con tubos para que no tuviera dónde esconderse. Cuando llegó el día en que solo quedaba un hueco, salió corriendo hacia el monte pero lo alcancé. Lo llevé hasta la casa y lo puse en el centro. Lo mimé en la medida de lo posible y le dije que este era

su hogar, su lugar, que aquí pertenecía porque aquí los gatos eran amados, entendidos y escuchados, y que los entierros junto a los árboles de sus ancestros seguro se lo maullarían, una noche de estas, de las muchas que podría vivir acá tranquilo, sin prisa por cazar tanto, con más tiempo para quedarse viendo el mundo, como parecía ser su destino. Cuando lo solté de inmediato salió corriendo. Marihuano verguero, seguro pensaría el Panya, pero no, al rato volvió como un alma sin miedo y se arrugó en un mueble a lamerse el orto.

Panya tenía una deformidad en la cola, casi al final. Un pequeño chichón emergía cerca de la punta, y hacía que se viera como una manito de like en el Facebook. Era la cola *todo bien*, sin visajes. Y justo fue Panya quien adoptó a Finlandia, una perra torpe y hermosa que trajeron a la finca, y que trató de imitar los movimientos finos de su amigo gato, sus incertidumbres. Lo imitaba zigzagueando columnas, en el acicale, en la parranda de la pereza. El gato crió a la perra y hasta que lo mató una culebra cerca de donde murió Canela, siempre cuidó de ella como un hermano fiel y lleno de amor can. Hay cosas que nunca cambian.

Panya también fue un gato fotogénico, estelar. Como si supiera que las cámaras lo buscaban con acecho paparazzi, posaba sin pose, vivía con naturalidad frente a la máquina de retratar y deslizaba en el tiempo una oportunidad a la belleza. Sabía moverse, ser lento y quedarse entre los ángulos de una estampa. Nunca se negó a ser una imagen, como nunca se negó a pelear en la noche.

Mis últimos días con Tegan fueron de camaradería. Salía a fumarme un porro atrás de la casa y ella me acompañaba, se subía a un árbol y vigilaba el perímetro. De regreso le daba algo de comer y se iba también a dormir cerca de mis pies por un rato. Así duró un buen tiempo, relajada, respetada y como la reina de la casa. Blacky desapareció, igual que su ancestro. Me los imagino perdiéndose entre los juncos con el paso del felino triste que da la espalda en una despedida elegante. Puro lujo biológico, vitalizo. A Panya también lo enterramos cerca de un árbol, para que luego susurrara señales positivas con su cola de obsidiana a los compadres peludos que pasarán por allí. Tegan, mi adorada y amada Tegan, murió como un Buda, sentada bajo el árbol frente a la casa, con los ojos cerrados, las cuatro patas recogidas dentro de sí. Se desvaneció entre el sol y el río como un fuego en la ceniza.

El taxidermista de la Obrera

Cuando Ícaro regresaba de sus abultados festines nocturnos, el ano le dolía, pero también una eléctrica y vívida satisfacción lo recorría de pies a cabeza. Entraba a su cuarto ya despojado de cualquier arandela o telar, se bajaba de sus tacones, zafaba su turbante de tela oscura brillante y abría la ventana, prendía un cigarrillo y miraba la calle Lorenzo Boturini. Ícaro deja sus brazos en el antepecho de la ventana y bota un humo gris y azul que se queda flotando, casi tibio, mientras avanza en su camino a ser cielo. O *ciela*, diría Ícaro, para luego estamparte un beso desnudo de maldad, cargado con la provocación que te aleja o te acerca a sus poses llenas de canibalismo y belleza.

Mientras fuma, también se queda viendo las casas de la calle Boturini. La colonia Obrera no es la panacea pero es parte del revolcón que tiene la ciudad, de la furia, y eso le gusta. Pasea la mirada mientras la soledad de las 4 de la madrugada se busca a sí misma en el frío.

*

Una noche, su compañera de casa hace una fiesta. Ícaro, nada raro, se viste como mejor puede y promete un performance. Todo sale de lujo. La belleza brota hasta de los baños. El vino se pasea entre los besos y un polvito brillante que le dispara la ternura hasta al más cabrón también aparece de vez en cuando. Ícaro y su amiga son las luminarias y convierten en amor lo que tocan, van de un lado a otro del festín como balsas que avanzan sobre la corriente de un río de humanos. Brazos, piernas, bocas, ojos, todo órgano los busca para subir la palpitación del banquete.

Ícaro entonces va a su ventana favorita de la casa y mira hacia afuera. Un chico delgado y de voz gruesa se acerca y empiezan a hablar. La conversación es agradable porque van a los jardines de la literatura y de la poesía y allí se abrazan a imágenes que comparten y que ahora los acercan más. Están parados en la ventana pero también están en otra parte, donde la dulzura con que se descubren lo es todo. Antes de que se besen, el chico le señala a Ícaro el frente de su casa. ¿Conoces al taxidermista?, le pregunta. No, no. Ni siquiera me había percatado. Y es que al otro lado de la calle Boturini, en letras amarillas de acero sobre un muro rojo, dice claro: Taxidermia Landecor.

*

Ícaro ve al taxidermista por primera vez un día que regresa de su trabajo en la universidad. Es un ruco de ojos azules, barba larga blanca y muñecas gruesas. Nunca se había fijado en ese lugar hasta la noche de la fiesta. Quedó perturbado. Justo en ese momento al taxidermista le entregan unas bolsas negras en las que podría haber perritos muertos, gatitos muertos, hámsters, loras, tiernos hurones listos para disecar. O hasta humanos. La curiosidad y el miedo recorren el cuerpo de Ícaro pero también un deseo lo magnetiza. ¿Qué sabrá hacer el taxidermista con la piel de un marica descarado? ¿Qué sabrá hacer con sus manos que devuelven la vida aunque sea para la pose?

Por un momento se imaginó ir a espiarlo. Necesitaría una excusa. ¿De dónde sacaría un animal muerto? Además, a él se le notaba la cara de persona hipersensible, un taxidermista de experiencia sabe que ese tipo de rostro no es su cliente. ¿Qué hacer? Bueno, ir a buscar un pájaro muerto en los parques es una opción. O hasta un ratón. También podría pedirle que le ayude a coser algún tipo de cuero. ¡Ya está! Eso es. Ícaro sabe que al llegar con un manojito de cueros, el taxidermista entenderá que el tema no es animal sino textil, y entablará un diálogo fácil. Hay que intentarlo.

*

La primera vez fue por accidente.

Mi tío, un cazador curtido de origen italiano pero con mañas de rastreador africano, disparaba a changos, tigres, pumas y búfalos por igual. También a gente, ni qué decir. Cuando se levantaba lleno de confianza nunca cuestionaba el estallido. Mi tío me enseñó a bajar las aves del cielo, cocinarlas en el fuego y guardar sus garfios como talismán. Me heredó el acecho del tigre, el silencio del monte y la habilidad para la sombra. <<Ver en la noche también es ver en la muerte>>, decía, <<porque es la hora perfecta para desaparecer>>. Una taxidermia adecuada debe leer la vitalidad *postmortem*. Debe saber cuál cuerpo de los que está vivo será la mejor opción en la *mortalidad*. La criptotaxidermia es mala suerte. No se puede crear un ser que no existe en la muerte. A la realidad de la muerte sólo puedes traer algo que existe, que está vivo, que fecunda y fue fecundado. Una vida. Algo que a mi tío le tenía sin cuidado. Se casó cuatro veces. Después de la guerra huyó con un soldado que era su amante también y lo terminó asesinando en una reafirmación de su masculinidad, siempre beoda y de gatillo fácil. El tío Armand, cómo olvidarlo. Este diario no sería nada sin él. Cuando me vine a vivir a su casa en Puebla, México, lo encontré cerca de una montaña. <<Esta gente está llena de agujeros y falacias espirituales>>, decía el tío Armand fumando su pipa. <<Me dijeron que la montaña estaba embrujada y que no podría construir nada. Luego me vendieron el terreno casi regalado. Ya llevo diez años y ahora todos quieren vivir acá. Los espantos se fueron con la

inversión inmobiliaria>>. En México aprendí el arte de la taxidermia. Me lo enseñó mi tío luego de volver con sus presas de cacería. Siempre lo hacía solo, a su ritmo, pero un día se fracturó una mano en una de sus expediciones y cuando regresó me pidió ayuda. No quise pero estaba obligado. Sequé la criatura, la corté por el lomo, finamente, y realicé todo el proceso de tejido bajo la dirección de mi tío, que la verdad, estaba asombrado. <<Tienes el talento de la familia>>, me empezó a decir cada vez que veía el resultado impoluto de mi trabajo. Durante meses aprendí a cortar, descuerar, secar, destripar y salar. Los ojos de los animales muertos brillan como un diamante. Por el taller pasó un sphynx, un chow chow panda, un catahoula, varios artiodáctilos, felinos y aves. Todo lo empecé a embalsamar y el tío Armand fundó una empresa: Taxidermia Landecor. El apellido de su cuarta esposa era el más elegante, y ahí lo dejó. Su último deseo antes de morir fue que lo embalsamara también, que lo dejara mejor que en vida, y así fue. Durante casi un mes trabajé en su proceso de taxidermia. Lo fijé en el esplendor de su propia virtud, la de quitar la vida para colocarla en otro lado. Cuando lo hice, que era la primera vez que trabajaba con piel humana, sufrí la iluminación. El arte me reveló que había cruzado una frontera sin marcar.

*

Ícaro decide lanzarse en su misión un viernes en la tarde. Todo el día ha estado observando la casa roja y no ha visto salir al taxidermista. Debe estar adentro, supone. Ícaro baja las

escaleras, abre el portón de su casa, cruza la calle y da un timbrazo largo. Tiene el corazón a mil por hora. Se oye una voz adentro que dice <<¡Un momento!>>, y el pulso de Ícaro se acelera y empieza a sudar. El taxidermista abre la puerta y se miran a los ojos. Parece que se conocieran de antes. <<¿En qué le puedo ayudar?>>, pregunta el ruco mientras se toma la punta de su barba. Ícaro está muy nervioso y se queda callado por un instante. <<Tengo este manojito de cueritos que conseguí en unas chácharas y me gustaría hacerme un vestido con ellos. ¿Usted me podría ayudar?>> El taxidermista hace cara de preocupado, se toma con más fuerza su mentón cubierto de pelo blanco y mira las tiras de cuero. Las toca, y lo hace con una suavidad que Ícaro siente también en su piel, y se excita. <<Tendría que ver un diseño, no soy textilero pero si me das el diseño, podría intentarlo>>. Ícaro se queda viéndolo y a los dos les pasa algo adentro porque tienen que quitarse la mirada por un segundo. Están nerviosos. Ícaro lo sabe pero no lo esperaba. No esperaba que el taxidermista también fuera marica. <<Listo, yo le traigo un diseño, vecino, que esté muy bien>>, y se va contoneando con estilo el culo, porque sabe que ese hombre de manos fuertes lo mira desde atrás con la lascivia que él tanto ama.

*

El diseño se lo ayuda a armar su compañera de casa. Los cueritos, piltrafas, fragmentos de otro vestir, son ahora las moléculas que formarán una nueva prenda. El taxidermista será la mano que borda. Ícaro espera a que sea lunes y cuando cae la tarde baja las escaleras, abre el

portón, cruza la calle y timbra donde su nueva pasión. Viene musical Ícaro, suena lo que siente. El taxidermista abre y tiene el torso desnudo. Es una premonición. Le dice a Ícaro que siga. El portón se cierra a sus espaldas y una sensación de abismo se apropia de los dos. El taxidermista señala el fondo de la casa. Ícaro va primero y casi que puede sentir cosquillas entre sus nalgas. Le encanta. Después de caminar por un corto pasillo desembocan en un taller nauseabundo donde huele a hierro y hay manchas carmíneas en el piso. <<¿Eso es sangre seca?>>, pregunta Ícaro con los ojos de haber visto muchas cosas, y el taxidermista, con una sonrisa pícaro, le dice que sí. <<Los animales que me traen, aunque están muertos, tienen todavía sangre adentro. El secreto está justamente en secarlos bien. La sangre pertenece a la vida verdadera. En una vida después de la muerte la sangre solo trae problemas>>.

Se besan primero con la pasión de unos sátiros expertos que en cada caricia inflan su intención. El taxidermista se quita el pantalón y los zapatos tan rápido que Ícaro se siente afanado, y se pone de espaldas de inmediato. El taxidermista lo atraviesa de un vergazo. Se quedan así un buen rato, uno dentro del otro, y luego empiezan a moverse. Ícaro está muy excitado, el ruco le aprieta las nalgas con fuerza y lo atrae. Sus cuerpos se juntan, espalda contra abdomen, y tiemblan al unísono mientras están cada vez más juntos. Luego de gritar y babear sus manos en la boca, de tragarse al otro, sus cuerpos caen sobre el suelo del taller. Se duermen sin darse cuenta.

*

Cuando Ícaro despierta lo primero que ve es la cámara de video frente a él. Su cuerpo está adormecido por completo, sus brazos cuelgan del techo y sus piernas están aferradas al suelo con una cadena. Huele a mierda y a sangre. El taxidermista se acerca. Viene con mascarilla, una bata de cuero y arrastra una mesa de instrumentos quirúrgicos. <<Te voy a convertir en una obra de arte>>, le dice a Ícaro, que ni siquiera puede gesticular una palabra de lo drogado que está. Lo primero es sacar la sangre. Ícaro ni siente, pero tiene dos agujas anchas como un cable en las venas de la entrepierna, y otras dos atrás de la nuca. El taxidermista activa la bomba y el líquido vital abandona el cuerpo en quince minutos. Esa sangre no se pierde. Usualmente se la vende a sectas que hacen ritos o a pendejos que se creen vampiros. Hay de todo. El cuerpo se pone como una hoja de impresión. Su blancura es algo verdusca y opaca. Así colgado de las cadenas tiene un aire heroico. El taxidermista se coloca los guantes de nitrilo, toma el escalpelo y hace un corte de canal sobre el abdomen de Ícaro. Deja que se destripe solo. Zanja allí, abre allí y ríe levemente, no porque le parezca chistoso, sino por la felicidad espontánea que produce realizar algo con tanto arte. También vuelve papilla el cerebro a través de un oído y por el otro, lentamente y con una manguera, lo va succionando. Todo se va de paso, los ojos, la lengua, los tímpanos. Su rostro antes lleno se vacía por completo. Cuando el cuerpo de Ícaro está limpio y adentro todo es músculos y nervios, se dedica a realizar el proceso final: descuerarlo. Con precisión y paciencia, el taxidermista corta los pliegues de la piel. El escalpelo avanza como una aleta de tiburón en el mar. La mano busca los ángulos geométricos escondidos que le permitan erigir de nuevo el cuerpo y

retornarlo a la postura. Todo eso implica mirar con calma y conocer las curvas sinuosas de la piel humana, sus secretos allí escritos. Ícaro es un cuerpo magro, privilegiado, de textura tierna. Esa piel debe secarse con sal, tener un proceso de piquelado y curtirse antes de convertirse en una obra. Con el procedimiento adecuado el resultado será magnífico.

*

Muchos años después, cincuenta estatuas humanas fueron encontradas en el taller de la casa ubicada en la calle Lorenzo Boturini 116. Entre ellas, por supuesto, la de Ícaro Del Valle, colombiano con residencia en México, 43 años, académico de prestigio. El autor de esta barbarie, el afamado taxidermista de la colonia Obrera Sergio Lanúz, murió hace un par de meses y sólo hasta hoy se vino a descubrir el secreto que mantenía en su guarida. Vale destacar, que todas las cincuenta estatuas humanas estaban conservadas a la perfección, y sus gestos ferales y sicalípticos permitían dilucidar que los últimos instantes de agonía tal vez fueron placer.

Curar del chincual

El ritual se realizaba en condiciones de sanidad pétrea, terrosa, con muchos ojos encima. La abuela preparaba el cuchillo de obsidiana, pequeño, casi secreto. Sangre de antiguas estirpes estaba allí, marcada en el puñal de luz verde, sombras del existir que igual tenían que irse, porque los espíritus que divagan mucho alrededor de su muerte, nunca parten.

Confinados a cielo abierto, en la breve ceremonia que los reunía, las tías y los tíos desperdigaron la risa como cae el maíz al río, caótico, con esperas que nadie aguarda, con golpes bajos de corriente, y así le dieron un círculo caminando a la niña, graneados en familia. Todos estaban allí por ella, por el imán de concentración, por su futuro, por el ritual que curaría su lengua.

La abuela sacra, en sus manos ya similares a lo que toca el fuego, es decir, a la bendición del éxtasis, cargaba el conjunto de saberes que todos respetaban. En sus dedos reposaba la muerte y la siembra, el hacer amigos y el fregar puñales, el tener tierra y cantar perdiéndola. Sus gestos, de cara y palabra, parecían hechizos que brotan de los fogones, furias de color abiertas que besan el hambre y calman la ira. Cada cuerpo que circulaba mascando chiles

alrededor de estos poderes supo que era el momento. El corte de luz y resistencia estaba cerca. Los estómagos templaron la respiración, y tías y tíos y espíritus triples que habían allí, se tomaron de las manos.

La elegida lloraba y verla era sentir el pulso del mundo. De eso se trata. Ver llorar el cuerpo frágil, terso, sin saber qué será de su suerte, en la cama de piedra forjada por agua, es decir, por la vida. Cuerpo que apenas respira en este vacío lleno de oxígeno. Pero es cuestión de fuerza. No en las patas, ni en el cuello o las muñecas. En el orto, sociedad, en el orto. Ahí es donde toca tener fuerza. Sentir.

La abuela decidió hacer el corte. En la cama de piedra abren de patas a la pariente, que apenas debe tener ocho meses. También, de forma meticulosa, le abren la estrella. Dulce asterisco de placeres que van y vienen. La obsidiana se presta a cortar y la abuela palpa el pulso del cosmos antes de hacer lo suyo. Comienza a tocar el orto que la mantiene concentrada, y cuando en la estimulación el culo aflora casi inocente y muestra sus puntos, le mete un emplasto la abuela, de ceniza fría de fogón telúrico y matas de su jardín, que va más allá de la montaña.

El culito de la elegida se abre más, y a pesar del tamaño de su cuerpo, el chincual está presente. La abuela sabe que si la enfermedad percibe la excitación y el sufrimiento del cuerpo, se irá con naturalidad. Ella necesita la magia arbórea, del palito, el tronco, la rama, y con la obsidiana oscura hace un corte en un tallito delgado, fino, luego lo encera del emplasto tanimbú, y perfila el mete saca hacia la estrella para limpiar lo que no sirve en su tierra. Una pirámide sin base, un tipi, es lo que ve la niña en su desmemoria sangrienta, y la abuela hechicera empuña su cuchillo con fuerza, y suelta un sublime grito que avispa al círculo de

testigos. Grita la niña, grita la abuela, y la voz de las mujeres se hace un trueno inmenso en la noche oscura.

Mientras la infanta herida sangra entre las nalgas como si se le derramara el kundalini, los que están ahí alistan tortillas, ponen la carne, el chile, dios que despierta, y el resto de ingredientes. Tragan, magullen, bajan con cheve el picantico, y van disparando sonidos de placer que atraviesan sus fogosos labios. En tanto, la niña llora como si por primera vez de la tierra brotara una planta roja.

La abuela no limpia el cuchillo de obsidiana, solo venda el palito de la curación en hojitas de tamal, y se lo guarda en el bolsillo de la curandera, siempre cerca de la cadera y nunca tan al centro. Lo guarda para la próxima deriva de la prole que tenga que ser curada del chincual, solo para quemarlo en ese día futuro, como señal de que lo que tiene rito tiene ritmo. Porque quien busca entre la lengua el sabor picante de la tierra, quien abraza el sudor frío del sabor picoso cada tarde, quien vive, pelea y refriega por el sabor enchilado que todo lo estimula, es alguien que merece los cálidos y vastos septenos del sol, y la gloria de la noche y la respuesta del amanecer de los días, pero así mismo, esa alma debe dejar que le curen el orto.

*

Este colombiano se las trae. Me sacó a bailar una noche que me fui de copas con las morras del trabajo, y la cumbia surtió efecto. Me besó antes del tercer mezcal, y no paraba de contarme historias que parecían hechas en México, en Guatemala, en ese Brasil profundo al

que me fui cuando estudiaba mi doctorado en antropología. Lo que se trae es que me gusta su boquita cuando se abre y suelta pura dulzura y cositas pequeñitas, aunque sin caer en el hablado opaco de ciertos bogotanos que conocí en una trajinera de Xochimilco. Parecían tener una sordina defectuosa en el hocico. A cada rato pausaban como si tomaran aire y luego hablaban como soltando chorritos de oxígeno, de a poco, apocados, aburridos. A este ni le he preguntado de dónde es, me confunde su acento. Pero su cadera es un trompo y su risa me hace reír a mí también, sin chistes, a mí, que soy la más buleadora y dependo siempre del comentario destructor. Dime, ¿eso no es puro quereme, puro chilito del bueno, pura salsita sabrososa? Ay, cómo me pone este reguetón y esa cumbia que estira la malicia y esa Britney que me libera y me deja mandarle una mano al colombiano a su herramienta, que está férrea, despuntando la media noche, y yo me siento temblar junto a mí misma, casi igualita, a una bocanada de pique sinaloense.

Obvio pilotos que me traigo volando al sureño a la casa. Le saco el ala de mis sostén y se pone como un ternero a lamerme los pezones en punta, como si buscara una leche cuántica que lo sanara de sus desmadres. Me trae aquí, cerquita del tum tum este colombiano, porque no deja de mirarme como un misterio mientras me la chupa, y porque no se ha quejado de toda la comida que le embutí de camino hasta acá, hasta mi cama, hasta mis aposentos aztecas. Parece curado del chincual, pero de eso me daré cuenta más tarde, ahoritica, cuando lo tenga patiabierta y listo para drenarle toda la energía.

Me deja mamársela quietico, casi tembloroso. Parece un animalito en cada vestido que le pongo a su verga con mis labios y mis babas. A mí se me inunda toda la pachorra mientras hago el trabajo, porque está dura y palpita igual a la gravedad cuando te agarra el clítoris un

verano. Luego de tenerlo nervioso y pétreo le pongo la lengua en la estrella, en el pozo negro de fuego. Se aviva al principio, le dan cosquillitas, y va disponiendo la tienda para el banquete y se abre de piernas, y mi lengua entra en su culo como un lanzallamas en Vietnam, a todo lo que marca, a complotar bacteria y buscar sabor, y qué dicen, el colombiano empieza a ponerse macizo, casi industrial, y se viene como una fuente romana mientras yo le repaso el orto con mi boca, que lo tiene cerradito, prístino, sin picantico pues.

Luego nos pusimos a charlar. Me cuenta sus teorías lococonas del universo mientras hacemos piojito, un Carl Sagan con la vía láctea derramada en el fundillo. Llorar sobre leche derramada es triste, pero aquí todo era avena de primaveras al solar. Nos miramos a los ojos y él me sigue contando sobre Teusaquillo, el diciembre de sol en Bogotá, la cicla que se llama Coral, y sobre su familia, no solo de sangre, sino la del barrio, la que se unió en la calle. Cuando por fin se calla la jetica, le zampo un beso y le pongo mi pelvis en la boca.

En el segundo polvo hay penetración, perrito, mechones al aire en sudor salino y agarrones de cuello y culo, de muslo tenso y grupa en brasa, lengua de salsa en saliva de humano dulce, que deseo es lo que tengo, y cuando me vengo a chorros encima del colombiano, el parece ahogarse y ríe de nuevo con ese gesto que me pone. Ecuaciones como poses, geometrías musculares, mecánicas solares (aunque la noche fuera y el amanecer viniera), y cuando por fin se quiere venir, me salgo de su trono y me pongo a lamerle el culo, con tanto ahínco y brujería que no solo se viene, sino que se caga a gritos, sobre mi cara y las sábanas púrpura, que son prueba de amor con mi máscara que corre hacia la ducha en risas.

Cuando vuelvo del baño griego, el colombiano está recogido en piernas. Temeroso, me dice que lo siente. <<La sociedad me ha vuelto frágil. Con Radiohead me dan pedos tristes que

circulan de mi cintura a mis ojos, y contigo me dan ganas de estar roto. Por dentro y por fuera.>> Entonces le cuento del chincual. De curarse para comer bien, no tener brotes y conquistar las cocinas más fogosas del globo. Se entusiasma la moncha natural del colombiano, es presa fácil desde el estómago, como todos los bípedos. Y antes de que le robe un beso, le digo una frase para que también se calmen sus dolores musculares:

<<El ritual se realizaba en condiciones de sanidad pétrea, terrosa, con muchos ojos encima. La abuela preparaba el cuchillo de obsidiana, pequeño, casi secreto...>>

Bufeo colorado

Cinco delfines remeros

su barca le cortejaban.

Dos ángeles marineros,

invisibles, le guiaban.

Rafael Alberti

La inglesa Nataly Evans Hardy pensó que su estadía en el Amazonas se convertiría en la aventura que daría una coordenada a sus días, que yacían perdidos en una revista de moda donde sus codos se ponían rojos mientras leía datos en una portátil llena de pegatinas psicodélicas. Los tiempos muertos le bastaban para lanzarse al pub y pedir una pinta de cerveza roja, zamparse un Marlboro blanco y tal vez mirar a un chico guapo que pasara por ahí. Street Wally Clax no era precisamente el epicentro de las fotografías globalizadas de Instagram, aunque sí un puerto de migrantes que lavaban platos, vestían de botarga animal o arrastraban gente afanada en bicitaxis. Escribir sobre ellos le hubiera fascinado. Eran historias que temblaban en el pulso del mundo, porque era necesario saberlas y habitarlas. Entender lo

que estaba pasando no era cuestión de chatarrizar los dedos tecleando frases sobre telas y cortes fascinantes. La realidad estaba hecha de problemas con filigranas de pentalito, estafa y contaminación. Si tuviera las agallas suficientes para dejar todo y salir detrás de una buena historia, ya estaría sudando en algún lugar difícil, pero le teme a su falta de campo. La justicia social no está en su hoja de vida. La reportera de las pasarelas no se siente cómoda al imaginar los ángulos de otras realidades, lejanas y que laten como un acecho de fiera. Nataly Evans Hardy no sabe lo que quiere, si estar aquí o estar allá, si renunciar y largarse con el finiquito o pedir un ascenso y ganar más tiempo muriendo de a pocos frente al computador. El dolor también es tener que escribir algo que no quieres. No solo es desazón. También hay una agonía en estrujar cada palabra hasta el final de mes. Aparte, su homeópata, un turco de cejas fuertes, le dice que esas bolsitas en el orto son hemorroides, y que se deben a que está desubicada: <<Nataly, si no resuelves donde quieres estar, se te brota el culo>>, le afirma sin sarcasmo el médico. Ni más ni menos: el culo, y ella que lo tiene respingado y rosadito y siempre listo a darle aventura.

Nataly habla con el editor de El Estertor, un cubano muy amable de voz engolotada, justo el día en que se le estalla una hemorroide en la oficina. Para que no la vean sangrar camina de espalda contra la pared, toma su mochila y se va sin decir nada. La redacción de moda no es para estar de cuerpo presente, para eso hay modelos. En su casa, más cómoda y desnuda, se trata de curar con una crema. Es imposible. Llama al homeópata y le dice que venga urgente. El turco acepta, no sólo porque le tiene ganas sino porque curar hemorroides también se trata de enderezar destinos, y eso lo obsesiona. El editor cubano de El Estertor la vuelve a llamar.

<<Oye, mami, ve echando que lo tuyo está resuelto. Ya tengo tus boletos compraos y la estadía cinco estrellas en Leticia>>. Nataly no lo puede creer. Su misión, si decide aceptarla, será meterse en el Amazonas profundo y buscar las narraciones de los colonos madereros, que deforestan por hambre y para tener algo que hacer. *Yes, of course!*, dice Nataly, y el cubano al otro lado de la línea suelta una risa y dice algo que ella no entiende, pero *Yes, yes*, y el timbre de su apartamento suena. Debe ser el médico turco. Cuelga y cuando se da cuenta abre la puerta sin ropa.

Lo bueno de las relaciones que no duran mucho es que se terminan como un cigarro: en su punto. Si las puedes prender y apagar como un porro, dejándolas en fuego lento a la orilla del cenicero rotativo de la cama, el cinismo te quemará (o la frecuencia). Si follas bien casi nunca perderás, y Nataly se curó de sus hemorroides y disfrutó unos días en el campo con su médico turco, que bien supo llenarla de ungüentos y brevajes estimulantes para su cuerpo en múltiples direcciones, y le prometió cuidarla a la distancia, por si en un descuido tenía problemas en la selva. Le dio un número privado para que lo llamara a cualquier hora. Nataly lo guardó como una última prueba del mundo que dejaba pero también como un hilo que la uniera a él, no sólo porque le gustaba tener a alguien que se preocupara por ella, sino porque acordarse de su mirada la llenaba de una felinidad singular. Ronroneaba a solas cuando la memoria le definía la soledad. Se despidieron en Street Wally Clax, Nataly fue por sus cosas a la oficina y luego tomó un taxi para el aeropuerto. Su último beso le dejó una sensación reseca, tal vez por el exceso matutino de OG Kush.

II

Cuando la periodista aterriza, por fin, en Leticia, el tipo que la espera con un letrero de cartón que tiene su nombre, le dice que antes de ir al hotel deben pasar por una oficina donde le darán la acreditación de prensa. El buró donde la reciben es una mezcla de guarida policiva y recinto de campaña política, tiene mulatos e indígenas sudados en camisa sentados en escritorios de madera, y todos la miran, sin falta, mientras ella se distrae con las fotografías y mapas del lugar.

En el hotel pide agua fría, compra unos cigarrillos, se da un baño y sale a dar una vuelta para buscar sus primeros contactos. Las preguntas que hace no parecen adecuadas, los lugares que visita tampoco, y cuando saca la cámara, un racimo de ojos que no se ven le llegan como una presión invisible. La región más transparente es la psicosis. Nataly no tiene la ruta de su texto pero no le importa, el estrés no parece venir de ahí. Por cosas de la circunvalación periodística, termina en la misma oficina donde le dieron la credencial. Uno de los funcionarios, Tike Buenavista, decide que se encargará de todo lo que la corresponsal necesita. El tipo se mueve con más ligereza que un cursor. Va y viene con carpetas y papeles que se supone deben ayudar a Nataly, pero todo es un desorden. Escribir sobre madereros ilegales que acaban la selva no es lo mismo que buscar una frase para resaltar, una vez más, el estilo de una creación. Acá debía escribir su miedo, dejarlo filtrarse en las líneas que su intuición le fuera revelando y sacar la verdad de las entrañas, de lo que viera, no podía dejarse engañar por la

voz de un testigo falso. Pero el caos siempre tiene sus luminarias, y Tike Buenavista es una de ellas. Organizar la información tiene sus condiciones. <<Si quiere que hablemos de los madereros, doña Nataly, tiene que ser en mi casa más tarde. Es por un tema de discreción, usted me entiende>>.

La casa del funcionario es sencilla, un patio con espacio para un coche y una sala con un bar y una cocina limpia de baldosas blancas. Al fondo hay una escalera que dirige al segundo piso. Cuando empiezan a charlar, el aguardiente y la grabadora se mezclan en la mesa. También fuman tabaco brasileño y se miran sin parpadear. Tike Buenavista suelta enterita la sopa. Le habla de rutas, contactos, mercados, bandas. No se detiene a especificar porque no acusa a nadie, pero detalla las maneras en que los madereros se mueven y cómo pelean y negocian con los ejércitos presentes: <<Todos los que tienen armas agarran un pedacito de esa torta, ¿me entiende doña Nataly?>>, y la corresponsal extranjera mientras tanto observa al funcionario sentado en su poltrona de mimbre con amarres de cáñamo, casi un rey, un narrador efusivo que sirve tragos con prisa y calienta el ambiente con sus escenas sencillas, misteriosas a ratos, pero con los rastros indicados para que un texto se convierta en radiografía. Se emborrachan y el funcionario intenta besar a la inglesa. Ella se deja un rato, otro no. Abren una segunda botella. <<Estrá mejorr que a nterior>>, dice ella en sus español machacado. Piden algo de comer y vuelven a fumar tabacos brasileños. Nataly no se siente bien, pero el funcionario es un pulpo de soluciones. Coloca debajo de su lengua un polvo verde. Al rato la periodista se siente mejor que nunca y ahora es ella quien cuenta la historia. Le habla de su vida frustrada, de Londres, de cómo perdía todos los días una batalla frente al teclado (como si esa batalla no estuviera perdida también ahora, en este instante). Le cuenta del médico turco,

de su adicción al éxtasis, de su desconocimiento casi total de Colombia, de su nueva labor. Ahora parecen empatados en la mesa. Una tensión extraña abarca todo. Ella detiene su parloteo y él se acomoda en la poltrona. La trata de besar pero ella no quiere. La botella está en la mitad pero ya no pueden más. Tike Buenavista le dice adiós a Nataly en su puerta, y se graba el rostro del piloto del tuk-tuk que la lleva a su hotel.

III

La reportera cruza la frontera de Leticia con Tabatinga en varias ocasiones acompañada de Tike Buenavista, que a veces es saludado y a veces no. Su actitud cambia con el comercio y las frituras a las que están expuestos. <<Estoy a dieta, doña Nataly>>, dice mientras cruzan a pie un mercado lleno de olores y construido con eficiencia e improvisación. En un puestito de películas piratas los atiende un brasileño, Jairzinho, un tipo robusto, de nariz peso mosca, rapado y con un tatuaje de un payaso en el hombro derecho. Habla de un trabajo que tuvo hace años en el emporio maderero: <<La madera iba y venía por el río y también los cuerpos>>, dice mientras se azora y mira a un lado con disimulo. Se toma la barbilla cuando ve la grabadora y prefiere que hablen afuera. Cierra el local y los lleva a otro puestito, donde una anciana les vende cigarrillos y café. Salen de allí y se sientan en una plaza a unas calles del mercado. Jairzinho respira y empieza a hablar: <<De monte, de monte, yo solo vi un jefe. Era

tigre, bravo, un hacha pa bajar madera y coca. Yo me uní porque él me dijo, sino pa qué. El tigre daba confianza, cazaba con la palabra, estaba protegido por un diente de bufeo. Un día bajamos unos árboles por el río encima de unos rieles hechos con canecas, y nos cayó el ejército. Plomo por arriba, por debajo, solo bala. Yo me tiré de la canoa, me hice detrás de un árbol como un bicho, me acurruqué. Salí vivo porque yo no soy malo. El tigre y yo fuimos los únicos vivitos y ahí nos volvimos amigos. Luego fue pura trocha y plata. No teníamos dónde gastarla, allá encerrados entre el *mato* el dinero no es igual. Se gasta más y se disfruta menos. Vive uno azorado>>. Tike Buenavista los deja solos mientras cruza la calle por unos refrescos. <<El tigre era bueno conmigo pero luego de la emboscada se llenó de escama. Ni a las putas las trataba bien. Si le ponían unos tragos de cachaza enfrente, seguro alguien acababa muerto. Preferíamos mantenerlo sobrio, con una que otra diversión muy de vez en cuando, y ya. Si el tigre se soplaba seguro había sangre>>. Jairzinho seca el sudor de su frente con una toalla pequeña que lleva en el hombro izquierdo. Nataly le hace una pregunta mientras le ofrece un cigarrillo. <<Gracias, ya no fumo. Lo dejé cuando me salí del contrabando. En esa época maderera también cargábamos coca y cigarros. Nos daban la coquita en los puertos y también compraban los cigarros ahí mismo. De un lado a otro movíamos lo que sobraba en los laboratorios, en los puertos, y mientras cobrábamos la madera también sacábamos una platica por ese lado. Como en Colombia, el rebusque es ley acá>>. Jairzinho a ratos parece un colombiano, a ratos un brasileño amazónico, a ratos un latinoamericano con demasiadas presiones encima, la familia la primera de ellas. <<Son muchas bocas en la casa, si no llevo los frijoles y el arroz, la mujer me quita la cabeza. Es más brava que el tigre>>. Nataly planea soportar diez minutos más la entrevista. Ya descubrió que Jairzinho tiene un límite. Sus

historias llegan hasta un muro que él mismo construye haciéndose el pendejo, dando rodeos, repitiendo unas cosas y olvidando otras, y ya basta. La inglesa tira la toalla y apaga la grabadora, y Tike Buenavista asoma justo en ese momento con los vasos de refresco helados. Beben sin hacer más preguntas. También fuman y se miran con los ojos cerrados por el sol del medio día. Se despiden de Jairzinho con una sonrisa pero el tipo se queda esperando algo más. Tike entonces saca un par de billetes del bolsillo y se los pasa. La reportera se indigna: <<Nunca pago por la información>>, le dice a Tike. <<Yo tampoco, señorita, ni más faltaba, pero a Jairzinho toca ayudarlo, no es fácil estar hablando de esas cosas y seguro lo vamos a volver a ver>>.

Cuando salen del mercado de Tabatinga y están a punto de pasar a Leticia, se cruzan un grupo de niños. Todos se quedan mirando a Nataly con estupor y alegría misteriosa. <<¿Por qué me ven de esa manera?>>, le pregunta a su acompañante. <<Porque usted es un delfín rosado, señorita>>, le responde Tike Buenavista. <<Se dice que las mujeres como usted, rubias y de ojos claros, son delfines que salen del río en la noche y empiezan a buscar sexo desenfrenado con ese cuerpo tan atractivo>>. La reportera va ralentizando su paso hasta que se queda quieta. Está en shock. Pide un cigarrillo y se sienta junto al puesto militar de la frontera. Los soldados la miran con misterio y fascinación.

IV

Después de escribir las primeras mil palabras de la crónica, Nataly siente que los dedos, por hoy, no le dan más. Decide cambiar de formato. Escribe a mano en una agenda de papel reciclado. Se pulsea diferente la palabra así, con la muñeca sintiendo la forma de las letras. En el teclado la cosa es más ágil, más vertiginosa. Se conciben ritmos diferentes. Tal vez la escritura de la mano tiene más consciencia y menos ritmo, mientras la del teclado es más automática y segmentada, se deja mezclar más fácil. Nataly sabe que escribir nunca es un acto simple, menos cuando se trata de contar algo que está “mal”. De alguna manera, después de un tiempo, escribir pasa de ser una experiencia de flujo espontáneo placentero a ser el producto de un esfuerzo. Sentarse frente al teclado y no entregarse al tedio o a la fatiga, conlleva una concentración que no todos logran fácilmente. El día que eso no sucede, la jornada en que la línea de trabajo se difumina muy fácil, es porque se acabó. Se terminó ese poder en ti. Ojalá nunca tenga fin. Ojalá te acompañe hasta el fin de los días, piensa Nataly, y se queda mirando el verde arbóreo que se levanta detrás de las casas que forman ese pequeño y caluroso lugar llamado Leticia.

Prende el estéreo. Tal vez la tierra caliente sea una ópera distinta si la música le da un toque. Y sí, Russo Passapusso, un brasileño *mulato*, *ta curtindo um barato, no calor tá na Bahía no maior astral*. Nataly coloca la tetera y se desliza alrededor de la mesa con soltura, bailando suave, a lo inglés, como un Beatle que se queda solo, desnudo, y siente que las arañas le hacen cosquillas, le curten la medida. Nataly flota en el aire y se cree un delfín, por un momento se visualiza rosada y embutidita en el cuerpo de un delfín pink flamenco que a la

velocidad de un desliz se llena de agua, y es el río, pero también es Nataly y el *anjo* que canta el Passapusso, y cuando la tetera hierve la canción termina y deja todo a la deriva del final.

Pero eso no era suficiente. Nataly se puso a escuchar Ava Rocha, otra brasileña (cerquita ese terruño) y colocó en el estéreo *Joana Dark*, o Yoana Darki, Lluana Darky. ¿Cuál será? Qué viva el diablo y esta periodista desnuda circunvalando con una taza de té en la mano lo sabe. Se afecta, el trombón la tira como baba de amante, la recoge, la dispersa, y *sou eu queimando*, *sou eu quemando na fogueira do pecado*, y aunque Nataly no tiene nada de *feiticera* ni carbura la *macoña* paraguaya como tiniebla tropical, se arrastra en el fango de la rola y burbujea su espalda mientras los codos limpian el suelo, casi estrangulada por el ritmo, incubo del tambor activo y que escribe pero eso apenas lo piensa la reportera, que decae, se abre, de brazos y de piernas, ni como ella no sabe y lo sabe aunque ni sepa, y en el enredo de la cadera rueda como un ritual que encuentra su centro de gravedad, además, vine a verte bailar, le dice el *feitiço*, la voz de mando, *sou eu quemando na fogueira do Diablo*, *Joana Dark*, y Nataly se ve saltar al agua del río como un último escape de sí misma.

V

Tike Buenavista le lleva un desayuno potente de sopa de pirarucú a Nataly, que lo agradece con voracidad mientras le pide una cerveza fría extra y un paquete de cigarrillos. <<Anoche me fui al carajo>>, le dice la reportera al funcionario, y no hay nada qué hacer. O eso parece ser la realidad mientras ella consume el pescado sin cuestionar limón o sal. Luego se viste y

salen. Se dirigen a un buquecito que parece sacado de una escena del tío Tom, una embarcación aquietada en un puerto barato junto al río pero que es el único lugar donde existe aquí la capacidad aspiracional. Está el lujo y la crema leticiiana, cada quien lleva su trago fino de contrabando, es decir, de confianza, y en el fondo hay una orquesta sabrosa que dispara sonos del Mestre Verequete. Nataly se deja llevar de Tike Buenavista y llegan a una mesa privilegiada dentro del buquecito. Le presentan a los comensales, a las señoras, a los juveniles. Uno de ellos, de melena babilónica y Lacoste blanca ceñida, la mira como un yacaré. La presa es inglesa. Ella lo sabe y se despista de la mesa hasta la vera del buque, donde puede ver el río como una postal que vale la pena vivir, no posar. Cuando saca su cigarro, el tipo de la melena testosterónica aborda su espalda como un susto, y le ofrece fuego en un Zippo dorado que no tendría porque estar ahí. <<¿No quieres un charutico?>>, le dice el peludo mientras saca un tabaco bien torcido y fresco. Nataly, isabelina y punketa a la vez, decide guardar su marlborito simple y aceptar uno de los cigarros del señor ese que la deja deseosa y con ganas de no trabajar. Sabe de literatura, le nombra a Lalo Guerrero y pide una canción, se la conceden, luego la cronista de modas se ve metida en un baile de corte tipituki donde las prendas son lo de menos, y mientras ella baila hoy más calmada que ayer, el tipo le hace preguntas que la ponen, la suben de ahí a otro lugar y hasta le hacen gracia, cómo no mijita, y cuando la banda sacude el ritmo para que todos den un pasito adelante, se besan pero no, mero disimulo, pudor idiota que no va con el vestido de caída fácil que ella prenda ni con la camisa de pocos botones cerrados que él porta. Los dos hacen buena pareja, y la fiesta se da cuenta, así que no dejan de bailar, y lo siguen haciendo como un trabajo que vale la pena, con gusto, y de repente ella deja que un acercamiento ya esté bien acá, más acá, y venga que el beso es arrebató y

carne rica y rápida humedad y la fiesta casi aplaude y el buquecito parece mecerse un poco, por primera vez, y entonces él le cuenta que vive en el río en una casa flotante, que se mueve de Manaos a los llanos, por todas las aguas donde sus lanchas y máquinas puedan ingresar, y ella siente que el centro de gravedad de su crónica está enfrente y sigue dejando que hable, hasta que llega la noche y se van de allí, no muy lejos, porque tan poco se puede ir muy allá, donde el verde todo lo consume, no, hay que estar acá, y la reportera lo sabe mientras desliza su excitación en el ombligo tenso que recibe sus mordiscos, y entonces ve por primera vez el tatuaje del tigre que corre por la espalda de su amante. Cogen y mambean, se disparan unos rones, consagran y se humean con tabaco, se culean, marómicos y naturales, pero en él todavía hay demasiada violencia y en ella mucha desconfianza como para que se diga amor. Uno, dos, tres polvos, y si quieres no paramos. Se detienen, ya derretidos, cuerpos tirados para dormir bien, y se abrazan por un rato hasta que un sueño de calor envuelve su fatiga.

VI

Sin saber cómo, vuelven al buquecito. Ahora es de terror. Está oscuro y el río hace que la nave se mueva con más fuerza. Nataly está borracha pero intuye que la drogaron. Recuerda, por un segundo, la crónica del taxidermista de la colonia Obrera, que drogaba a sus víctimas para deificarlas en la escultura. Aquí el tema no era ese. Había un ritual de por medio y Nataly era un *delfincito*. <<Hace rato no nos caía una bendición como tú>>, le dice el tipo que se cogió que no sabe cómo se llama. No la maltrata pero ella no puede moverse. Del buquecito se suben a una

canoa pequeña, justo un espacio para ella, su verdugo y un ayudante, uno que ella reconoce de inmediato por aquella entrevista en Tabatinga. <<Vamos a bendecir toda la flota con tu amor>>, le dice el amante que la apretó bien mientras la subía a los arreboles del cielo. Se deslizan por el río similar a como ella bailó alrededor de la mesa, a solas, rápido y sin oposición. Se detienen en un punto. <<Siente a tu manadita, están bien cerca>>, le dice el tipo, y le agarra la cabeza por atrás, suavemente, para que pueda ver el río desde su posición de acostada. Pero ella mira a los ojos a su victimario y descubre el diente blanco que cuelga de su cuello. Los rodea un círculo de brillantes delfines rosados. Circundan, brincan y chapucean. Casi puede oírlos cantar. Cuando la reportera en su devenir adormilado piensa que sonríe, siente la puñalada en el cuello. La degollan, guardan su sangre en cubetas y el cuerpo se lo dan al río y a los delfines, que alegres esperaron la muerte y el sacrificio. Mientras lentamente despresan el cuerpo, la noche del Amazonas ruge como un estallido gutural en el espacio.

Lo que ganamos en el fuego

¿Les darían trabajo? ¿Cuándo llegaría el mundo ideal de hombres y monstruos?

Mariana Enríquez

La declaración del mendigo 001 nos puso un cuervo en llamas adentro del estómago. Ayer, el alcalde decretó que los pordioseros debían tener un permiso para ser lo que son: unos desarrapados sin techo. Pero bueno, qué se le hace. Nos toca emitir el parte de que tienen limpio su expediente judicial, de que no deben nada (de lo que no tienen), para que ellos luego se acerquen a la oficina judicial de Taguará y reclamen su papelito, su licencia para ná. Ser un funcionario público tiene sus cosas buenas, pero las malas usualmente son los muertos y las cagadas de los políticos que trastornan la realidad. Toca igual seguir laburando porque no hay de otra, ni la pistola en el cinto me pone la sopa ni la placa me quita el mugre. Me toca buscarme la papita. ¡El siguiente!

Jueputa, ¡estos haraganes huelen a mierda! ¡López! ¡López! Écheles agua con la manguera afuera que el sol está bueno para que se pongan secos rapidito.

(El teniente que escribe esto es bondad y fogata. Hace del cuaderno de archivo judicial su diario personal, y entre listas en una hoja, vienen parrafadas confesionales en otra. Se sienta en un escritorio caqui, el único mueble que ha sobrevivido tantos culos militares encima, aún más que los puteaderos de Taguará. Mira para enfrente, se sabe lleno de pereza y deber, pero con la inercia que parece a veces una maldición, decide seguir).

—Listo, mijo, ¿usted cómo se llama?

—Lautaro.

—Lautaro qué.

—Lautaro solamente.

—¿No tiene apellido?

—No.

—¿No tiene mamá o papá?

—No... Y si los tengo, no los sabría reconocer.

—No importa, le voy a poner mi apellido para acordarme: Rodríguez.

—Lautaro Rodríguez.

—Eso, mijo. Ahora: ¿de dónde es usted?

—De Chile, soy de Temuco.

—Ni idea dónde es eso, pero no suena cerquita: ¿usted qué hace por acá?

—Yo tampoco sé. Entre varios sueños que me di en los camiones y en la carretera, acabé en este pueblo.

—Qué de malas, a lo bien.

—¿Será?

—¿No le parece? Mírese. Me toca escribir en un hijueputa papel que usted es un pordiosero, pero resulta que no. Es un malparido que ni sabe dónde comienza el mundo ni donde termina su casa, aparte de oler a muerto.

—¿Me puedo bañar acá en la estación?

—Ni por el putas. Pero se puede dar un manguerazo afuera, usted ya sabe.

—Afuera hace frío, acá tienen agua caliente.

—Si lo dejo entrar a usted, Lautaro, después sus camaradas van a querer también el beneficio privado. Ni por el putas, última palabra.

—Yo no necesito licencia para mendigar, simplemente quiero guardar algo de dinero para salir de aquí.

—Yo sé, pero si no le doy la licencia y lo agarran pidiendo, me joden es a mi.

—¿Quién dio la orden?

—El jefecito del pueblo, mijo. El botafirmas que se muerde la corbata. Ese es otro que apesta.

—¿Cómo yo?

—No, usted huele a mierda porque se lo ha ganado. Él huele mal porque es un hijueputa. Y ni eso. Hay una diferencia abismal aunque no parezca.

—No le entiendo.

—No me importa. Voy a declarar que usted fue víctima de un asalto y necesita pedir para su manutención doméstica diaria.

—¿Qué es eso?

—No importa. Firme acá.

—No recuerdo cómo se escribe.

—No me crea tan marica, pero bueno...Pille, imite este nombre que escribí acá en este papel.

—Lo intentaré...¿Está bien así?

—Sí, sí, perfecto. Firma es firma. Aprobado, mijo. Mañana pase por su licencia para mendigar a la oficina de los jueces.

—¿Dónde es eso?

—Al otro lado de la plaza. Salga, cruza por en medio el parque central y ve una casa con un letrero grande que dice JUZGADOS. Ahí presenta este papel y le dan su licencia de mierda.

—¿También huele mal?

—¡Largo de acá, sarnoso! ¡Siguiente!

II

Taguará es un pueblo pequeño, un infiernito, el croquis decimal que todos los días cruzan los mendigos de lado a lado para buscar el pan. Tocan puerta en la iglesia, en la heladería, donde el sastre, esquilman a los viejitos del parque con su mejor versión, y saltan a las galleras

que nunca cierran a ver si cazan la bondad efímera de un borracho. No hay horas perdidas cuando la gente está en la calle. El gofio y el déficit son el espacio de su pelea, la bolsa de valores pordiosera. La pequeña masa de mendigos que vive en Tagurá, siempre hilarante, separada y unida, con los trapos lanceados por el tiempo y las uñas largas, se mantiene vivaz, perseguida por la policía efímeramente y en busca de un roto donde la limpieza de los más pulcros no la alcance. Pelean entre sí, renuevan sus enemistades al ritmo del hambre y buscan la diversión en el eterno vacío que les toca en todas partes. En los platos, en los vasos, en el techo. Vacío es la casa del mendigo. Nadie sabe dónde están, en qué lugar amanecen, con qué se ponen los ojos color otoño. Nadie. En la noche, la manada, con monedas nuevas y sonrisas entumidas, enciende otro camino que nadie conoce, y toma rumbo hacia la densidad oscura de las afueras de Taguará.

III

Al pirata de las licencias lo visité anoche, pa que vean, mis perritos. Me lo encontré en la terminal del pueblo comprando un cigarro. Yo le estaba arrastrando monedas a un turista cuando le vi la pinta de falsete, de truculento, de mentiritas mentirotas. Ya me habían contado quién era esa figura. Me le acerqué sin miedo. También me atendió sin asco. Mis canes, ese man es fino. Me llevó de una a la casa y me imprimió esa vuelta. Yo no tenía nada que darle, obviamente, pero el man me dijo que le hiciera unas entregas de unos cosos en la semana.

Claro, flaco, puras bichas, o merca, o palitos, o macoña, angelitos, porros, maracachambis. Ya lo sé, negro: es peligro, pero, ¿nos vamos a dejar de ese hijueputa alcalde? Me vale verga: pido y le muevo un ratico las ostias a este santo y listo: cuando le acabe de pagar ya ando es relajao. ¿Que cuidado me matan? Nada, lo que es pal pobre es pal feo, así que no me salgas con esas, agonía. ¿Yo? ¿Yo lámpara? Mirá este bobo marico, pero así los cuecen. Alimañas faltas de fe. Los veré mañana suplicando la tabla del pirata.

IV

Cuando a Salomón Baldomero llegó con la idea de pedirle una licencia a los mendigos, el gobernador lo felicitó por haber encontrado un pequeño negocio del que nadie sospecharía, y del que era muy, muy fácil demostrar los réditos. Vagabundo felices, pordioseros transformados, pobres menos pobres, dientes careados ahora sólidos y lúcidos, y fuera trapos, fuera mugre, ahora esa gente podría darse una ducha en cualquier parte por unos cuantos pesitos. Como siempre, pero con la licencia todo sería diferente. Todo sería igual a como sale en las películas que ve el hijo del gobernador, filmadas lejos de este pueblo y cercanas a una ciudad donde los perros caminan hambrientos.

Salomón Baldomero viene de una familia de políticos, dueños del único periódico con tiraje regional y hacendados de tradición, con policultivo y otros negocios, de sombrero engrasado y mirada tranquila pero rencorosa. Las mujeres de su familia, incluyendo su madre,

son católicas de excesiva devoción. Viven del rezo, el vino y la charla. Entre sus tandas de cartas sobre el mantel lleno de bordados coloridos, también piensan en negocios, en cosas que todavía la gente no paga o no debe. A una de esas comadres, la tía Nancy de Farfán, se le ocurrió no solo la licencia para mendigar, también de su cabecita salió el impuesto a las donaciones, los cobros por piso a los comerciantes del parque y las multas carísimas por sacar el perro a cagar. Aunque siempre fueron decretos que la gente no recibió muy bien en el pueblo, se acabaron acoplando, y como toda gentuza que está hecha para el dolor, tejida con tristeza y desafuero desde adentro, pues no solo se amoldaron sino que se volvieron así, de los que pendejamente le soltaban la chequera a los poderosos del pueblo sin preguntar para dónde iban los fondos. La familia Baldomero, los Farfán, los Azola, el clan de Lucy y otro par de grupúsculos granjeros oscuros, eran la fuente del poder en el lugar, y nadie osaba levantar la mano, no tanto por miedo a caer muerto de un tiro sino por una razón más dolorosa y cortante: el destierro.

Era costumbre en Taguará ser juzgado por el pueblo, caer en manos no de los togados sino del tribunal de cientos de índices señalando un rostro. ¡Culpable! ¡Culpable! ¡Culpable! La melodía de la acusación siempre es sólida. Se mantiene. Es un estigma. Te acompaña a todo lado, y los que te señalaron lo saben y muchos de ellos están dispuestos a desaparecerte, a fumigarte, a sacarte de circulación. Lo mejor es irse. *Lejos de aquí, lejos de aquí es la meta*, como dijo el sabio de Praga. Salir por obligación del lugar donde tus raíces hace mucho estaban plantadas, es una aberración. Un lugar sin suelo. Una mala jugada que te deja afuera,

pero la verdad es que en Taguará el extrañamiento de la situación es constante y el poder central es un exprimidor de naranjas que no se detiene.

V

Nada mejor para el control que una buena sentencia. El juececito de bolsillo aprobó las licencias para mendigar y Taguará, por primera vez en sus semanas desde que nació, vio un día sin pordioseros que asustaran la carencia de los otros. Unos felices, otros extrañados, la verdad era que nadie quería pensar en los cuerpos desadaptados que antes acechaban en pandilla. Pero fue eso: un día. Al otro, toda la grupeta de maldecidos apareció haciendo fila y vigilada de cerca por la policía en los juzgados de Taguará. De ahora en adelante, cada mendigo debía ser *registrado*. Aunque no tuviera nada y apenas respirara, el chirrete no podía ser más un indocumentado, menos si ejercía el ahora legalizado oficio del pordioseo. Con la licencia para mendigar al día, cada ambulante hambriento sin donde tirar sus huesos, podía estirar la mano y clamar el auxilio del prójimo. Siempre con permiso. Siempre con el fervor del favor. Así mismo—y lo determina la norma firmada por todas las manos cerradas en mancuernas que tienen el derecho a dar aprobaciones con la escritura—los mendigos tendrán que pagar por la licencia. El heredero máximo de la burocracia de Taguará montó un sistema fascinante. A cada mendigo le dio su licencia, pero eso sí, con un pequeñísimo soborno de por medio, que el malviviente no tenía con qué pagar, claro está, pero entonces Salomón les decía

<<Me quedas al debe>>, y así cada mugroso tenía que sacar algunas monedas del diario recogido para dejarlas en un tarro de lata ubicado en la puerta del ayuntamiento. Cada mendigo pedía y pagaba el soborno, y cuando les preguntaban porque dejaban allí ese auxilio, decían que era para salvar a los perros callejeros. Todos sabían que en Taguará los perros viven mejor que la gente. Todos sabían que un incendio estaba por venir.

VI

Cuando los mendigos empezaron a llegar en masa, la gente pensó que se trataba de una epidemia de vicio. Esa idea suponía que alguien, en cierta casa o residencia infame de Taguará, estaba magnetizando con drogas los espíritus de los advenedizos que llegaban a este poblado pacífico, un lugar que siempre había tratado de no ser violento de forma explícita, ni santo de alguna devoción. Las matronas empezaron a murmurar en voz alta en sus almuerzos que la presencia venenosa del chamuco, del patas, estaba irrigando la tranquilidad de las familias, el orden de las esquinas, la prosperidad de los negocios. Algo había que hacer.

Salomón Baldomero fue el primer doliente que sintió la presión de la gente de bien y de los inversores de Taguará, además de la presencia de miles de arruinados, desdentados y majaretas de todas las edades y tamaños frente al juzgado donde se emitían las licencias. Entre sus informaciones mugrosas, los desechables habían corrido la voz de que el papel servía para algo más que limpiarse el culo. O por lo menos *ese* papel, ese que daban ahí, valía un

almuerzo en la iglesia, un duchazo en la estación de bomberos y una siesta en el resguardo si llegaba a caer tormenta. Por supuesto todo era ficción. Nada mal, se decían a las afueras de Taguará los miserables: nada mal. Y esa falsa solidaridad, esa economía gris, llegó caminando en forma de masa pestilente hasta la plaza protagonista de los rumores, un lugar que no los recibió a plomo porque la policía no tiene tiempo para algo que no sea un torcido, y porque el miedo es la emoción reinante. Lo que distingue al taguareño por excelencia es el pavor que siente por lo foráneo, por lo que no conoce. Por eso cuando un local vuelve con noticias del mundo de afuera, se vuelve casi una pieza de museo, una extravagancia con la cual conversar puede ser un perjuicio o una iluminación. No hay zonas grises, excepto para los mendigos. Son ellos y su pelo que resguarda calendarios y kilómetros de arena y sangre adentro, el gris que Taguará nunca tuvo en su bandera.

VII

La última vez que tuve un carné así, tó plastifícao y firmado, fue cuando estuve en la soldadera, en el ejército, mijo, y eso no servía pá ná, igual todos nos daban tiro donde se

puiera, donde cupiera el plomo aí taque, se lo ponían, compa. Nooo, esa hijueputa licencia para mendigar es una monta, un espanta locas. Si o qué, flaco, yo también digo lo mismo, ese cucho lo que quiere es armar la espantosa, y nosotros bien zaneti... Deberíamos era de... ¡No diga nada, chino! Lucifer está en la garganta, se los he dicho, bazuqueros de mi corazón. No podemos maldecir a nuestro enemigo: hay que atacarlo de raíz. Hay que purificar la santa herencia de la ley. ¡Qué á! O que temos qui hacer es quemá tó, quemá é culo dese hijoputa, qui no fea pa afúea, que nó. Yo estuve debajo del trupillo, cuadro, y una ola que iba y venía me contó esto: que si te la dejas montar, estas cagao, si te dejas azotar, estas cagao. Como me dijo un colega en Sereté: Beikos Biojó está en llamas. Io, que sou da terra do Capeta, te falo: fogo nessa porra do Baldomero. Sí, camarilla, no lo dudemos: firmemos esta sentencia también acá con nuestras manos hechas de ceniza. *Crackolandia taría orgullosa, meu japa*. ¡Sumate a la bandola, flaco, la cascuda no te recoge esta noche! ¡Vamos! ¡Vamos! Sí, yo digo lo mismo muchachos, hay que darle piromanía a esas paredes donde guarda los permisos ese perro. ¿Bichotas estas que nos carburamos, no? Calao, calao, yo ya estoy viendo al venao. Já, severa figura.

VIII

Muchos nuevos mendigos, los más rechazados, se fueron, pero la mayoría formaron poblados en la periferia de Taguará, donde habían estado los desarrapados de antes. Ya no falseaban las licencias porque se dieron cuenta que muchos gringos venían al pueblo solo para

verlos a ellos, a los miserables que ya no eran tan miserables y que formaban, poco a poco, una comunidad en armonía con el resto del pueblo. Todo gracias a la legalidad, gracias al papel. Los gringos también dejaban propina y drogas desconocidas y licores y comida. Eran generosos y pendejos. Creían que al soltar los billetes ya la tenían ganada. Ni de vainas. El cielo se gana por asalto, no a nombre de una franquicia personal. Eso lo tiene claro quien tiene que matar para comer, o quien tiene que escribir para vivir. Detrás de los gringos llegaron los chinos, luego los europeos y a la final se atascó el pueblo de turistas. La economía gris era el nuevo motor de desarrollo. Los turistas se paseaban entre las casuchas ruines y nefandas, llenas de cuerpos en el suelo atestados de incertidumbre y fármacos, y tomaban esas fotos con los dedos temblando, con miedo de hielo, con respeto, como si estuvieran viendo a un dios en vivo y en directo. Un dios que les exigía silencio y permisividad y cash cash cash.

De toda esa economía de la miseria, las comunidades de la zona gris recibían solo las propinas, la presencia de la policía y grupos de comerciantes que venían a humillarlos. Ah, y cómo no, el carrito del juzgado también llegaba a emitir las licencias para los nuevos mendigos que venían de otras partes o que nacían ahí. Todos los días nacían nuevos miembros de la zona gris. Todos los días se empapelaba lo que no tiene nombre. Se cambiaban rostros por hojas, hambre por sellos, dignidad por firmas. Lo que no tiene nombre ahora lo tenía, así nadie supiera bien para qué servía eso. La presión no se hizo esperar y el ambiente se puso tenso en la comunidad. La bola de mierda estalló el día que un francesito jalado por los tragos intentó abusar de una niña. Lo mataron y lo cocinaron en una olla a fuego vivo. La comunidad alrededor de la familia de la infanta se lo tragó enterito, les faltó mascarse las maletas. Los turistas, incluso los acompañantes del viajero ultimado, tomaron fotos y videos hasta la

saciedad. Su mirada es un fenómeno en sí, porque captura, redime y expulsa el mundo. Disparando la cámara se sentían cerca del cielo. Sentían que la zona gris se llenaba de colores, de nuevas líneas, de perspectivas antes no visitadas. Todo falso. Todo mugre. Todo imágenes que terminaban en libros y películas y pantallas del mundo entero, donde la historia era la de un papel que sacó de la pobreza a miles. El relato de la firma bondadosa de un gobernante probo que supo, por fin, qué hacer con la franja paupérrima que azotaba sus negocios prósperos y la belleza de sus calles tradicionales. Los turistas eran los legitimadores de esa historia.

IX

Cuando empezó el fuego todavía no eran las tres de la mañana. Empezó consumiendo las casas grandes de las familias tradicionales de Taguará, las que nunca dijeron que sí ni que no a la zona gris, ni a sus licencias, ni a los abusos. Todos pensaron que era un accidente. Se tapaban la cara de la angustia pero nada más. Luego, empezaron a percatarse que había fuego en otras partes del pueblo, y se angustiaron más, pero sólo lloraban y se tapaban la cara. No llamaban a los bomberos, no trataban de huir, no agarraban una jarra con agua. Nada. Veían que todo se consumía frente a sus narices y en su inacción, tal vez, estaba su paciencia, su ser taguareño más profundo. Sólo fue posible que reaccionaran cuando vieron a los mendigos con las antorchas, a las madres sucias con los bidones de gasolina, a los niños mocosos con las cajas de fósforos, a los perros con la rabia en la boca. No todos se movieron, obviamente hubo

algunos que se dejaron quemar allí parados, con su angustia, su gesto de pereza y su mano en la cara. Los que corrieron se encontraron el resto del pueblo encendido, y así los que venían del norte, los que venían del occidente, los que venían del centro. Todo en llamas. Todo bajo el imparable consumo del fuego.

Salomón Baldomero se asomó junto a dos escoltas al balcón de la alcaldía y vio que el único edificio que faltaba por quemarse era el que lo resguardaba a él y a su familia. Salió despavorido con un revolver en la mano, a dar la guerra, pero en la calle le dieron cacería y lo quemaron en una pira de licencias para mendigar. El fuego se las tragaba con fuerza, escupía chispas alegres mientras las encendía. La zona gris, los arrastrados, los míseros y ruines que corrían de un lado a otro prendiendo todo con gasolina, se organizaron para salir de allí y en cinco minutos abandonaron el caos. Huyeron hacia otra parte, hacia un lugar donde las promesas no fueran solo palabras y papeles.

Algunos se quedaron en las casas que habían construido en la única parte del pueblo que no se quemó, la periferia. El futuro de Taguará estaba allí, en esas casitas hechas con las uñas y con lo que soltaba el monte. Nadie más había tenido tanto futuro entre las manos.

La Yuca Pagliuca

Anfiteatro de la resurrección, el fútbol ofrece seres agonizantes que vuelven a correr.

Cuando la patada de veras da en el blanco, el agraviado se queda quieto.

Juan Villoro

Carlos Corrêa entra al hotel y se dirige a la recepción atendida por una rubia rolliza de chapiri azul. Hace un par de preguntas y mira hacia al fondo, a la zona de los comedores. Busca a Josué Henrique Kaercher con desesperación. Sin mediar palabra, cruza la recepción, entra al restaurante, y mientras avanza entre las mesas, desenfunda el revolver. Se detiene en un comedor redondo de mantel blanco en el que departen tres comensales, dos hombres y una mujer. Uno de esos hombres es Josué, que intenta calmar al pistolero de turno. De nada sirve. Carlos Corrêa apunta, llorando, a Josué Henrique, y sin temblor de manos le abre el pecho de un balazo.

*

En el minuto veinte del primer tiempo, el Kindermann, equipo de fútbol femenino de la liga brasileña, se siente con el agua hasta el cuello. Está con una mujer de menos y su estructura no ha podido modularse para suplir la carencia de la capitana del equipo, la *Yuca* Pagliuca. Los balones elevados trazan la arquitectura del juego, y en un descuido de la marca, Julia Salveira, una delantera espigada de ojos ámbar, cabecea la pelota al fondo de la red, y todo el estadio se infla de esperanza.

*

Eso. Así se siente. Cuando estás decidido a matar un zumbido te recorre el cuerpo de pies a cabeza. Es normal. Una fuerza te penetra psíquicamente y llena de voluptuosidad la salida de tu oído, luego se concentra como fuego en la frente hasta que baja por la boca, dejando un mal sabor que al final se va por tu garganta y, niégamelo Carlos, esa fuerza trabaja llenando de odio y voluntad lo que tiene uno para dar. Dejemos que el zumbido megalómano tome el control, sírvete dos tragos de whisky, carga el revolver y enfúndalo en tu bolsillo. Has pensado la escena miles de veces. Pensarla, como todos lo saben, te va llenando de más odio. Te

empieza a doler la cabeza pero no importa, date otro chupe y piensa en la pólvora que te asegura la justicia. Toma tu coche, vamos, y disparado por la avenida lárgate al hotel.

*

Le pusieron la *Yuca* porque era muy blanca. Su entrenador era Calixto Rodríguez, un colombiano oriundo del Valle que se vino detrás de una brasileña del sur, y vivía encantado diciéndole así a su jugadora favorita: la *Yuca*, la *Yuca*, la *Yuca*. A ella le daba risa, sabía que esa palabra se refería a la mandioca y que no tenía nada de ofensa. También le gustaba como rimaba con su apellido italiano: la *Yuca* Pagliuca. Un verso en corto y un pase al fondo. La *Yuca* era el fichaje de la temporada y la había traído el caleño después de unas vacaciones en Florianópolis. Se puso a ver un partido de mujeres en la playa y quedó impactado con las gambetas, los pases largos y las definiciones de la catarinense. Ese mismo día empezaron las conversaciones. La *Yuca* se vino por un contrato que implicaba una maleta llena de reales. La suma siempre se mantuvo secreta. Empezó a entrenarse de inmediato y en dos partidos se ganó el corazón de la hinchada.

*

Cuando Kaercher destituyó a Calixto, el caleño, sabías que el siguiente en la lista eras tú. Te sacarían sin parpadear del club, ya no servías para nada. Pero eso tampoco lo sabes, solo te llegó el chisme de pasillo, solo te has llenado de odio pensándolo, pero no es suficiente.

También, el día que sacaron al entrenador colombiano, viste como le hablaba a la *Yuca*, con esa boca llena de infamia y esa mirada rijosa. No lo merece la diva, no tiene porque estar velándola esa aberración de Henrique Kaercher . Tienes que matarlo como si no te importara, porque es así: no te importa. Sácale lo que te ha quitado, rápaselo, como él te quitó lo único que tenías, que eran tus entrenamientos y tu apuesta con el equipo en la cancha, sí, de asistente técnico, pero siempre fiel, riguroso, con muchos aciertos. Sí, ya sabes qué hacer. Pero antes abre ese whisky.

*

La primera prueba a superar por parte de la *Yuca*, fue el *bulling* al que la sometieron sus compañeras y el preparador físico, el señor Henrique Kaercher, un calvo fornido de pocas palabras y mirada seria. La orden era romperla. En la primera semana de entrenamiento dos veces se fue a los golpes, todo por la fuerza excesiva con la que algunas compañeras trataban de quitarle el balón. Pero cuando hay talento hay pellejo, y con goles, pases precisos y dribles finos, la *Yuca* se ganó el corazón de sus compañeras, alejó al señor Henrique y lo sometió a una relación puramente profesional. Hizo un espacio en el equipo y empezó a defender su posición.

*

-Señor Corrêa, ¿se encuentra ahí?

-Oi...

-Señor Corrêa, ¿puede escucharme?

-Sim, sim... Tô de volta...

-Señor Corrêa, quiero que me escuche atentamente. Usted se encuentra en mi consultorio, en la calle Fenicios, y acaba de confesarme que unas voces le están diciendo cosas horribles, nefastas... Cuénteme más de eso, por favor. Salga de la hipnosis y hableme claramente.

-Como decirle, doc. No lo sé. Es una voz que me jode. Me dice que agarre lo que tenga cerca y mate...

-¿Pero a quién? ¿A quién quiere matar usted?

-¡A todo el mundo, doc! Jajaja, é foda.

-Señor Corrêa, todo lo que hablemos acá es secreto, confidencial. Usted me puede platicar de lo que quiera. Pero también necesito que se escuche. Desactive los mecanismos que van dando respuestas inmediatas e intente buscarse genuinamente en la oscuridad de ese silencio, de ese punto donde se queda meditando.

-Pues doc... Yo solo quiero hacer justicia. Por mí y por lo que veo... En mi trabajo también siento la mierda a tope... Casi que me ahoga.

-Pero usted es una persona conocida, señor Corrêa, a usted lo admiran muchas personas, aman lo que hace y la manera en que lo hace. No se tome a personal sus peleas profesionales. Son gajes del oficio.

-¿Y mi gaje del oficio no puede ser otro? No sé, matarlo a usted y no pagarle y luego pegarme un tiro mientras me dejo caer de un puente. ¿Cierto que no, doc? Yo no estoy loco, tengo las cosas claras...Pero siento que matar me puede dar justicia...Como bailar le da justicia a un carnaval.

-Señor Corrêa...Yo solo estoy tratando de dialogar con usted de la forma más sensata. Y siendo sincero me parece que está en lo correcto. Si asesinar es su camino para la cura, debería de hacerlo.

-¿Me está hablando en serio?

-Sí, señor Corrêa, muy en serio. Vaya y asesine a la persona que lo llena de odio y asegúrese de que saca la pistola de su casa, la carga, se llena de whisky la panza y pone a Chana en Chamas para ambientar su fiesta apocalíptica que lo llevará al momento justo en que entrará al hotel, mirará a través del pasillo a la recepcionista del chapiri, y como un tigre sentirá el palpito depredador entre los latidos del corazón, cada vez más fuertes, y luego pasará de largo hasta el restaurante, sacará el revolver que trajo hace años traficado desde California y que apenas va a estrenar, y evitando las manos que tratarán de tapar su tiro, de evitar su gran entrada en el área, despejará un espacio con un movimiento de cadera corto, sencillo, casi retroactivo, pero usted no viene para arrepentirse, claro que no, así que le zampará dos golazos de pólvora en el pecho a ese hijo de puta que lo hace sufrir tanto y que le dice que usted está loco porque afirma escuchar voces. Y cuando el cuerpo ultimado caiga entre la red asesina de sus tiros directos al corazón del área en disputa, cuando usted, señor Corrêa, no sepa distinguir entre su propia voz y la de su mente y la de los que visitan su mente, sólo entonces podrá ver que el epicentro de sus problemas de principio a fin ha sido la falta de escucha, el no haber

aprendido a charlar con el barrio de sus fantasmas, la falta de diálogo con la distorsión de sus fábulas, el extinto contacto con la expropiación de sus pensamientos y la apropiación de sus vacíos. Señor Corrêa, no son voces las que le hablan, no es un psicólogo, no es una terapeuta. Es usted mismo. Yo soy usted, mejor dicho, o por decirlo de otra forma, *usted es otro* pero no deja de ser el mismo. Esta voz es lo que existe de usted, así que exista. Vaya y mate al oasis de sus lágrimas y, por fin, intente tocar el éxtasis de la caída.

*

En la cancha y en la calle elevaron en hombros a la *Yuca* cuando el Kindermann se ganó el Brasileirão femenino. Era el nuevo fenómeno de masas en Caçador, esa ciudad pequeña que la aprendió a querer, pero también era una nueva estrella en Santa Catarina. La noche de la final la *Yuca* anotó dos de los tres goles de la victoria. Sus compañeras lloraban de la emoción. Al momento de levantar la copa la *Yuca* no aguantó las lágrimas. Sus declaraciones fueron un bálsamo para el pueblo brasileño. Era una esperanza, una samba nueva, un color diferente que emergía de la nada. Al fondo de su pose frente a las cámaras, Henrique Kaercher la miraba con celos.

Ahí te encargo

Bueno, ya finitos, denme una rolita: suéltate una Reina de cumbias y adiós a todos pues.

I

Me tocaba estarles guachando hasta las caguamas de banquetta. Se iban a comer, ahí estábamos. En el cine con la morra, órale. Que un cambio de llantas, un autolavado, unas luces nuevas para la nave, ahí pegaditos pero invisibles, como parásitos. Estaban bien pendejos porque antes de matarlos les preguntamos que si nunca nos vieron y dijeron que no, que ni de balazos. La última pistola que estos rapaces verían en su puerca vida era una Walter automática, listica para separar cráneos de la gravedad. El jefe está de estrene con unos nuevos juguetes y qué mejor que una ejecución para sacarse un moco. Lo que nos llamó la atención, fue que un batico matón como una hoz afilada, nos pidió una cumbia antes del despache. No mames, ¿una puta cumbia? Una última antes de que lo abrace la parca y se lo cargue el Mictlán. Se la pusimos a tronar y en el compas final bang bang y para el tequila una sal.

Cuando el patroncito llegó venía cargado de hongos en la madre. Nos dijo que nos arrodilláramos, que unos putos extraterrestres nos tenían minada la zona, y así le hicimos, ni modos. Luego nos desperdigamos en las camionetas. El infiltrado soy yo pero no se han dado cuenta. Los llevo mansitos. Siempre me escondo para dispararles una foto en el momento candela. A mí también me han sacado registros cortando orejas y narices, pero tengo inmunidad jurídica cabrones, el as bajo las tapas, el botellazo que salva la fiesta. De todas maneras estoy a punto de acabar la operación y nos quedan menos milagros que pecados. En unas jornadas más, la pólvora de las fiestas se la vamos a sembrar a estos matones en la cabecita. Una última idea para terminar bien acostado.

II

<<Chale>>, me dice el Truene, un sicarito defeño de calidad que contrató el jefe hace unos meses: <<me dejó un mal viaje ese pendejo que pidió una cumbia para morirse. Qué irrespeto. Ya la fiesta no me sale igual con esas rolas, el wey me deformó la funda>>. Y qué decirle. Tenía razón. Le platicué sobre un viaje que hice a Colombia en el que escuché una canción llamada *Coroncoro*. <<Truenito, en esa puta rola matan a todo el mundo: a la mamá, al papá, a

la abuelita, a los hermanos, pero la gente la baila zumbando, sin agüite, llena de buena onda. Saben que se están muriendo, mi buen Trueno. Así como ese pinche cabrón de la cumbiecita mórbida: sabía que su adiós era cantando>>. El sicario defeño me mira como si sospechara de mis tacos. <<A huevo le tienes respuesta a todo, ¿no carnal? A veces se me hace raro que mates cuando eres tan culebrero>>. La tensión no se hace esperar pero igual estamos con chelas y mezcales encima de la tripa, así que siempre hay culpables de la sorna. Cambiamos el tema. Hablamos de rap, de putas, de colonias, de bares, de una pistola que el sicarito defeño se quiere apañar antes de que se lo cargue la verga. Nos separamos antes de dormir. Estamos en Guadalajara y este pendejo toma pal norte. Lo tenemos sitiado. Varias calles después de que me separo de su presencia, escucho en la transmisión de audio como le dan cuello. Antes de auditar su grito de despedida, me fijó en que iba escuchando a los Ramones.

III

Cuando se trata de chambear, hay que afirmarse. Me gusta la coca pero soy federal, no me gustan los sapos pero acá ando de infiltrado. No más que la vida es una tómbola. Al jefecito marihuano que tiene este cartel le fascina hablarnos de otras dimensiones. El cabrón afirma estar hechizado por Tutancamón. Bien acá, le dice la banda, pero el mechitas es un genio pa los números y esa contabilidad y ese lavado no lo administra cualquiera. Hay gobiernos untados, chulos de la bolsa, anfiteatros del entretenimiento: todos son toma y dame que se

financian, tras bambalinas, con el narco. Qué te crees, ¿que porque no metes la blanquita ya te salvaste el culo? Acá matan todos, pendejo, los cuicos, yo, mi jefe, el político que firma los cheques, tú con tus posteos sicarios, con tus frases de moralito me decía. Deja de agarrarte los huevos con los dientes: la muerte está bien repartida, como la deuda: apenas naces ya debes un fajito de los verdes: ¿y a dónde se va esa lana?, ¿de quién son esos ladrillos? Por eso yo mato, carnalito, porque estar adentro del sistema y limpiar alergias es pagar mi deuda con el mundo. De otra manera, claro está: tú le debes al sistema tus pinches flemas y a mí me ponen el inodoro para las cagadas.

IV

<<Mira, Cienfuegos>>, me dice el jefe jipi, <<los planetas son la puerta de entrada a nuestro misterio. Suenan, escabullen, se cuecen al sol, metamorfosean. Las drogas que vendemos son parte de todo el movimiento necesario que los planetas dictan. ¿Qué signo eres tú?>>, me pregunta como si fuera una californiana de pechitos rosados, pero no, es este wey en ropa sarnosa y barba con gofio de marihuana, lo más lejos que puedo estar del placer, y le digo <<Escorpión, mi jefe>>, y hace Tsssss como una puta culebra sonoreense. Tssssssss, y ese pinche sonido me zumba el cerebro y me dan ganas de meterle un balazo en un ojo, pero me acuerdo de la operación y me calmo. Pura psicología inversa. No matar para sobrevivir. Ponerle unos tacos a la muerte para distraerla de su faena. <<Mira, Cienfuegos>>, me dice el mechitas contable, <<prueba esto>>, y me pasa una pipa de vidrio cerrada como una esfera y

un encendedor que parece un soplete. El jipi me ayuda a darle candela y en dos soplidos amargos me voy a la verga. Una psicodelia púrpura se me mete a los ojos. Es como si una pared estuviera mampostada con pieles de pescado encima. Brillan, son multicolor, y cuando respiran se tragan a ellas mismas y me indican un camino al que no me puedo negar. No tengo cuerpo, carnal, acá puede pasar de todo. La tronadera de afuera acá no existe, apenas escucho uno que otro sonido de tipo acuático que también se adhiere a esa guía geométrica que me sumerge. Cuando ya estoy a punto de asomar a lo que presiento es una revelación fascinante, se alumbran mis ojos y en medio de unos cuadros azulosos empiezo a ver la jeta del mechitas, todo feliz y casi babeando. <<¡Qué viajesote!, ¿no Cienfuegos?>>. Me quedo mirando todo y no tengo ganas de hacer justicia. Hacer *justicia* es mi vida, y perder el sentido de mi vida es lo más parecido a este momento. Es un avance. Se lo confieso de inmediato al jipi, en otras palabras, a ver qué pasa. <<Bueno, Cienfuegos>>, me dice tomándose la barba, <<una cosa es el trabajo y otra la conciencia. Tu trabajo es difícil, mi trabajo es difícil, pero no lo podemos dejar de hacer. Fuera legal o no, nuestro destino es drogar a la gente. Si tu destino, de alguna manera, es circular algo de muerte para que eso funcione, por algo será. Las energías que ustedes manejan son plutonianas, se encargan de oscurecer para que en otros lados la luz pueda estar en su naturaleza. Sin un poco de eso, la vida sería demasiado neutral. Alguien tiene que matar>>. Y sí, porque en ese mismo instante me dan ganas de ahorcarlo pero me contengo. Pura psicología inversa: vivir es morir de a poco.

Antes de recoger el cargamento de los colombianos, el jefe jiposo, luego de jornadas interminables de güateque, nos reúne para santificar toda la movida con un ritual. En el patio de su mansión nos encierra en un círculo de polvo blanco. No es coca ni cal ni marfil, nadie sabe con qué nos circundan. También hace un pentáculo, esparce unas semillas mezcladas y prende fuego a unas antorchas. Está pirado el criminal de la conciencia expandida. Sacude su bata y reza, nos pide bailar y en unas bocinas que ni puta idea dónde están, empieza a sonar la cumbia rebajada. El tipo sabe de pactos infernales. Una energía visceral se apropia de todos. Nos dan un bebedizo que un bato califica de *Yefri*. <<Lo vi en una película>>, dice el pendejo, y se atraganta con la sangre espesa que emana de la cornucopia. La operación entra en jaque. Se supone que hoy los federales nos atascábamos a esta guarida pero no, yo no soy capaz ni de tirarme un pedo. Las alucinaciones me rebasan: vomito, me cago, y cuando todos estamos desnudos alrededor del fuego una energía sexual abraza nuestros nervios, y no es que me den ganas de zamparle picos a toda la combi, sino que siento una orgía adentro, en las tripas, en los músculos, y al tratar de contenerme se me disparan los esfínteres, los dedos, la mente, y en otro lado al que me voy en un parpadeo, donde una neblina circunda el pico de una pirámide, me encuentro al jefe jipi, con su figura cortada por momentos en *glitch* y errores de transmisión, esperándome en una mesa de caoba.

-Qué dice, Cienfuegos. Tráete una silla.

-No hay.

-Pues chasquea los dedos, pendejo.

-Esto es un viaje en reversa, jefe jipi de la chingada. Nos estás chingando a todos con tus semillas a granel sobre nuestro cadáver. Pinche culero.

-Si no te calmas te devuelvo, te despierto del viaje en que estás y antes de que firmes el cheque para tu jefecita, tendré esparcidos tus ojos en los buganviles que tanto me agradan.

-Chale...

La fumaza blanca que rodea la mesa sobre el pico de la pirámide se torna verdosa, algo zombie. La mala vibra también la dirige esta basurita peluda.

-Mira, Cienfuegos, la cosa es sencilla. Yo sé que eres un puto espía sapo mete dedo hijo de la que te parió, y aunque no lo creas eso me conviene, ¿verdad?

-Tu no sabes ni madres, jipi sarnoso culero, apenas le cargas amor a las pulgas, qué vas a saber de mi cochera.

-Se lo que guardas bajo tu tapete, caníbal inhumano. No mereces vivir en un planeta sino en un estercolero.

-No puedo creer que una alucinación se preste para tanta bajeza.

La niebla alrededor, verde y cercana, se vuelve tormenta, gris y pesada, y los ojos del jefe jipi se llenan de candela blanca, de zafiro y muerte.

-¿Tú por qué crees, Cienfueguitos de mi corazón, que salen bien las vueltas, que los milicos ni las ratas ponen pedo, que los clientes bailan sin parar, que los fajitos van y vienen como papel higiénico? No creo que estés tan caído del zarzo, pinche maricueca; no puedo creer que todavía pienses que algo puede salir mal. Si me dejas decirte lo que tengo entre manos, te salvo.

-No pues, qué te digo, jefe jipi... Ya tienes el control, suelta la sopa y no me jodas.

-A ver, bola de mierda: calladito te canonizan. Nos queda poco DMT para seguir hablando. La realidad está hecha con espejos, como decía un ángel maldito cubano. Como tu destino es agarrarme y meterme preso y llevarme al gabacho, te voy a proponer un negocio, una bifurcación. Vámonos a la verga tú y yo. Eres el wey más leal, más al tiro, y eso vale. Yo controlo la parte de la contabilidad y tu mantén el orden de las ventas. Vámonos de México, el futuro es Holanda. Cuando el resto del planeta legalice, Amsterdam será la capital mundial de la sofisticación farmacológica. No estoy solo en este plan. Es un sí y amanecemos en La Haya.

El jefe jipi me pone a rodar el ratón. Tanta pólvora y solo por la mera placa. Aquí nadie es héroe ni bolita de oro. Nacimos con deuda. Así que más vale perder por una decisión en medio de un viaje de sapo sonoreense, que decidir en la realidad y equivocarse.

-Órale, jefe jipi—le extiendo la mano abierta—. Tenemos un trato. Te cuido, mantengo a la raya los cábulas y colochos, coordinamos todo con tus contactos tipo Malverde y me disfruto el capitalismo a granel.

-Esooo, mi perrito Cienfuegos. Retroceder nunca rendirse jamás versión holográfica.

-Me encanta estar acá, ¿sabes jefe jipi? Entiendo todas tus palabras, te veo nítido.

-Volveremos, mi buen Cienfuegos, volveremos: esta es nuestra zona de distensión y de chambita.

-Así se habla puto, pero ya tengo ganas de cagar. ¿Me devuelves porfa a la tierrita donde hay un excusado?

-Claro, Cienfuegos mi amor. Eso sí, solo te darás cuenta de que esto paso cuando comjhdnakj lija ormlsmgñimalka de fuodpokaego.

VI

Que estoy manso pero no menso ya lo sabía mi abuela, Ceferina Rodríguez, casada con un costaricense que llegó subido en un tren buscando el ángulo verde del sol. No lo consiguió, pero México le dio una familia, entre esos yo, el que los recuerda justo cuando se va a despachar al horno a todos esos cabrones del ritual. El contador jipi es bien carnicero, Charles Manson es un conejito púrpura junto a este mechas homicida. Saca un machete que me dijo había traído de la zona cafetera de Colombia: <<Un Tres Canales, Cienfueguitos>>, y empieza a preparar sushi con los cuerpos, aún alucinados, de mis ex-compañeros. Abre los ojos, se deja salpicar por la sangre y hace cortes precisos. <<¿Quieres intentarlo?>>, me dice el muy hijo de la chingada, pero no me niego, todo lo contrario: como un autómatas agarro el afilado Tres Canales y le pongo divergencia al cocotero que falta. Estaban bien pasmados, ni los sentí

despedirse. Mientras empaco los dos trapos que tengo para la fuga, pienso en que jamás había sido tan libre. Tengo un jefe nuevo, ni qué decir, pero ya estoy acostumbrado porque nunca he dejado de tener patronos, legales o ilegales, ni qué chingados. La libertad es poder decir que sí cuando todo te acecha para que digas no.

Luego de la masacre, nos subimos a la Cessna 310 que hay en la pista al fondo de la hacienda, y el jefe jipi coloca coordenadas que marcan destino Rotterdam.

Música para camaleones

*El no ser,
todas las manos,
la palabra que se dice afuera del mundo,
las vacaciones de tu muerte,
la fatiga de Dios,
la madre que nunca tendrá hijo,
mi no morir ayer.*

Roberto Juarroz

Los niños emergían de las aguas cuando las siete lunas estaban llenas. En una curva del río donde la corriente es reposada y la quietud permite la emergencia de lo misterioso, nos gusta hacernos a Lucio, Equilates y a mí a fumar hojas de maracaibo, un cogollo cetrino rodeado por una flor azul de pétalos grandes y sedosos. Por los días de lluvias es que los infantes aparecen

en la orilla. No sabemos si se trata de un vórtice que cruza sus flujos o de una puerta que se abre en el suceder simultáneo de otros fenómenos; en todo caso, después de varios tiempos en espera y de soles repentinos sin luz, por fin las siete esferas blancas están llenas, por fin el septeno está en línea, y cuando eso sucede, siempre una criatura con la edad de una semilla viene del río. Llegan desnudas y sin llanto. Vienen extraviadas y murmuran nombres. Cuando nos ven se asustan más, pero entienden que no queremos hacerles daño y confían, siempre confían. Los llevamos hasta la Mambeta, un refugio sencillo para estos extraños seres que nos sorprenden cada día más con su testimonio. Todos, sin falta, tienen un dios que no existe, o creen estar en sus dominios celestiales. Y así le dicen: Dios. Hay unos que hablan mejor que otros, son más perspicaces. Hemos percibido que sus entrañas mentales se forman con la exposición a cierto tipo de realidad para la que están creados. Acá pueden vivir porque esto no es vida. Es otra cosa.

No crecen. Los primeros que llegaron aún se mantienen del mismo tamaño. Su inteligencia evoluciona dependiendo de la intención de cada uno. Hay unos insolentes, vagos, y hay otros que quieren aprender las cosas que intentamos enseñarles. Hay muchos que un día están acá y otro están muy lejos. Se los lleva la memoria, o algo que no los suelta, tal vez una fuerza que los jala desde su lugar de origen. Cuando eso pasa, por más que los mires a los ojos, no están ahí. Hemos llegado a pensar que muchos de ellos navegan por un tiempo bajo las aguas del río hasta que las siete lunas están alineadas, momento en que pueden salir de su periplo acuático. Están perdidos, de eso no hay duda. No saben ni de dónde vienen ni por qué están acá. O eso creemos.

Hoy también habrá siete lunas llenas. Lucio, Equilates y yo fumamos maracaibo mientras el cielo magenta se enreda en los tres soles que se esconden en distintos puntos del horizonte. Se forman espirales de nubes alrededor de cada sol, arrebales que dibujan ornamentos y encriptan figuras en la textura gaseosa. De repente la quietud de las aguas se ve interrumpida por un estallido de ondas, un movimiento circular que anuncia la llegada de algo. La cabeza emerge tranquilamente y sus ojos nos miran. Hay algo sosegado en ellos, algo inusual en los demás advenedizos a este lugar. La saludamos, le damos la bienvenida, le explicamos en dónde está y ella nos sigue mirando como si no pasara nada. Sonríe por un momento con un gesto pícaro y nos mira con los ojos entrecerrados: <<¿Tienen algo de comer?>>. Yo le digo que sí, y le ofrezco un mendrugo de pan que hago en casa con harina roja. Lo toma, lo mira de forma extraña, y luego de darle un primer mordisco se lo empieza a comer con más decisión. Cuando lo termina le doy un cuenco con agua. <<¿No está sucia? Vi que la sacaste del caño>>. Le explico que no, que esa agua no está contaminada y le digo que no le diga caño al río, que hay una diferencia sustancial. Estas cosas parecen no importarle. Se queda mirando el cielo y nos señala las siete lunas en línea. <<¿Qué es eso? De donde vengo solo hay una luna>>. Eso nos da una pista sobre su origen, ¿un lugar con una sola luna? Qué dramáticos deben ser sus habitantes. Luego de que se siente satisfecha toma de la mano a Equilates y le dice que vayan a dar una vuelta. Mi compadre se deja llevar, casi sonriente, y caminan por un rato cerca de la orilla. Ella le habla y él le responde. En un momento se sientan y meten los pies en el agua. Equilates, con gestos leves, le enseña a escribir en la arena. La niña imita sus

movimientos. Luego de un silencio largo se ponen de pie y vuelven hacia nosotros con la firme intención de ir al refugio.

Allí, luego de ver a los demás niños, la niña entra en estado de shock y nos pide que la saquemos del lugar. La llevamos a una de las palapas que está alejada del recinto central y la sentamos en una piedra. Entre el llanto y la confusión, nos dice que le parece haber reconocido un amigo suyo entre los niños que había allí. <<¿A cuál?>>, le pregunto inquieto, y me señala con su dedo al grupo que se ve jugar al fondo. <<A él, al moreno de pelo ondulado>>, y todos le ponemos los ojos encima al señalado, sin entender absolutamente nada de lo que pasa. <<¿De dónde lo conoces?>>, y cuando me va a responder, se rasca la cabeza y mira a las estrellas: <<Lo conozco porque nos inyectábamos heroína juntos en una casa en Bogotá. No sé por qué, pero algo me dice que si él está acá y yo también, es porque nos morimos>>.

Equilates lleva a la niña a una habitación donde pueda reposar sin la molestia de los demás. Cuando vuelve, Lucio le entrega una rama prendida de marcaibo y nos disponemos a pensar en esta información nueva que poseemos. No sabemos a qué se refiere la niña con *heroína* y menos con *Bogotá*. Según ella, la primera es una especie de remedio o sustancia de alteración, y la segunda es un lugar donde viven seres de su especie, como decir la Mambeta o el desierto Babalak para nosotros. Los tres nos tomamos de las manos luego de ingerir algunas hierbas púrpuras y esperamos a que se ofrezca la conexión. Cuando logramos separar nuestra intención de la sustancia, volamos por un espacio de variantes donde podemos entrar en contacto con lo desconocido. Allí, entre infinitas opciones, buscamos heroína y Bogotá,

heroína y Bogotá, heroína y Bogotá, hasta que paulatinamente vamos formando un mapa de estímulos que nos permiten comprender parte de las nociones que intenta comunicarnos la niña.

Al parecer, todos estos infantes son almas perdidas. Según la evidencia que pudimos recopilar, estos niños y niñas inoculan en su cuerpo, a través de una aguja, una sustancia destilada de una flor, la cual potencia sus ritmos vitales y les produce contorsiones psíquicas e intensos estados de conciencia y sensibilidad. Muchos de ellos se van demasiado lejos, tan lejos que cuando regresan lo único que ven es su cuerpo muerto, ya sin vida, estrujado por un paro cardiorrespiratorio. Se mueren no porque quieran o porque les toca, sino porque van distraídos: viajan muy lejos en el aeroplano que propulsa la heroína, y en el regreso, se dan cuenta que se desconectaron de su fuente hace rato y que ahora son pura alma, puro fantasma. En aquella zona después de la muerte, un escenario que mezcla su propia alucinación y su inconstancia corporal, ocurre algo que permite que ellos crucen el umbral el día que se alinean las siete lunas. Algo pasa, hay una apertura, un camino nuevo, un llamado que los saca de ese limbo y los trae hasta acá.

En los días siguientes seguimos hablando con la niña. Poco a poco descubre más información de su origen. Dice otros nombres de lugares, objetos y seres. No conocemos ninguno. También dice que Lucio, Equilates y yo somos música, no cuerpos. <<Los veo desaparecer en el silencio y volver cuando hablan, como cuando le bajan y le suben el volumen a una canción>>. Una tarde nos dibuja en la arena. Su representación de nosotros tres

es una especie de patrón geométrico que se extiende en distintas aristas. <<Equilates, Lucio y tú son ondas de sonido que van y vienen por este lugar. No tienen un estado fijo ni ciclos vitales ni manifestaciones materiales porque no tienen cuerpo. Que ustedes no tengan cuerpo los hace aún más musicales, etéreos y nebulosos>>. No entendemos muy bien a qué se refiere la niña, pero nos deja tal sensación de asombro que nos pusimos de inmediato en la tarea de averiguarlo. Cuando entendimos lo que nos decía, supimos que nos había definido. A lo que ella llama música nosotros le decimos *arkhén*, y efectivamente es parte esencial de nuestra naturaleza. Es extraño, porque para vernos como somos, ella tendría que estar muerta, y está viva pero en este lugar, donde la vida no es, donde no hay para ser.

Nuestra teoría es que la sustancia que la mató también le propinó algunos dones extras, alcances en la percepción muy particulares que la destacan entre el resto y la ponen en un lugar especial. Con el fin de averiguar por estos infantes que emergen del agua, por toda esta panoplia de gruñidos, palabras y conversaciones en el refugio que por fin parecen tener un sentido más allá de lo esperado, decidimos experimentar nosotros la tal llamada heroína. Con una mezcla de plantas, lácteos y minerales, hicimos una sustancia muy similar. Primero se la aplicamos a otros seres que circulan por el río. Ninguno murió, pocos se mantuvieron en pie y la mayoría vivió una experiencia delirante, extática y convulsiva muy similar a la locura o la sinestesia. Cuando nos aplicamos la heroína por primera vez entendimos qué era tener un cuerpo. De alguna manera, el viaje de nosotros, que somos ondas en constante fusión y surgimiento, se convirtió en una cosa concreta, una materia enlazada, un cúmulo de protuberancias ensambladas sobre el palpito de la energía. Cuando sentí el cuerpo, que nunca antes lo había hecho, también sentí la voz. El timbre de mi voz que vibraba por el pecho y los

lados de la cabeza. Claro, era mi primera cabeza, mi primera cabellera, mi primera mirada. Yo no tenía ojos. Yo no tenía nada, solo vibración, emisión, transmisión. Cuando Lucio y yo nos vimos mutuamente también nos enamoramos. O entendimos, maricamente, de qué se trataba eso que una vez nos dijo uno de los niños: <<El amor lo cura todo>>. No se sentía así, más bien era un sentimiento ansioso, de acecho y satisfacción que disparaba el fuego de esta carcasa de tripas y uñas. Era preferible amar como nosotros las ondas, con desvanecimientos en el otro, con sonidos dulces, con cercanía. En fin. La cosa fue que seguimos consumiendo heroína durante un evo. Abandonamos el refugio, los niños quedaron a la deriva, o eso creemos. También cabe la posibilidad de que la niña se haya vuelto una líder. Su poder sobre nosotros era evidente y en cualquier momento se rebelaría, o al menos trataría de escapar. Nosotros hemos hecho el proceso en reversa de ellos, manteniendo las distancias, obviamente. Lo de las criaturas es un accidente, lo de nosotros es una forma de conocimiento. La heroína nos envía a un punto donde Equilates, Lucio y yo nos transformamos en personas. Personalidades, mejor dicho. Voces. Autores de sí mismos en la acera de la vida cotidiana, con brazos, piernas y talón de Aquiles. Hemos hecho el bien, el mal, la bondad, la amistad y la injusticia. Cazamos, comemos animales muertos, subimos a los árboles, danzamos en la noche junto a un río al que se le siente la temperatura, y cambiamos de forma de ser, así que luego ya sólo caminamos por lugares contaminados, comemos hojas y frutos, cruzamos el desierto, entramos en otros cuerpos, salimos de ellos, tenemos ritmo, hacemos ruido y vamos a plazas antiguas para conocer la historia de estos cuerpos múltiples, sus hazañas y dolores, y a veces las entendemos, a veces no, eso casi no importa. Es la sensación, la sincopada en el pecho, la presión sanguínea, la espontaneidad de la conversación, las sumas, las restas, las divisiones, el

poder. El poder. Sobretudo es por eso que luchan los cuerpos, por someterse entre sí. Es interesante. Claro que dejémonos de bufonadas. A nosotros, seres hechos de resonancia y ondas, nos ha sometido la experiencia de lo material, y de paso, nos ha quedado un vicio, es decir, una experiencia inolvidable. Para nosotros no hay manera de tocar estos cuerpos sin heroína. No hay grano en el espacio infinito ni más allá que sea capaz de generar esta vivencia. Lucio, Equilates y yo no podemos morir, y justo eso es lo que nos gusta de los cuerpos, que se nota que hay vida, hay sentidos, intensidad, una recta final. Estamos buscando la muerte que no podemos tener, aunque buscándola ya la tengamos en las manos, y que nos pertenezca se siente como el tallar de los huesos, como el pellizco de los nervios, como el rugido de la sangre en este vehículo alucinante que es un cuerpo. Amamos estar aquí. Música para camaleones.

Cazador de perros

La ráfaga de piedras y canicas lecheras puso a los pájaros a danzar alrededor de sus nidos. Frasco dispara con su cauchera atrincherado mientras yo me adelanto y recojo municiones. Me encuentro una piedra triangular, algo terrosa. Apunto a la cabeza de la pájara azul que revolotea mientras duda si salvarse o aguardar el nido. Tenga, que me la cargo, y mientras cae, el resto de su banda alada mira y pía con dolor. Se ponen aletosos los pájaros, casi eléctricos, y en una última ráfaga los tiramos a todos al piso. Los agarramos del suelo, aún calientes, y los dividimos: los más chonchos para hacerse unos pinchos, los medianos para dárselos a Manías, la perra, y los más chicos, los que apenas caben en la palma de mi mano de niño de diez años, esos van al buche de los gatos, que son hambrientos y pelean en los techos del pueblo.

Luego de las aves, nos entró con los murciélagos. Descubrimos que salen al atardecer de una cueva metida en la montaña. Luego de estudiarlos un par de días y de ver cómo batían el diente, los esperamos bajo los árboles que sobrevuelan cuando salen de su residencia oscura. Puntuales, comienzan a volar en busca de algo para el estómago. En la primera tanda de ráfagas mueren dos. En la segunda tres, y en la última, que pasa cerca de nuestra posición,

logramos abatir media docena. Nos gusta la cara monstruosa de los murciélagos. Es más cruda que la de los pájaros. Las aves tienen algo de pirámide, de magia; estos bichos no, vienen del centro de la tierra, por eso viven en las cavernas. Tal vez deberíamos ponerlos a que se besaran. Amor de pájaro y murciélago, ¿qué podría salir mal? O meter el cuerpo del uno por la boca del otro. Esa es una buena idea. Así lo hace Manías, que se dispara en el hocico esa orgía preciosa de animales que vuelan. Nos gusta verla comer en caliente, su alegría en la montaña es más verdadera que en las calles.

Luego de quemar algunos murciélagos para probar su carne, amarramos al resto en parejas con algún ave muerta. Repartimos los ataditos en ciertos árboles del bosque. Es bueno que cualquier forastero que llegue sepa que nosotros cazamos acá.

Día tras día nos gusta más el monte. Comenzamos a cazar hurones, zarigüeyas, halcones, serpientes, gatos de monte, jabalíes, zorros, dantas, micos. El bosque frondoso que rodea nuestro pueblo es una selva virgen donde las criaturas están a sus anchas. La forma en que la perra Manías se pierde y trae información es la prueba de ello. Casi nadie caza, a decir verdad, porque no necesitan comerse ni sacar algún provecho de los animales. Era una cosa nuestra, de niños aventureros, del poder de nuestras caucheras, de nuestros capalobos, de nuestras navajas. Abríamos un sapo, lo destripábamos y lo volvíamos carnada de un halcón en menos de veinte minutos. Eramos indefinibles. Nuestro poder estaba a las afueras, donde el pueblo y sus normas se terminaban y empezaba la ley de la montaña. Nadie en verdad nos conocía. Mientras creían que jugábamos con balones o a las escondidas, en verdad estábamos en la

montaña colocando trampas, braveando un avispero, amarrando serpientes muertas. Nadie sabía que al cazar estábamos creciendo.

Una tarde, mientras buscamos en un árbol caído algunas chizas para carnada, Lucio llega con Manías, la perra, y nos cuenta que el circo ha llegado al pueblo. La emoción efervescente que se apropia de nuestros cuerpos se expresa en gritos y finalmente en abrazos. ¡Es el circo! Lucio dice que andan paseando a los animales por el pueblo y de inmediato agarramos las bicis para ir a comprobarlo. En dos pedalazos llegamos al parque central y efectivamente allí viene la caravana colorida y festiva que estábamos esperando hace años. Ninguno de nosotros ha visto el circo. Es una historia de papás, de mamás, de tías, de vecinos, pero no de niños. Además, nosotros somos cazadores. Frasco, Lucio, Marina y yo merecemos un tapete rojo a la entrada de esa carpa. Traemos encima del cuerpo el olor de nuestras presas.

Las jaulas son de una pretensión y una soberbia inaceptables. Los cuatro nos miramos con ojos de total desaprobación. ¿Cómo es posible que tengan encerrados así a los animales? Deberían frentearlos cara a cara o ser sus verdaderos amigos, pero ahí lo que hay es un sometimiento, una rendición. ¿Qué autoridad puede tener el elefante si va metido entre unas pútridas rejas? ¿Qué fiera puede ser el tigre si apenas cabe en su piel y los colmillos los tiene limpios? ¿Que rey es el león, qué reina es la leona? La verdad es que en vez de gustarnos, la caravana del circo nos ofende. No sé cuándo llegamos a pensar que el circo no tenía jaulas. Lo imaginábamos muy diferente, con los animales libres en carnaval, cercanos a las personas, como iguales en el mundo. La gracia de estar con ellos ahí, entre las matas y el agua y los

truenos, es que nos comamos mutuamente, cada uno al cuidado o al acecho o a la deriva del otro. Observarnos es vida. Darnos cuenta de la presencia de lo que late con sangre es una oportunidad de volver a sentir que la muerte está cerca. Ningún teatro o circo es tierra fértil para eso, y no lo sabíamos. De todas maneras, hay que asistir al espectáculo. El circo es una antípoda de nuestra pasión. Los boletos se agotarán y hay que hacerse a uno sin parpadear.

La noche que vamos al circo el pueblo está encendido en fiesta, jolgorio y petulancia. El alcalde está de cumpleaños y hay que celebrar. Cuando nos acercamos a la fila de la entrada compramos unas palomitas, gaseosa y chocolates. Lucio viene con Manías, que está toda limpia y risueña. Le dijimos que no era una buena idea traerla pero él insistió. La metemos en una maleta escolar. Es pequeña la Manías, no tiene más de un año, pero es amorosa y fiel y asesina. Despresa bichos sin que se lo pidamos y se tira al río para ayudar a sacar los peces. Cuando ya estamos en nuestros asientos abrimos el morral y Manías sale disimulada, se acomoda debajo de la silla de Marina y ahí se queda tranquila, a la espera de que empiece el primer número del circo.

Los primeros que salen son los payasos. Se golpean, son idiotas, pero algunos se ríen. Luego hay unas bailarinas, unos equilibristas, unos hombres que luchan, una mujer que lanza fuego por la boca y se para en tacones sobre un cubo de hielo, un perro que habla, un chimpancé que hace de abogado de un payaso, un payaso que persigue a otro hasta su muerte, que según el relato del acto, esa muerte se da a las afueras de la carpa, donde la sangre no salpique en cada martillazo. No niego que me encantaría verlo. Cuando pienso esto me dan

ganas de acariciar a la perra y cuando la busco no la encuentro. Manías no está. Alerto al resto y nos vamos a buscarla. Salimos por la entrada. Nadie del público se fija porque el payaso hace chistes mientras nos movemos.

Rodeamos la carpa, vamos a la caseta de los boletos, preguntamos a los vendedores de fiambre y golosinas, pero nada. No hay razón de Manías. Vamos a las jaulas, donde esperamos no la tenga el tigre. Están todas tapadas con mantas gruesas. Los animales se oyen roncar adentro pero no hay sonidos extraños. Ni Manías ladra ni las fieras rugen. No hay señales de muerte ni de hambre saciada. De repente escuchamos un quejido canino y lo seguimos. En un lugar aún más atrás de las jaulas, en un rincón oscuro donde está el trailer de los actores del circo, hay un tipo tratando de atrapar a la perra Manías. Tiene un cuchillo en la mano. Cuando vemos esto lo prendemos a ráfagas. Nuestras caucheras se activan y el voleo de piedra y canicas espanta al tipo, hasta que se cae y grita que por favor paremos. Lo rodeamos apuntándole a la cabeza. El que se mete con la perra se mete con nosotros, no hay duda. El tipo nos dice que pensó que el animal estaba solo, que no tenía dueño, y luego se queda mirando nuestra disposición a matarlo, a quitarle lo único que tiene. Abre los ojos asustado pero también asombrado. Nos dice entonces que tal vez podamos ayudarlo. <<Si me consiguen perros les pago cada uno a cien pesos. No es una fortuna, pero si me traen diez, sí que podría empezar a serlo>>. El oído nos suena. Con ese dinero podríamos entrar al bosque por las bestias más duras. Nos miramos cómplices, más que nunca, y dejamos de apuntarle al cirquero. Lo ayudamos a parar y él nos invita a entrar al trailer. Adentro, nos dice que necesita perros, y muchos, mientras esté acá en el pueblo. Nos da doscientos pesos en una bolsa.

<<Acá está el primer pago. No sé cómo le hagan, pero mañana antes del show los espero con las diez chandas>>. Salimos de allí con una sonrisa inmensa en la boca y nos vamos al bosque, prendemos algo de fuego y hablamos de cómo cazar a los perros. No será fácil. La presa no está en la montaña sino en el pueblo. No podemos entrarles de frente, agarrarlos del lomo y levantarlos. Hay que ser cuidadosos. Entre palabra y palabra y pinchos de pájaro que Manías traga, encontramos una posibilidad que nos gusta.

A la mañana vamos a buscar a la perra Manías. Desde anoche sabemos que está en celo. Su deambular es una manera de lanzar una atarraya de moléculas sobre el pueblo. La encontramos cerca del matadero bovino cazando amor. Un campesino de la zona que va por ahí, nos la señala, y advierte que no la paseemos cerca de los perros: <<Se le van todos detrás>>, nos dice el arrugado rostro con ternura y pasividad. De inmediato le colocamos una correa a la perra y empezamos a pasearla por el pueblo. La procesión de canes que se va detrás de Manías casi que duplica la cantidad que habíamos pactado con el tipo del circo. Algunos chandosos se salen de la ruta pero otros se unen al instante. Cuando apuntamos la entrada al terreno donde está la carpa, tenemos quince perros detrás que nos siguen dóciles hasta el trailer. Allí nos están esperando dos hombres que reconozco aunque no tuvieran su maquillaje de payaso. Agarran a los perros y los amarran a todos en un tronco cerca de las jaulas. Los animales se alborotan, se mezclan entre sí con furia, se confunden sus cabezas con sus rabos. Los tipos nos agradecen y nos pagan. Nos quedamos mirando por un segundo a las presas y a Manías en celo, que también termina allí junto a los otros, porque no ha logrado salirse del círculo de acecho animal. ¡Ven acá!, le grita Frasco, pero ella está encachorrada. Cuando nos

lanzamos a salvarla un enano que no teníamos a la vista sale con una escopeta recortada y nos para. <<Quietos o los pongo a medir tres metros>>. Uno de los payasos saca a uno de los perros más gruesos y sin mediar acción, abre una ventana de la jaula del león, azuza a la bestia y lanza al canino adentro. El ruidajo de chillidos y trituraciones no se hace esperar. Nosotros quedamos fríos, y más todavía cuando lanzan al resto de peludos a la jaula de los dos tigres. <<Si nos pueden traer más perros, se los pagamos al mismo precio>>, nos dice mientras tanto el otro payaso sin maquillaje (y el enano apunta). Se ríen entre ellos, se limpian las manos y cuando miro hacia la jaula, veo la cabeza de la perra Manías en el hocico del tigre, que tiene los colmillos rojos y amarillos, como si fueran gradaciones de la luz del sol.

Irse a volver

-*Tu vai querer mais beque?* —me pregunta Aline, mientras Río de Janeiro está tendida abajo del morro, brillante y casi púrpura, y mis ojos *vermelhos* apenas pueden abrirse después de una jornada entera de estar cargando muebles de un lado a otro en los camiones de Mudanças Pereira. Justo hoy me topé a un cuchito pastuso en una mudanza, un profesor que me dijo había dado clase en Ecuador, Perú y Bolivia. “Escribí muchos libros, pero la fama literaria está llena de ácaros”, me comentó con cierta tristeza en la voz mientras sacaba agua del filtro de barro para preparar café. El tema de los libros, que poco o nada me importa, se dio porque la biblioteca del anciano era un cuerpo de más de dos mil ejemplares. Cajas de todos los tamaños y colores y un mueble segmentado en seis partes formaban su *bibliograma*, como el mismo lo llamó cuando nos trajo la bandeja con las bebidas calientes. Antes de cerrar el trabajo, asomado afuera de una caja, vi un libro sobre crónicas del mundial de Brasil 2014. Una sonrisa triste que se dibujó en mi cara dio cuenta al viejo sobre mi interés en el texto. <<Yo hice esas crónica>>, me dijo, y sacó el libro con parsimonia de la caja, limpiándole con la mano el polvo que ya cargaba en la portada. <<Tuve que entrevistar a miles de personas para encontrar las mejores historias>>, afirmó con fuerza. Aunque dudé en decirle algo al viejo, cuando vi que los muchachos bajaron al camión y me quedé solo, le dije en la cara:

<<La mejor historia del mundial la tengo yo, y de seguro no esta en este hijueputa libro>>. El escritor, con los ojos arrugados detrás de sus gafas, solo atinó a decir <<Cuéntamela>>, y me dio la espalda rumbo a su cocina.

*

Cuando el Monseñor me dijo que nos íbamos para el mundial de Brasil 2014 yo no le creí ni mierda. Pero fue colocando sobre la mesa los boletos de bus, las bolsitas de perico, un fajo de billetes de veinte mil, una estampita de san Luigi Scrosoppi, la pata de cabra que siempre lo acompañaba, y el estómago me hizo cosquillas. <<No sea marica, Pollo, no me vaya a decir que no. Usted sabe cómo son vueltas. Ya estuvo en Ecuador con la barra, en Medallo que es cosa brava, en Barranquilla. Pasó hambre y farras y fue una chimba, ¿o no? Hágame el favor y no sea loca. Camine. Consígase el billete y nos vamos a ver ese malparido mundial.>> Las palabras del Monseñor eran convincentes, tanto, que a las pocas semanas estaba en el terminal con un morral de camping en la espalda, a la espera de un primer bus que nos arrastrara en pocas horas hasta Pasto.

Éramos veinte barristas. El más chiquito tenía quince, se notaba que estaba volado de la casa, solo traía un par de chiros y una gorra. El más viejo era el Monseñor, que rondaba como una hiena sedienta los treinta, y el resto estábamos entre esas edades de no tener nada y hacer

todo por sobrevivir. Nos movíamos en la noche y en el día intentábamos alcanzar el centro del pueblo o de la ciudad donde nos estuviéramos quedando, y ahí hacíamos nuestras vueltas. A veces nos jalábamos un celuco, en otras vendíamos perico del que todavía cargábamos, si estábamos despachados nos poníamos a pintar alguna pared blanca o un poste limpiecito, y si nos quedaba energía pal trote, atracábamos algún gringo que estuviera dando papaya en la calle. A veces pasaba lo uno, a veces lo otro. En Quito nos boleteamos re feo en un barrio que se llama Turubamba. Una gonorrea ese barrio. Nos recibió un pirobo del Emelec, un barrista que supuestamente conocía un parcero, y el man al principio todo copas, pura finura, solo cosa buena, pero con los días, a pesar de que le traíamos celucos que nos rescatábamos por ahí, se puso todo picado, y nos quiso sacar más luca por el resto de días que nos quedaban. Sapo hijueputa ese quería cobrarnos como reyes cuando nos tenía durmiendo como perros en un cuarto de mala muerte. Así que nos prendimos. Cuando le rompimos los vidrios de la casa, salió la banda del man a apoyarlo, pero eran unos cagaos. Con un cortaúñas se cagan menos. Alcanzamos la avenida y un bobo de esos nos hizo varios tiros, ni uno nos pasó cerquita. Igual nos azoramos mucho y acabamos en la terminal buscando cómo adelantar el viaje. Lo conseguimos colocando un dinero extra, pues hasta entonces ese no era un problema.

Con el Monseñor trazamos un plan de ruta más amigable en Piura, una ciudad pequeña cerca de las costas nortes del Perú. Nos moveríamos sin asco entre garbimbas, torcidos y filósofos, sin temor al hotel feo ni al bar pulgoso ni al lavadero de motos. Todo era una casa posible de acá hasta Cuiabá, donde nos esperaba la Selección Colombia. Con el cuchillo entre los dientes, feriendo entre los gringos los pocos gramos de coca que todavía nos quedaban y

bailando en la calle donde podíamos, llegamos hasta el suroriente del Perú, a una ciudad frente al lago Titicaca llamada Puno. Estaba llena de señoras con vestidos tejidos de muchos colores. Hacía un frío muy peye en Puno. Nos tocó hacernos de ruanas que conseguimos en un mercado popular porque nos iba dando la pálida. De ahí saltamos hasta Tripartito en un bus destartalado que olía a meados.

El chofer del autobús era un tipo silencioso que se reía cada vez que me decían Pollo. Éramos los únicos pasajeros. Veinte puestos para veinte barristas. En la segunda parada en la carretera compramos vino de caja y cigarrillos. Queríamos llegar finitos a Tripartito, que es un lugar bien raro, porque está entre Bolivia, Perú y Chile, pero no hay un pueblo ni nada que se le parezca, sino un gran obelisco donde ondean las banderas de los tres países. El chofer también nos dijo que estaba sediento y el vino empezó a correr hasta sus manos. El tipo empezó a soltar más palabras y nos dijo que Tripartito no era una zona normal, que había avistamientos ovnis, apariciones fantasmagóricas, marchas de ánimas en pena, brujas, criaturas del desierto. <<Ese lugar donde van, mejor no se queden, porque hay una puerta hacia el *Uku Pacha*>>, nos dijo mientras sorbía el vino de un vaso de plástico. Según el señor Quispe, que así se presentó con nosotros, esta zona era una región de espíritus donde los vivos poco andaban. Y hasta podía haber tenido razón, pero en ese momento poco nos importó, y con más ganas esperábamos llegar a las tres fronteras.

<<¿Por qué te dicen Pollo, pues?>> me preguntó el señor Quispe. <<Porque mi apellido es Gallo>>, le contesté con una mentira. <<Já, es que nosotros le decimos ‘pollo’ al que se

embriaga rápido, pero tu más pareces un buenazo pa la botella>>, me respondió el señor Quispe mientras reía y codeaba a mis parceros barristas para que se unieran a su broma. Obvio que lo hicieron. Ahora reían el chofer, el Monseñor, el peladito de solo quince años, y el resto de mantecos que me cargo por amigos. Y no solo rieron, sino que empezaron a informar al señor Quispe sobre mis hazañas con el alcohol, un relato de terror del que he tratado de zafarme sin mucha efectividad. Cuando arrancamos de nuevo ya el ambiente del autobús era familiar, casi caluroso. Todos teníamos la cara caliente por el vino, los dedos llenos de polvo y los labios secos por el beso del desierto.

*

El anciano cronista al que conocí en la mudanza se llama Alfredo Bastidas. Tiene unas gafas Cartier bañadas en oro, y se las coloca con parsimonia cuando se dispone a escucharme junto a su grabadora Zoom, la cual parece una máquina para captar ondas extraterrestres. Es muy sabio el viejo Alfredo. Profundo, cuántico, lleno de humor para destrabar la humanidad de sus cárceles mentales, y con una socarrona manera de explicar el mundo, entre ironías y adjetivos punzantes. Frente a él confieso toda mi historia. Me produce confianza, así que hablar de cuchillos, drogas y hambre no es un problema, al contrario, parece que cada vez que mi relato se tuerce por las brocas de la tensión, el viejo se estremece, no sé si de vértigo o placer, pero se estremece, lo sé porque su cabeza, casi siempre quieta, empieza a bambolearse de un lado a otro, como una góndola en el mar, de aquí para allá, y yo me siento como

hipnotizado por un péndulo, y a veces le hablo a la manera en que lo hacía en el barrio, con toda la pezuña sangrando en los dientes, y en otros momentos le digo las cosas con calma, eligiendo las palabras con sensatez. Seguro don Alfredo se da cuenta de mis modulaciones de estilo, pero eso no importa. Confío en que el viejo hará un buen trabajo cuando publique la historia.

*

En Tripartito el señor Quispe nos ayudó a cruzar la frontera. Había soldados peruanos y bolivianos. No nos hicieron buena cara, sobretodo cuando vieron nuestros pasaportes colombianos. Nos preguntaron qué hacíamos entrando por Bolivia al mundial, por qué esa ruta, por qué tan poca ropa, por qué solo atún de comida, por qué tanto vino en cajas. El Monseñor tomó la vocería, y mientras los soldados aduaneros registraban nuestras maletas, les explicó nuestra poética intención: ver a Colombia en el mundial de Brasil. Un partido. Uno solo. Un evento pasajero de noventa minutos nos motivó a cruzar cuatro fronteras, pasar entre gentes de arriba y de abajo, de ciudad y del campo, con sombrero o sin él, andar por plazas y avenidas, parques y hoteles, y aunque recibimos pata y bala en algunas esquinas, ahí estábamos, con el vigor intacto y las ganas de ver el pitazo inicial del encuentro en Cuiabá. Los soldados se rieron y empezaron a hablar de fútbol. Recordaron al Pibe, al Tino, a Fredy Rincón. Nos dijeron que si esos bucaneros no fueron campeones, menos estos lechuguines que ahora teníamos en el equipo. Todos reímos, ellos de nuestra estupidez y miedo, y nosotros de la palabra lechuguines, que de paso nos hizo vibrar el estómago. ¡Qué hambre la que

teníamos! Cuando les preguntamos a los soldados por algo de comer, nos señalaron el desierto de enfrente, y se volvieron a reír. Luego, el que estaba al mando, que era el de menos estatura pero el más espaldón, dio una voz de orden, y le dijo a algunos soldados que alistaran las ollas, porque todos íbamos a comer allí.

El petizo grueso, que así le dijeron sus soldados cuando les dio la espalda, era el capitán Mamani, un tipo curtido en las trincheras, en los feudos del narco, en las cañerías urbanas. Con solo vernos supo que éramos de Colombia. Luego de ordenar que hicieran comida y nos incluyeran dentro de la mesa, también nos dijo que si queríamos bañarnos había duchas y agua caliente. No lo pensamos dos veces. Luego del baño nos dio hojas de coca para que agarráramos fuerza, porque el frío de la noche podía ser devastador. También nos dijo que en la mañana el único bus que salía hacia La Paz, era un Trans Titicaca, seguro una yaga con llantas reparchadas, pero eso no importaba, ya teníamos el vaivén de aquellas carcachas en la cintura, en el caminado. En la noche hicimos un fuego con los soldados y nos contaron varias historias, pero el capitán Mamani tomó la vocería en un momento y nos contó sobre sus operaciones en México, en Argentina, en Perú. La historia que más recuerdo es la de unos madereros del Amazonas que sacrificaban extranjeras en el río para satisfacer al Bufeo Colorado, la diosa de mil sexos que encarna al delfín rosado. Eso dijo el capitán Mamani: mil sexos. Bastó su palabra pesada para que me diera sueño. Ya en la carpa me hice una paja pensando en nadie, porque antes de venir igual no tenía a nadie. Igual me hice la paja, y creo que todos hicieron lo mismo en sus carpas, soldados y parceritos.

Al siguiente día madrugamos, nos despedimos del capitán Mamani y su pelotón y caminamos dos horas hasta Charaña, donde había un paradero desértico que conectaba con la carretera principal. Era hecho de troncos y la banca para sentarse tenía matas creciendo entre las zanjas. Se notaba que nadie se arrimaba allí hace años. Esperamos otras dos horas, y cuando el sol ya casi nos estaba asando a la parrilla, a los lejos vimos brillar el Trans Titicaca que nos llevaría hasta La Paz. Nos subimos y para sorpresa nuestra el bus estaba casi vacío. Atrás iba un señor de sombrero de tela negra y una ruana con franjas de colores. En la mitad había una viejita de ojos brillantes, también de sombrero, que nos sonrió cuando nos vió ocupar los puestos cerca a ella. Adelante estaba el chofer, un peladito al que apenas le salía pelo blanco sobre los labios, y sentado atrás de él, un soldado, sin armas, aunque con la cara de venir desde la puta mierda.

Recuerdo que dormí y tuve sueños con los mil sexos. Era difícil no estar excitado, tenía mucho calor en el cuerpo y solo pensar en algo estimulante me ponía recio. En Achiri, un pueblito de tres calles y dos carreras con una iglesia en el centro, se subieron unos mexicanos que llevaban rato esperando el Trans Titicaca. Nos hicimos compas al instante de cruzar el saludo. Venían de Ciudad de México casi todos, excepto uno chaparrito que dijo ser de Caborca, Sonora, y era el que más quería hablar: <<¿A poco no les ponen pedo por ser colombianos y andar por acá?>>, nos preguntó sin asco. En las miradas que nos dimos entre nosotros estuvo la elocuencia necesaria para dar una respuesta precisa. <<¿A ustedes no?>>, le devolví la pelota en llamas al chaparrito, y sin mover mucho el bigote me dijo: <<Sí, por eso estamos llegando por este lado>>, nos respondió uno que traía aretes en la nariz. <<La verdad

es que algunos tenemos unos pedillos para viajar por aeropuerto, supongo que deben ser los mismos de ustedes>>. Hubo un silencio extraño que enrareció el ambiente, hasta que el Monseñor dijo <<Claro, andamos igual. Esos tombo de la frontera no saben sino esculcar maletas y mirarnos hasta la suela de los zapatos. Y todo por colombiches. Cuando llegan esos gringuitos, así vengan de coca y ácidos hasta el culo, no les dicen nada>>. Los mexicanos se rieron y preguntaron qué era un tombo. <<Ah, un pinche tira>>, dijo el chaparrito cuando escuchó la respuesta, y yo sentí que el soldado desarmado que iba algunos puestos adelante nos miró de reojo.

Para desgracia nuestra, el bus tuvo un problema mecánico en Caquiaviri, otro pueblo pequeño que no solo tenía una iglesia, sino un calvario en la punta de una montaña. Desde abajo se veía a la perfección, era un torre de unos cuatro metros de altura junto a una cruz sobre un altar. Se notaba que era antiguo y con una historia de sangre encima. Eso nos contó el chofer adolescente mientras sacaba unas herramientas de una caja de acero azul. Nos dijo que podíamos ir y volver, que el arreglo tardaría, así que México y Colombia empezamos a caminar rumbo al calvario Caquiaviri sin pestañear. Cuando empezamos el camino, se nos acercó el militar y dijo que si podía acompañarnos. ¿Quién le iba a negar algo? Más adelante, él mismo sacó de los bolsillos algunas hojas de coca y nos las dio. Nos pidió mascarlas y dejarlas en la boca un rato. El efecto era liviano pero empezamos a sentir que el cansancio menguaba. La caminata fue corta y cuando estábamos allí arriba, el caborquense dijo que en un sitio así habían crucificado a Jesús, y nosotros, a pesar de arrastrar tanta calle encima, de llevar un soldado al lado y una jauría de chilangos, nos cagamos del susto, todos, a ellos

también se les vio en la mirada que no aprobaban la frase maléfica de su compadre norteño, así que mejor abrimos una caja de vino y empezamos a rotarla para que se nos pasara la pendejada, para despejar la zona de fantasmas, y entonces el soldado le dijo al norteño que porque no se daban en la jeta, ahí mismito, y de una vez hacían un sacrificio de sangre. Quien dijo miedo. El caborquense aventó la camiseta que traía y quedó en cueros. Llevaba un tatuaje de una mujer anciana en el pecho. El soldado hizo lo mismo pero se veía igual, siempre oliva. Era claro que el caborquense no tenía salida. Un ninyazo del soldado y el tropel se acababa. Rodeamos el lugar donde la planicie era más regular, junto al calvario, y allí empezaron a volearse puños y patadas los dos. Era una cosa rara. Las hojas de coca ya nos tenían arriba, además de que nunca paramos de comer. Seguro ni les dolían los golpes. Por eso cuando el chaparrito sacó una navaja de estilete y se la clavó en la cien derecha al soldado, todos quedamos bañados en sangre, pero también asombrados porque ya faltaba poco para que lo torcieran. Esa no la vimos venir.

Con un muerto encima el paseo se hizo más visajoso. Cuando apenas nos estábamos saliendo del asombro, vimos que una pareja de gringos y un guía local subían la montaña. En diez minutos estarían en la cima, junto a nosotros y el morraco. Nos movimos como tropa vikinga y llevamos el cuerpo hasta un árbol lejos de allí, donde empezamos a abrir un hueco a ritmo frenético. Nos turnamos sin preguntarnos, mientras unos hacían de sepultureros otros fungían de tanatopractores. El Monseñor chalequió al soldado pero solo le encontró hojas de coca. Volvió a colocarle el uniforme y lo alistó para despacharlo al Uku Pacha. Luego servimos como enterradores, lo metimos al hueco y le pusimos la tierra encima, apenas para

que se volviera abono en unos meses. Hicimos un círculo alrededor y hubo un silencio largo. El norteño, entre lágrimas apretadas, dijo una oración a Malverde, se cortó una mano y dejó caer sangre encima de la tumba. De repente el cuerpo pareció moverse en un último esfuerzo por no tener la muerte arriba. Ya nada nos estallaba el pánico. Lo metimos más al fondo y le pusimos más tierra. Para entonces, los gringos ya se habían ido con el guía, y pudimos volver al Trans Titicaca. Cuando el bus por fin arrancó, caí en cuenta que nadie preguntó por el soldado.

*

Llegaron las fechas del carnaval a Río de Janeiro y el cronista Alfredo Bastidas me dijo que se ausentaría por unas semanas. <<Es demasiado ruido, no lo resisto>>, fue su excusa para irse y dejarme con el relato entre las manos. Al principio me sentí mal sin tener clara la razón. Plantado, sembrado en soledad como un árbol en el Aterro de Flamengo. Luego olvidé el ritmo frenético de las sesiones que veníamos teniendo y me dediqué a drogarme con Aline a ritmo de samba. Caminar tanto por la ciudad en medio de la estridencia me terminó despejando el panorama, y trajo a mi memoria episodios que no recordaba del viaje al mundial. Por ejemplo el filósofo en bermudas del balneario junto al río Guayas, en Ecuador. *Irse a volver*. Así nos dijo. Y tenía razón. Latinoamérica va en círculos hacia el sur. La esfera nos permitía un movimiento seguro en la mente, pero en el asfalto y en la tierra las direcciones estaban determinadas por la intuición, por el acuerdo, por un designio. El retorno nunca salía

de los planes. Irse a volver. Nunca más aquí, siempre jamás allá. El único mapa que no se refunde es la vuelta a casa, que está dibujada entre pecho y espalda.

*

En La Paz perdimos a los mexicanos. Nos despedimos para olvidarnos, aunque eso jamás fuera a suceder. De ahí hasta Cuiabá solo estuvimos de paso en los pueblos y ciudades, quedándonos apenas lo necesario para aguardar el siguiente bus o durmiendo en las terminales. Ni un peso para la industria hotelera. En San Ignacio, una pequeña urbe muy cerca de la frontera con Brasil, nos quedamos a dormir en un parque frondoso junto a la calle Kennedy. Nadie llamó a la policía ni vino a fastidiarnos. Al otro día dejamos todo limpio y derecho a la estación. Ya nuestras ropas olían a ceniza, vino, hierba, a desierto y a frío. El tiro que nos echaríamos de ahí hasta Cuiabá era de once horas, largo, pero sería el último. Cruzar la frontera no estaba siendo problema según los viajeros, pues mucha gente estaba entrando por La Curicha, exactamente el punto que habíamos calculado con el Monseñor desde el Perú. Era el más directo en la ruta hacia Cuiabá y el de menos tiras encima, según los blog de mochileros que encontramos. Todo era falso. Ni estaba fácil ni hacía falta policía. Nos requisaron más que en cualquier otra frontera y nos separaron del grupo. En una oficina móvil

nos hicieron algunas preguntas de rutina y nos dieron café con galletas. Cuando despejaron dudas nos dejaron ir.

Todo el viaje fue durmiendo hasta Cáceres, una ciudad estacionada junto al río Paraguay. Allí, por primera vez, comimos frijoles con arrocito, papa salada y plátanos dulces. Fue como encontrar el cielo en un aguacate. El regocijo absoluto que se apropió de nosotros hizo que miráramos al mundo por primera vez sin los ojos que se protegen de la jauría, sin la mirada del que va escondiendo algo, sin el acecho escandaloso que produce nuestra presencia algo sucia, bastarda, sudaca. Volvimos al bus, no sin antes comprar un vino de caja y llevar algunos plátanos fritos en una bolsa de papel. Ya faltaba poco para llegar a Cuiabá y casi que ni nos dimos cuenta. Fue cuando a lo lejos vimos los edificios gigantes que asomaban entre un valle que empezamos el escándalo. ¡Llegamos hijueputa! Nos abrazamos entre lágrimas, nos temblaban las manos, las piernas. No lo podíamos creer. Estar en Brasil era una osadía, era un atrevimiento lo que habíamos hecho, y no queríamos pagarlo. No queríamos que la vida nos cobrara esta suerte echada sobre el mapa de un continente que está cosido con nuestra lengua. Cuando nos bajamos en el terminal de Cuiabá, vimos las primeras decoraciones del mundial y fue hermoso. En un altar dorado que unguía en el centro una copa Jules Rimet de dos metros, estaban los cuadros de las grandes figuras de todos los mundiales: el príncipe Francescoli, Luís Nazário de Lima, más conocido como Ronaldo, el Tulipán de Oro, Johan Cruyff, también estaba el D10S, el Pentapichichi de Hugo Sánchez, y al fondo, en una esquina del aposento sacro, había una foto de Rivelino que parecía toda la fuerza del rock.

Nos quedamos en una comuna hippie en la Chapada de los Guimarães donde un tipo llamado Cezar Carvalho. La Chapada era un pueblo con terminal, parque y pocas calles. La casa de Cezar tenía un patio del tamaño de una cancha de fútbol, y allí hospedaba a todo el mundo en carpas, un chalet precario y una cabaña de ladrillos que parecía embrujada. Allí nos encontramos un barrio chileno entero acampando. Eran eso: un barrio. Su lenguaje de hermandad para todo, el carisma de su cooperación y la bendita borrachera que llevaban encima nos hicieron caer en sus encantos de inmediato. Nos unimos a ellos y fuimos a ver un partido al pueblo. Solo había un bar en una esquina del parque. Un pueblo maldito para un bar maldito (o al contrario). Pequeño pero no había mucha gente. Cuando menos lo pensé, teníamos un combo de sinergias, costeños y gente sin visa, además de mujeres y paisas en una mesa cercana y, oh maravilla, tenían sobre la mesa un par de botellas de guaro. Me acerqué sigiloso con el Monseñor y la Piraña, nos presentamos y les pedimos un traguito. Sin miedo y sin asco, una matrona que estaba en la mesa se paró, fue hasta la camioneta y sacó otra botella que de inmediato puso en nuestras manos. <<Esto es pá ustedes muchachos, muchos verracos venirse hasta acá en chiva>>, luego todo fue una carcajada feroz que se llenó de aguardiente y de un brindis y un gol, y la taberna enloqueció de alegría cuando al fondo, cerca de la barra, un perro callejero empezó a bailar.

Al siguiente día era el partido de Colombia contra Japón. Cuando salí de las duchas del campamento y me acerqué a la zona de las carpas, vi al Monseñor probando un bastón de color broncino y mando de goma con tallajes erráticos. <<¿Y esa vuelta?>>, le pregunté, y apenas mi miró y me pasó los boletos para entrar al estadio. No entendí bien al principio, hasta

que vi impreso el ícono de una persona con un bastón. Eran boletos para discapacitados. <<Parce, Monseñor, qué gonorra>>, le dije mientras le devolvía las entradas. <<Ya mismo nos rifamos quien va a pata y quien no>>, dijo de forma alegre, e hicimos un piedra papel o tijera, y perdí. Perdí y al principio hacerme a la idea no fue fácil, tuve que entrenar un poco en el campamento y lo primero que supe fue que todo iba a ser muy lento. Mientras yo cojeaba con el bastón, el resto parecían moverse con fuerza magnética. Pero fue eso y ya. Cuando llegamos de nuevo al terminal de Cuiabá nos esperaban buses de la Fifa para llevarnos al estadio, gratis, como nos gusta. Ahí empezó mi showcito. Empecé a cojear hasta el bus y allí subí con la ayuda del Monseñor, que llevaba una camiseta de Colombia y un escapulario gigante de san Luigi Scrosoppi. Un santo entre los santos. Cuando a lo lejos divisamos el Arena Pantanal, el bus entero empezó a aplaudir. Nos dejaron lejos, como a un kilómetro, y al bajarnos del bus un funcionario de la Fifa con gafas negras y radio en la mano, nos llamó a una señora embarazada y a mí para que nos apartáramos del grupo. Pensé lo peor. Pensé que solo con vernos habían descubierto el fraude. Seguro la señora estaba llena de trapos en la barriga, como Liliana Cáceres, la colombiana que dijo tener doce hijos ya listillos a nacer y eran puras jergas, bayetillas, medias sin compañera y ropa íntima sin género. <<Hijueputa, Monseñor, nos pillaron>>, le dije a mi pana, pero él estaba peor que yo, aferrado a la estampita de san Scrosoppi, seguro también con alguna película de miedo en su frita cabeza. Y cuando ya la señora embarazada, su esposo y nosotros dos estábamos frente al funcionario Fifa, viene que se acerca un carrito de golf. Primero abordó ella, muy risueña y tranquila, y luego en el otro carrito nosotros dos. El Monseñor abordó como un lord el cochecito, mientras yo tuve problemas, o me hice el que los tenía, hasta que me dieron una mano. Más adelante, en

el camino recto que compartían caminantes y cochecitos, nos tocó esperar a que un grupo de gente colombiana y japonesa se tomara una foto grupal. Vale, fueron casi dos minutos, y el chofer que nos cargaba les dio un bocinazo, leve, corto, elegante. El grupete abrió espacio de mala gana y uno que llevaba la bandera de Colombia en la espalda me grito en la cara, <<¡Oligarca! Todos a pata y vos en carro>>, y yo apenas me reí un poco y le mostré el bastón mientras el cochecito siguió avanzando. Oligarca. Con el cuchillo, la grapa y la sed entre los dientes pero oligarca. Con el hambre de los barrios mal habidos, de las terminales oscuras, de las carreteras largas, pero oligarca. Así es la vida. Cojeé hasta entrar al estadio y quedamos en primera fila cerca del costado izquierdo. Un lugar privilegiado para un demócrata.

Cuatro goles pusimos en las redes japonesas. Cuatro pepinazos de los que nos tocaron dos cerca. Aunque estaba borracho, no cometí el error de no cojear para salir del estadio. Hice mi papel hasta el final y me tomé fotos con la gente afuera y todo. Luego terminamos en un lugar llamado la Praça Popular, un parque rodeado de bares donde solo ponían Niche, Diomedez y ‘el serrucho’ de Mr Black, y yo tenía tanta fiebre acumulada de farra que me bailé todo y me harté todo, y me ponía el bastón debajo de las piernas para moverlo como una falsa trola, ficcional, que apunta hacia las morras y hacia la nada y hacia la desintegración, hacia la muerte. Tanta cachaza y perico ajeno y macoña paraguaya me cruzaron los cables. Luego todo fue barahúnda, agitación, un ir y venir de cuerpos sin camisa, un humo blanco que se mezclaba con luces de colores. Sentí el infierno en la garganta y creo que me ahogué en su profunda promesa. No estaba tan equivocado. A la mañana siguiente, amanecí tirado cerca de la Praça Popular, sin amigos, sin nadie conocido alrededor. La primera persona que se me

acercó fue una joven que vivía por ahí. Cuando me dio un sorbo de agua abrí los ojos. Ahí pude contar esta historia. Era un ángel. Me dijo que se llamaba Aline y me ofreció llevarme a su casa un rato para ofrecerme atención. Nunca más volví a salir de ahí. Por lo menos durante una semana.

No tenía papeles ni celular ni dinero, nada. Aline me socorrió en todo. Me habían quitado hasta la camiseta. Cuando volví al campamento en la Chapada de los Guimarães encontré todo intacto. Nadie había vuelto ninguno de mis parceros ni el Monseñor. Le conté la historia a Cezar y le pagué, igual era muy barato. Cuando salimos en el carro de Aline del pueblo una tristeza profunda se apodera de mí. He perdido una vida. He perdido todo lo que me trajo y no sé dónde encontrarlo. Ir a preguntar a una estación de policía no era una opción. Yo sabía lo que decía. Fue Aline la que se acercó a una estación un día y preguntó por un problema con unos colombianos. Le soltaron el rollo sin pena ni gloria. Al parecer, dos grupos de hinchas de la tricolor terminaron enfrascados en una pelea desfasada y de avalancha. La policía tuvo que tirar algunos lacrimógenos, pero en medio de la trifulca y aprovechando el caos, un grupo (seguro nosotros) quiso entrar a robar a un bar. Nos dieron bate, macana, patadas y nos salvamos de que nos dieran bala, por lo menos ahí, porque según la policía ya todos estaban en la cárcel. <<¿En cuál cárcel?>>, les preguntó Aline, y los policías hicieron esa mirada sensible entre ellos, la que conozco tanto, la misma que nos hicimos entre nosotros cuando el norteño nos preguntó por nuestros problemas fronterizos: pura elocuencia criminal.

*

Hoy es la última sesión con Alfredo e invito a Aline para que cerremos todo con una cerveza. El viejo está fascinado con la culminación del proyecto y le agradece a ella que me haya sacado de esa calle, ese día, a esa hora. <<No sé por qué lo hice, ¿sabe? Fue una cosa toda intensa, un palpito que me dijo que le ayudara. Nunca sabré bien qué responder>>, le dice Aline. Brindamos por el libro, que será una edición renovada de las crónicas latinoamericanas de Alfredo, que ha visto mucho y vivido otro más, pero que sobretodo sabe escuchar, el sabio Alfredo. Nunca lo olvidaré. Como nunca olvidaré que el primer día que llegué acá a Río de Janeiro con Aline, nos tocó dormir en una buhardilla nefasta que olía a sangre y a hongos podridos, a hierbas quemadas y a papeles viejos. Con ese olor nos recibió esta ciudad y eso nunca cambiará, por más trabajo que yo saque o por más clases de Aline dé en la universidad. La buhardilla sudaca nunca abandonará nuestro asombro de advenedizos.

Cuando salimos del apartamento de Alfredo, Aline me dice que subamos al morro donde fumamos el día que le conté del encuentro con Alfredo. Forjamos el fino en un parque cerca del camino al andar, y luego empezamos la subida. Desde arriba, Río de Janeiro parece una mancha púrpura y verde que se tragara la sombra inmensa del mar.

Toxic pogo

*bajo la alta cúpula sonora
en este colosal simulacro de nido
toco el vientre marino con mi vientre
registro minuciosamente mi cuerpo
burgo mis sentimientos
estoy viva*

Blanca Varela

Me sabe la boca a mierda y en la cabeza me zumba la taquicardia. La resaca de la chicha que me tomé ayer es la causa de este gladiolo fétido que me circunda los dientes y las encías. Me doy asco. Salgo de mi cuarto, cruzo un pasillo y llego al baño. Parece que estoy solo en el apartamento. Me lavo el hocico de perro muerto y me baño al detalle. Disfruto que el pasado se diluya en el desagüe y que la memoria de los humos y la vibra inevitable de la gente que rosé con mi cuerpo ayer en la Media Torta, por fin me abandone. Esta es la verdadera

sensación de la higiene. De alguna manera las bacterias y el mugre que uno se carga son el pasado, y darse un baño es como salir de ahí, de ese tugurio de mierda y memoria en el que uno mismo se empoza, facilito y hasta el fondo. Siempre será mejor quitarse las horas perdidas de encima antes de que todo empiece a repetirse.

Hoy tengo cita con el Pollo, Satanás y César en la glorieta de la 63. Esta vez no cometo el mismo error de ayer y me trago todo lo que puedo antes de salir. Los frijoles y la carne, la fruta picada, la gelatina, el helado, unas cerezas, el infatigable jugo y un dulcecito de chocolate al final, lleno de anís y azúcar. Pareciera que me fuera a cagar a Rock al Parque, pero todo se convertirá en leal energía para aguantar el pogo y el aguardiente adulterado y las horas extensas que estaremos parados. Cada chicharrón vale su peso en oro en mis tripas.

Pido un taxi y a las dos de la tarde ya estoy en el punto de encuentro. Al primero que me topo es a César. Venimos vestidos casi de la misma forma: jean negro entubado, chamarra azul también de jean y una camiseta negra de un grupo de metal. La diferencia es que yo tengo unas gafas negras de turco y César una bufanda gris. Me compro unos cigarrillos y me pongo a fumar mientras trato de esconderme el resto del paquete marihuano entre los huevos. Es entonces que llegan Satanás y el Pollo, los dos todos abominables y como abandonados por la vida, pálidos aunque bien alimentados, con sonrisas canábicas y movimientos lentos. Nos saludamos efusivos, como borrachos. De inmediato nos ponemos en la fila que avanza rápido y nos da tiempo de tener una charla ligera, sin mayor destaque de temas ni comentarios, apenas unos chistes flojos y unas opiniones que a nadie importan. Cuando llegamos a la requisa de la policía, adelante mío se ubica un rastafari de casi dos metros de altura. Primero pasa él entre las vayas grises que más parecen carriles para trasladar ganado. El policía le

palpa la cintura, las piernas, los brazos, el pecho, y por un segundo (y esto lo puedo ver mientras me requisan a mí), se queda mirándole la corona de *dreadlocks* al rastafari, que ya empieza a sudar un poquito frío, y entonces el policía, muy tranquilo pero curiosamente malévolo, le dice que por favor se desenrede los rastas, ¿Es necesario?, le avienta el flaco, pero por supuesto, Yo soy la ley, amigo, mejor hágame caso, y claro, el pobre rastafari apenas se jala una de sus trenzas y el pelo se le va desgajando como un derrumbe de lianas. A mis pies caen, repentinos, dos porros largos, bien ceñidos, con filtro, y a los pies del rastafari, casi abajo suyo, caen otros, y en las botas del policía, que apenas se ríe de todo, también aterrizan un trío de porros bien ligados, hechos con esmero, con talento colombo-jamaiquino. Lo sacan de la fila y pareciera que su rostro se hubiera tragado la palidez de todos los metaleros que están aquí. Tiene la piel más blanca que un colmillo de elefante, y las ojeras azules y los labios secos. Cuando por fin pasamos todos los filtros nos alejamos de allí con prisa, y a pesar de caminar rápido y alejarnos fácil, sigo divisando en la distancia, con curiosidad, al molesto rastafari, que parece abandonado por su gente y por el mismo Yah.

Es la primera vez que veo la gran plazoleta con forma de pez del Simón Bolívar llena de gente dispuesta a gozarse el parche, la música y los humos. Algo que nace de mi pecho me endulza el alma, debe ser una confianza extraña en lo que somos, es decir, confianza en la nada, en la incertidumbre, porque no vale la pena definirnos, ¿para qué las palabras exactas en estos casos? Prefiero disfrutar esta energía de melcocha que me recorre el cuerpo y que se intensifica cada vez que oigo alguien reír en medio de la bella estridencia que forman tantas chaquetas negras, tantos cuerpos marihuanos, tantos rostros que gozan la seducción de la

batería y la distorsión. Una sonrisa se me cae al suelo pero prefiero no recogerla porque de seguro así será toda la tarde. Felicidad pura y dura.

Como yo ni César conocemos el festival, el Pollo y Satanás se encargan de mostrarnos el lugar como si se tratara de sus dominios. Y sí, de alguna manera lo son. Venir a Rock al Parque es una iniciación en la bogotanidad, si es que tal cosa existe. Oler pisqueros ajenos, aguantar guachafita parejo, reírse del que sale reventado del pogo (o tenerle compasión), comprar aguardiente ilegal, masticar sándwich con la lengua seca, chupar Bom Bom Búm a lo que marque—para que no baje el azúcar—, pegarlo, rotarlo, fumarse uno aquí, otro allá, otro en el más allá, y de vez en cuando liberar un coqueteo furtivo a una metalera esbelta y degenerada que levita en pereza y risas. De eso se trata. No sólo un bogotano tendría que irle a cualquiera de los dos equipos mediocres de la ciudad, cantar una letanía o desviar calles para usurpar caminos al hampa; también debería ser una necesidad en ese ADN (si es que es un tamiz) el venir a este parque, ensuciarse los oídos con la gritería y la insatisfacción que aflora de las gargantas y cantar al menos una estrofa de una canción que te desarma hasta el peroné. Después de que esta misa pública oscura parida en los noventa empezó a existir, ya nada en estos barrios unidos por los relatos fue igual. Acá tenemos todos un templo, los que vienen emputados y los que reciben ese empute en bandeja de música y cáñamo. La furia de una ciudad puntera se abre camino entre los cuerpos como un río busca la lengua de la serpiente.

Después de caminar mucho, comprar media de aguardiente Antioqueño (amenazada desde el principio por el fantasma del adulterio) y liarnos un kingsize lleno de hierba esbelta con trocitos de opio encima, estamos listos, así que nos ubicamos junto a la cabina del ingeniero de sonido, donde el *mosh* se ve como el mercado central de cualquier ciudad latinoamericana, en

movimiento apretado y caos lento, nítido, fogoso en su pesadumbre, y al fondo está el escenario, que más parece una caja negra de la que salieran figuras esporádicas a incinerar los cantos que sobraron. Esperamos a la siguiente banda, Pornomotora. Salen y lo dan todo, y capturan la deriva que tengo por atención con un tema que se llama *El láser verde*, y me engancho con el mechudo flaco que toca la guitarra, con sus dedos de la mano izquierda parados en un *riff* típico de quintas y octavas para surtir el metal de potencia y garage, y la gente que me rodea se convierte, al compás, en difusas criaturas a las que los ojos se les pintan de malicia, sus cabezas se sacuden el hastío y la mierda (esa sí la bogotanidad en pleno) hasta alcanzar el cenit donde vuela el rock como un ave que nos observa llena de esperanza y ganas de cagar.

Luego sale Carajo, una banda argentina. Me caen bien los argentinos, a pesar de lo que dicen los colombianos. Son gente ruda para mirar el hueco del abismo, la pasión corre en sus venas como un fuego masacrado en clave de dragón, y le entregaron a Latinoamérica una célula rockera a la que le debo mucho, tal vez apenas tristes o soleadas tardes bajo un árbol escuchando la voz de la primavera que acá no existe, o camino a casa con la voz de Charly encomendándome al Diablo, que a la final es el prístino santo, la verdadera antorcha en la oscuridad, esa voz que guía las almas de Rock al Parque hacia la barcarola gigante que navega en el río de la música, río vehemente y profundo donde los gritos se ahogan como puchos en un cenicero y mis canciones, las que llevo enterradas en el pecho, son capaces de estar alerta a mi tristeza. No me dejes caer, música ligera, no me abandonen, dioses ocultos. En el amarre de las voces que vienen sobre la música del pasado, está la anémona furtiva de los cantos populares de Bogotá, latiendo como un corazón en la mano, al fuego vivo como siempre está

la sangre de todos los habitantes que compartimos esta furia y estas venas hinchadas de veneno navegadas por amor.

Hay un receso. Nos bajamos el aguardiente como agua y el Pollo dice que viene Toxic. ¿Ya mi perro está listo?, dice un metalero a mi siniestra, y adelante un skinhead se pierde entre las espaldas enfundadas en chamarras y chalecos negros. Todos cuervos, como si estuviéramos parados en un cadáver. Un cuerpo en estado putrefacto que podría ser mi país o mis raíces o la memoria de Simón Bolívar manoseada por las botas y los tenis de estos ciudadanos que fuman y beben como soldados que fueron prisioneros. Satanás me hace una seña y nos acomodamos otra vez los cuatro, juntitos, como un sartén de gamberros inocentes con la cara sin crimen.

Por fin sale Toxic, una banda bogotana a la que conocí en Mucha Música, ese programa que dan en City Tv con una presentadora lo más de rica, y me gustaron resto sus canciones, tanto así, que no dudé en ir a donde Vicente, ahí en la carrera 8va con calle 19, y comprarles el álbum, *Sick of silence*. Bien grabado, con *booklet* nítido y un sonido impecable. Como esperábamos, empezaron en este, su primer Rock al Parche (igual que yo), con *Spirits of the dead*. Mientras la batería y la guitarra crecen como una fuente a la que se la abre llave, el Pollo me rota un porro empanadoso, de ángulos torcidos pero fumable, eso sí, y le arranco varias caladas, profundas dentro de mí, y el escenario con su *staff* en prisa es la mimesis de un ritual desposeído, lo más parecido a las primeras mañanas del Shawwal.

Cuando mi cuerpo se acomoda entre la masa febril que empieza a disfrutar la tonada, también estas carnes entienden que un volcán de violencia ha estallado bajo su sombra en la

noche. Como unos bobos hijueputas, Satanás, el Pollo, César y yo nos miramos cuando el pogo se desate a corro de nuestros cuerpos. La mezcla de marihuana y aguardiente me permite moverme con facilidad, como un lobo entre osos, pero mi intención es huir de acá, porque el abrazo del caos aprieta fuerte y nadie vendrá para ayudarte. No hay plegaría que valga más allá que la del grito luciferino que enaltece la canción que suena, igual a una melodía diabólica que se prende como un bombillo tenuemente fundido, pero que a la larga, bajo el movimiento de estos radix que me rodean electrocutados por el *trash* metal, se incendia (aquella luz) como un sol en todos los corazones y genera una combustión que, a mi parecer, es el fenómeno que fabrica las estrellas, una mezcla de fumaza cósmica, implosiones moleculares y explosiones agraciadas con el roce, como en este pogo que parece cocinado en hule de rabia, porque los cuerpos los siento bajo mis pies como una estampida que fracasa y cuando veo al Pollo casi llegar al piso, noqueado por su propio gusto por la música, siento el amor de una madre, que es lo más parecido a tener un corazón de colibrí en la mano, y mi diestra se extiende para darle una mano a mi amigo, que parece caer para refugiarse en la oscuridad del piso para siempre, y de allí lo saco pero no sé cómo, es como una finta, algo que se intenta y sale color de rosa, en vapores de belleza precisa, y yo sigo evitando el remolón ajeno, la patada exacta, el embiste caribú. Nado y peleo, como Odiseo, pero las sirenas que cantan están embrujadas (como las originales) y cuando esa voz que parece una grieta dice *It one off all, the crowd to pray*, apenas me vuelvo un fantasma que navega el sonido, las ondas y la gente, y el dibujo de la realidad se mueve como pesadilla vigorosa. Algo acecha, la guitarra y el monstruo que es Colombia y la policía y que mi cucha me pille fumando baretta me acecha, y esa voz, que igual a un coro de ceniza humeante sale de la fogata apagada, grita algo, no sé qué será, y yo veo a mis amigos

perderse como si se los tragara una conversación secreta, y mi cuerpo se mueve a buscar la libertad antes de saltar a los tiburones, lo cual me prende una alarma, como un encendedor que ilumina las pupilas de un concierto, y yo me dejo caer en la orilla del pogo como una pescado en la noche que huye de la caza.

Igual a un náufrago que en todo ve una escalera al cielo, me acerco a un bastión que en realidad es una torre de parlantes, y ahí me aferro, cansado y trabado e inocente de esta plaga, una maldición que me satura pero que sin duda es lo mío. Los piropos de la bruja son hechos poéticos. Es como negar a la sobrina espuria que tanto te hace creer en la vida o hablar mal del hermano lejano que igual siempre llevas en el corazón. Las cuestiones no son como las pintan, menos el metal, que me ha dado un fogonazo hasta acá, a la orilla de la incertidumbre, que no es más que una pequeña experiencia en un gran festival, un ovillo, un gofio, una liendre perdida en los cabellos del infame despeluque. Y como un piojo cansado, huyendo de las grandes olas de veneno, logro ponerme de pie y volver a mirar el escenario a los ojos, con las pupilas como túneles abiertos donde entraran las malas influencias, y los ñoños y las putas y los bazuqueros y los poetas, y toda alfombra voladora que parezca un estímulo y quepa ahí me trae una respuesta que ya creía perdida. Un paraíso que puedo tocar con mi mano, como si en cada palmeo del bajo una quiromancia abriera sus territorios, y yo volviera a soñar con el pasado de las palabras con tan solo ver mis dedos.

En la torre de sonido en la que fundé mi nueva estadía me encuentro a César, y como si el rostro de su alma no se dibujara ante mis ojos hace muchos años, lo abrazo fuerte, como a un perro perdido, y sería bueno decir acá que toda amistad profunda construye sus fundamentos en este tipo de circunstancias, donde la desolación habita y un rostro conocido se parece al

fogón. Hay unos juegos pirotécnicos, no sé por qué, y entre el humero que se atenúa, con más densidad, sobre la nube de la masiva sativa, sale la banda que más he esperado esta noche: ¡No sea hijupeuta!, INGRAND, y con César nos miramos como pillos, como cómplices que en la búsqueda poco fraterna de la poesía logramos ver el rasguño de la eternidad, que se parece a este mechudo flaco gritando conjuros hechos de ira, de lamento, de alma; y mientras la nuca se me troncha entre movimientos que me rodean, que circunvalan en los campamentos de mi cabeza, también el metal hace lo suyo, y me va guiando en la oscuridad cual hierofante que abre libros sólo para traer el verso preciso, la llama nocturna, la *coordinada* que todo lo consume, como un punto magnético que llenara la posibilidad. Mientras veo a César disfrutar los últimos compases de *No hay doble realidad*, yo busco desde este punto el rastro de mis amigos perdidos. Par de bastardos con sabor a carbón, que diera por saber de ustedes. Hierba mala nunca muere, me dice César, y nos miramos a los ojos con la certeza de que esa respuesta no es suficiente, porque la armonía secreta del pogo nos ha disparado a orillas diferentes del acontecimiento, y saber eso nos arrebató la nostalgia porque nos da risa, pero al tiempo nos anega la profunda duda. Quisiera cantar Ingrand con el tierno roedor de Satanás y abrazar en los coros al Pollo. Además (que es volver a nombrar al Adán), César y yo no somos suficientes. Nos anidamos en palabras altruistas y nos ponemos gafas para asomarnos al lugar oscuro. Algo nos falta y son ellos. Mientras tanto, el metal es nuestra compañía junto a Rock al Parque y su bataola, que ya es mucho, porque la buena música siempre algo le canta a la ausencia. Puras plegarías, que ya son estrellas, la verdad.

La palabra nació para cambiar la opinión de otro. Contar una historia es descubrir un asombro nuevo, y esa es una palanca suficiente para que la piedra permita el fuego. Así

convenzo a César (tan magnánimo que es teclear ese nombre) de que miremos más allá para buscar a nuestras amistades, de que nos fijemos mejor en el (pogo) Adriático que ya parece el Magdalena inundado de babillas avisando la fuga de Sámano. El odio y el metal y el sudor se destilan en la barrica y a guitarrazos nos empujan, cada vez más cerca del abismo, *on the edge, baby*, y César me cree, a pesar de que yo digo cosas triviales, y cuando nos concentramos como dos tibetanos que buscan el sigilo de la montaña en la muchedumbre, cuando nuestros ojos no son nuestros sino que pertenecen al viejo halcón lleno de mistrales maíces y helios de hidrógeno, entonces vemos al *skinhead*. El trompo indeseable en la contienda física. Ese calvo hijueputa que se había perdido entre las chamarras y los hombros, ahora atacaba como un ninja entre un humo espeso que a todas leguas era un lacrimógeno. ESMAD puro. “Yo soy un bicho lacrimoso”, como diría un perdido. El chillido en los ojos y el infierno quemándose en las gargantas de la gente que corre son suficientes para que yo sepa actuar con sabiduría. Esta vez me quedo quieto, y lo mismo le dije a César, ¡Venga mi ñero!, y que lo agarro de un brazo y se lo mando a la jeta para que se proteja de la nausea, de la muerte, de los pensamientos que rodean ese humo blanco, esos nombres que andan ahí, entre el poder de ese asco hecho fumaza que a pésimo proceder trata de pelear con el vapor ecuménico de la bareta, que es humo santo, tan diferente y dulce como el pecado (y todas sus ecuaciones), y mientras César y yo nos aferramos a la torre de parlantes como un mito se aferra a las siete formas de la memoria, y el primogénito del metal, que es el cantante de la banda, es decir, INGRAND, dice que *Sale del alma*, y esa voz bifurca y redobla a todos los que estamos acá, en esta sala del tamaño de una casa llamada Bogotá, una sala chiquita en esta inmensa casa del terror, donde cabemos tres apenas pero cuatro siempre es buen parche; esta puta urabanáuta, donde los que cantan ahora

también nacieron en alguna clínica cerquita, y tienen parche en la calle, parche que pregunta por ellos cuando se ausentan, porque acá matan a las ardillas voladoras como a las ratazas víboras, que nada y todo tienen para decirnos, como César, que ya se vomita de la ansiedad y el resquemor, es su primer Rock al Forcha (Basta nacer (acá)).

Como una ofrenda inversa, la banda por fin acaba su recital y la masa tóxica que los escucha, coronada por una blanca nube de marihuana, aplaude como un coro caníbal que todo lo consume. Se apagan unos reflectores allí, asoma una voz amicrofonada que algo dice pero nadie le hace caso, y César me mira sólo para reírse de mis adjetivos embalsamados en paladar trabadito, sabroso, como este grupo de punketas flacas que vienen gritando en la diagonal, parecen en hongos, igual así estamos alerta, otra vez con las pupilas abiertas como cárceles, dispuestas a recibir todo lo que llegue, y justo en ese pensamiento se aparece el Pollo, de la nada y a la distancia, como un talismán con máscara de indicio, frágil pero sólido, una ofrenda humana al *death metal*, radiante como Chérbobil y dispuesto a desperdigar más desesperanza, pero ante todo, con la risa frágil que resquebraja toda reacción nuclear del odio, así que fácilmente le suelto un abrazo y le pregunto por Satanás, pero el rey de los *sensoriums* viene atrás, a la espalda del Pollo, cansado de todo, de sus cazuelas de fuego, y también a la espera de un abrazo de sus amigos, que son su familia, su barrio, su ciudad, su país. El corazón.

Ingrand por fin se sale con la suya y abandona el escenario. Hay un descanso similar a los recesos que piden en el basket, porque toda la plaga que somos agita los brazos y se pone a construir porros o a manotear historias o a construir una hazaña donde pueda recostar el alma. Yo ya estoy muy trabado. Muy negro. Muy poeta. Y me duelen los libros porque todavía no he leído ni mierda. Es el 2002 y yo nací en el 86, y los dones en la mirada que me otorgaron no

han sido suficientes para descifrar a lxs diosxs ocultxs de la literatura, que nombrada así, llena de abismos, parece muy seria la literatura, pero en verdad es una magia, una catedral que se mueve como un gato en los techos, ágil, precisa y perdida, y que en cada luz que entrega me desenfoca un poco más, porque, a cuerpo de Lucifer soy metalero bogotano (si es que tal cofradía no arde), pero también a camino de mendigo me afirmo que soy poeta. ¿Ah no, que me salió hasta en verso? Qué borracho estoy, pollito, mejor camine por un maíz a la brasa. Y así nos vamos, después de un trasegar lento para salir del Simón Bolívar, después de Agony, una gran banda que me agarró en una inmensa fatiga, pero acá estamos, dispuestos a comernos una mazorca y volver a casa. Basta nacer. Bogotá y su puntera explotan cada tanto, entre las décadas, como el balazo que se libera a gusto en el rencor. La maldición pervive entre los cuervos.

Los diarios del escape

I

Hoy siento el latido del mundo. Me llega como un malestar de manada, una azarosa vibra que mantiene afuera las uñas. Siento, además, que mi cuerpo se parte en mil pedazos. Algo lo tasajea por la nuca, las muñecas, las falanges, el pene, los tobillos, el tórax, las rodillas. Algo me quiebra mientras leo poesía ajena. Y no son los versos, sino un martillo invisible que brota del ambiente normal de mi cuarto de paredes blancas. Un oleaje transparente, como el aliento de todos los seres humanos, entra por la ventana y me destripa, me hace sentir que me reviento en mil fragmentos, que mis huesos y mis nervios y mi carne se abren y saltan por el aire como un reguero de cerveza. Y trato de recuperarme, no se los niego; me fumo un cigarrillo, me aviento un dulce a la boca, pero la mareta de alergia sigue ahí, entre los labios de mi rostro y mis dunas espirituales, cosechando drama y aventándome a donde no quiero ir, un lugar negro donde nada palpita, donde nada existe. No me quiero ir allá entonces vuelvo al poema ajeno y la verdad es que no me salva. Entonces escribo, y aquí lo dejo todo. Todo junto al aliento de ustedes, que de seguro estuvieron allí, perdidos en el susurro, estrangulándome al momento de redactar este placebo.

II

Escribir es un acto escatológico y dramático. Tenía razón Artaud cuando vociferaba: “todos los escritores son unos cerdos”. Tal vez sólo la cifrada y apática lengua de la ciencia o el periodismo que puede llegar a bajas temperaturas tengan la azarosa categoría de ser una “escritura limpia”. Una escritura que es el espejo de la mierda que somos, en muchos casos, pero no su vertedero. Porque el basurero real se arma cuando todos queremos escribir para desahogarnos, para librar los demonios, para sanar la enfermedad del alma. Ahí radica un problema terrible con nosotros mismos. Un deleznable inconveniente que nos lleva a utilizar la escritura como desagüe, mas no como terapia verdadera. Escribir, si es para sanar, no tiene nada de confesionario sino más bien de posesión demoníaca. Quien escribe delira y crea monstruos o fantasmas heroicos, petulantes e irresistibles que, en medio de sus caminos posibles, llevan al autor, casi que de una manera serendípica, a encontrar el tesoro oculto de su locura literaria. El fruto enajenado que nunca buscó pero que le salvó la vida. El cáliz embrujado que promete toda poesía, en el fondo de sus rosas y su azúcar y su infierno. Ahí es donde nos lleva la escritura que sana. No al retrete donde a fuego de alfabeto y desazón, hacemos explícita nuestra miseria y nuestra pobre autoestima, un papel vacuo lleno de letras que así lo lean todos, apenas arrancará un sentido pésame y un remordimiento, pues de una manera fatal, acá en la tierra que habitamos al parecer

sufrimos y gozamos de manera similar, casi gemela, y yo quiero leer para no vivir en este mundo sino en otros posibles. Menos aún quiero leer los textos que sirven para sentirse mejor cuando sólo estás vacío de momento. Luego todo eso volverá y con más fuerza, porque sólo lo empujaste a un párrafo, no lo utilizaste como un insumo. Volverá y te buscará para matarte porque sólo lo abandonaste, no fuiste capaz de hacerlo parte de tu poesía.

III

Dar una vuelta al parque es la chance de no estorbarle al mundo. En el silencio de tu propia carrera escuchas a tu organismo agitarse, balancearse entre el ritmo que llevan las piernas y las tripas. El oxígeno te revive. Correr es como limpiar una máquina de afeitar con un secador. El aire te entra fuerte y da la presión justa para despejar muchas cosas en tu cuerpo, no sólo tus vías respiratorias. Algo que siempre siento es que mi inteligencia aumenta, en muchos modos, luego de correr. También aumenta mi excitación sexual y, como ahora, no soy capaz de ignorar a una corredora hermosa que se detiene a darle un pequeño ajuste a sus zapatillas. Le pregunto si está bien. Me dice que sí, sonrío y se queda mirándome, como si me quisiera preguntar algo, pero yo soy el que abre los signos de interrogación: ¿Vives por acá? Siempre vengo a correr y nunca te había visto. Una cuestión baladí, a todas luces, pero nadie quiere ser rudo y hay que romper el hielo con cautela. Nos vamos corriendo juntos. Por tramos hacemos silencio pero mantenemos el mismo ritmo. Luego ralentizamos el paso y vamos a tomar agua y un batido nutricional en un carrito que atiende en el mismo parque. Sonreímos más de lo normal. Ella paga la cuenta. Yo guardo su teléfono y quedamos de hablar. Cuando regreso a mi casa me es imposible concentrarme en escribir.

IV

Escribir cartas se parece a crear rutas. Sobre los mapas, en la distancia de los hechos y de las horas, la empatía se convierte en una crónica. Se trazan las líneas de una historia y se teje un camino invisible para viajeros líquidos, presencias fugaces que se transmutan en el texto y bajo las reglas del relato exponen su mundo, o un fragmento de ese mundo. Para quien recibe la carta, leer es descubrir. Con gozo exacto al de un explorador del abismo, casi con miedo, se abren las epístolas que llegan de la distancia. Allí existe una historia que no conocemos. Existe una refractaria que llenaré con mis expectativas necias y mis asombros. Existe el otro, invisible, desmontado en la escritura silente que aguarda para despertar las ilusiones. Porque para quien escribe la carta y la envía la ilusión de imaginar a su posible lector le es muy grata. O por lo menos eso creo yo. Sería devastador enviar una carta queriendo que nunca llegue a su destino. Enviar una carta para no imaginar que alguien la lee. Enviar un fantasma para que alguien lo despierte. Enviar al cartero a la Nada.

V

Supongo que ciertas confesiones no esperan. Y si me pongo a pensar, todo lo confesable de mi vida lo he dicho, y tal vez antes de que sucediera. Porque he vivido una vida estridente, de excesos, dibujada entre ensueños y hechos, porque alguna vez me imaginé como un rey en aquellos palacios del opio y la voluptuosidad, y no me arrepiento, al contrario, felicito al azar, al destino, a lo que se venga y a lo que se fue, por darme esta intensidad tan vívida y frecuente, tan llena de salidas, de entradas, de posibilidades, tan contundente y material como sinuosa y espiritual, tan lúcida como pragmática, tan elocuente como silente. He vivido lo que he leído, lo que he escrito, lo que mi poesía ha detectado en los ángulos infinitos de la vida. Para eso he vivido. No para escuchar las mentiras de los poderes, ni para inventar una barca donde escapar, o para flaquear al momento de llenar de sangre la calle y de aullidos la noche. No vine acá para bailar los oprobios de la masa ni para vivir el señalamiento infame de los pueblos. No vine para ser un gregario, una rata de laboratorio, un germen sin futuro, una cucaracha que no le importa al mundo. Yo vine para que mi vida sea la gran historia que un día me prometió la literatura. Una historia en la que puedo tocar la magia y también sentir que la pierdo. Una historia donde sea yo una marea libre. Una historia donde mi voz dialogue con la esfera de mis escenarios infinitos y me susurre la mejor elección.

VI

Los mensajes brotaron del celular como un racimo de esperanza. La conversación digital me empuja a verla de nuevo. Con el peso de la ingesta de mezcal que viví anoche, digo que sí, a pesar de saber que puedo comportarme como una bestia fácil y ahogarme entre copas y sonrisas tibias. Nos encontramos en el bar que nos queda cerca a los dos, un lugar mediocre que coloca rock y tiene excelentes meseros, siempre complacientes con los pedidos musicales de la dama y celestinos al momento en que esbozo mi pipa de vidrio para dar candela sutil a la marihuana. Ella también fuma. Ella también es *marafa*. Su rostro, antes angelical y dulce, se torna pícaro y noctívago, como si quisiera que esta versión de los hechos ya pasara y diéramos paso a otra cosa. Y yo utilizo la palabra ‘cosa’ porque estoy nervioso y los nombres que tengo para todo tiemblan sobre mi ombligo. Hay algo que me arrastra a donde quiero y a ella también, y los dos ocultamos esa sensación para hacer más grande el momento, o por lo menos más agraciado, como si la cordura de los amores dependiera de la improvisación y las contenciones voluntarias. Te quiero y no te quiero, y ahí nos encontramos, en ese cúmulo de ganas que se lanzan y se aquietan, solo para saber que la conveniencia se viste con tus ojos.

VII

Cuando hace hambre la literatura se detiene. El espasmo en el vientre no da tregua. Hay que comer y seguir, ya sea con la lectura, con la escritura, con la vida, pero después de unos tacos, de una empanada, de unos frijoles, se puede seguir, se puede encontrar el entusiasmo. Hay gente que odia el mundo, tiene el bolsillo con dinero y no se da un plato que acalle su infelicidad, prefieren vociferar con los otros, expandir su mala vibra, su hambruna vuelta mala cara. Usualmente la gente que siente mal genio y no se da cuenta que es por el hambre, sufre un decaimiento momentáneo cuando otra persona les evidencia el origen de su ira enferma. Sí, amigo, eres un neurótico y es debido a que te resistes a tragarte las cosas. Te resistes porque engordas y morirás. Te resistes porque quieres ahorrar para ese viaje, un trayecto hasta la Habana que te costará ciento veinte días de hambre, de mal comer. Te resistes porque no quieres ser un muerto de hambre, un mata panes, una langosta que arrasa todas las boronas, todos los sobrados. Te resistes a ser un monstruo que viene del grito vacío y gutural de tu estómago. No quieres esa piel, ese revés de tu ser, el rugido que arruga tus tripas. No lo quieres porque te resistes a llenarlo. Te resistes a pensar que la mayoría de tus esfuerzos sean para llenar esa tula y poder vivir más, sentir más, conocer más, amar más. Te resistes, neurótico hambriento. Te resistes y nadie te lo perdonará.

VIII

Uno escucha canciones de amor y se pone todo pendejo. Se enamora de gente que no existe, se inventa ángulos perfectos donde sólo hay horror y vacío, se inyecta porciones inmensas de optimismo a sabiendas de que el paso del tiempo es lo único que no se detiene. Pura buena vibra. Y es que el amor cantado es hermoso. El amor de los poetas y sus versos en decálogos de perversiones bajo el lucero de la noche. El amor de serenata, sea de mariachis o trío, no importa, es un amor que embriaga y perdona, que acepta y despide. El amor de la declaración, casi vergonzosa, y siempre entre el candor de un drama invisible, es un musical para descubrir el rostro y dejar la máscara. El amor de las canciones, así sean ridículas, es el amor que nos da esperanza, así sea falsa. ¿A quién le importa? Ni a la policía ni al gobierno que me cobra impuestos les importa, así que debemos relajarnos y sentir esa falsa esperanza de la música cursi que le canta al amor. Un amor de peluche que se pierde en un incendio. Un amor que vuelve y se va y vuelve y se va como un familiar que vive en la distancia y al que uno jamás acaba de conocer. Un amor del canto, mejor dicho, y de las melodías que se le ocurran en el piano de lo días.

IX

Cantaba Mama Africa. Y la cantaba como angoleña, como nigeriana, como sudafricana, como latinoamericana metida en unas zapatillas hechas en Vietnam. Una tapatía trotamundos tan hermosa como los poemas del poeta chileno que tenía una pinta en su casa, no recuerdo el nombre de ese tipo, pero recordar su poesía, aunque no recuerde bien sino la brumosa zozobra sonora de sus versos en mi avenir, me da la suficiente sapiencia para saber que ella se acerca como ella es, Mama Africa pero güera, rubia, *loira*, se acerca así, como todo el sol del mundo, que cuando yo sé que me cabe en los ojos sé que solo sé la vida, tan enamorada de ella misma que soy otro género: no hombre, no mujer, no tránsito, otra cosa, otra estación, la simple vida de verla cruzar el corredor de un parque mientras los colores de la ciudad hacen lo suyo.

X

Escribir es parir los hijos ajenos, esos con los que se vive un rato en armonía pero después se les odia. Así pasa con lo que uno escribe y lee después. Te habita, te gusta, vive de tu plato, fuma tus cigarrillos, y pasa el tiempo, vuelves a esa página, te metes buscándote para encontrar un retrato sobre el vómito, un mapa desencajado y falto de piezas, un dibujo de un niño maldito. Y cuando escribes novelas es peor. Quieres escapar de esas historias, quemarlas a tus espaldas como naves que te llevaron a otra isla desesperada. La literatura es un hilo invisible, filoso, y quienes nos cortamos día a día con su punzante hábito, sabemos que el escape de nuestra propia creación, así como el volver a ella, es el infinito laberinto en que viviremos, con gloria o sin ella, con lectores o sin ellos, pero eso sí, con poesía que nos permita aguantar el abismo que se abre desde la primera palabra.

XI

No me resistí. Su ritmo era mejor pero la alcancé, y creo que fue gracias a los Doors y su rola L.A. Woman, me hicieron coger ritmo, no tener ansiedad pero sí alcance. Y me lancé a la primera palabra de la conversación, todo feliz, lleno de esperanza, y para mi buen haber ella andaba igual, toda oxigenada, como el aire mismo, y me dijo, hay bendito Satán, ¡Vamos por una chela!, y yo le dije Hágale, a secas, pero fue suficiente para llegar sorprendidos al bar, sin prisa pero al trote, lientos y manoseados por la vida, exaltados por el acontecer cotidiano, viendo el mundo como unos corredores que ya están quietos: así era esta circunstancia hermosa que liaba la mesa y me dejaba brindar con la guadalajareña, porque ella venía con el devenir del trotamundo, desaliñada y sexi, y a falta de ducha tenía los ojos brillantes, sobre todo cuando aterrizaron en la mesa unas micheladas rebosantes, ahí, sus ojos cafés se hicieron verdes como el limón de México que hace jugo entre los dedos, y luego se volvieron grises, como un pez que sube a tomar el sol en el espejo de un lago. Hablamos de la vida y en ese tema caben muchas cosas, así que lloramos, reímos, bailamos la Fruta de la Bernardo, y algo nos hizo papaya abierta, mango en corte de canal, labio sanguinario, cercanía de barrio, y obvio, nos besamos, y luego un taxi fue la calesa en que todo amor tembló con el cuerpo entre los baches de las llantas, y nos quemamos al llegar a su casa, con las tetillas y los pezones sedientos de ombligos y las nalgas buscando el mordisco que hace gritar los cuerpos como un despertador a las ocho de la mañana. Sí, tapatía mía, son las ocho, y yo ya tengo que volver a escribir.

XII

Deberían de tratar, aunque les cueste unas canas de más o un mal sabor en la boca, de escribir con lo que tienen adentro, con lo que de verdad les duele, lo que de verdad les torea la bilis, lo que en serio los pone contentos; porque ya no damos a basto con los escritores apáticos que piensan del mundo lo mismo que una meditación, o que tratan a la hermosa lengua tan bien que confunden al lector con soberana pureza, y ni hablar de los que señalan virtudes por alcanzar (peor aún, las explican), o de los catedráticos que trazan tantos mapas que al iniciar el viaje ya olvidaron cómo navegar. Deberían de tratar, perros sin audacia y libertinas aburridas que le ponen el pecho a la literatura, de escribir con lo que tienen adentro, con lo que de verdad los pervierte, los mutila, los enaltece. Con las palabras que los hacen más oscuros, más humanos, más cercanos al dislate y la locura. Sean sinceros. Sean la poesía sin el filtro de la moral manoseada que a todos nos entregaron, nos enseñaron, nos heredaron como si se tratase del tesoro del saber. En esa poesía, y lo verás alguna tarde de octubre, arde el corazón del mundo, arde con el fervor propio de las galaxias que abrazan el sol.

XIII

Yo vi al monstruo cruzar la puerta, caminar con rumbo al frío lago que se ve desde la cabaña; pasó entre los árboles decidido, sin mirar atrás. Alguien le hizo un disparo. Cuando empezó a desaparecer su peludo y harapiento cuerpo en el agua, un reposo nos cobijó, aunque fuese de momento. Porque allí permaneció, bajo el ritmo singular de la oscura laguna, una media hora. Luego volvió a salir, con el mismo rumbo, es decir, hacia la casa, y cruzó los árboles sin mirar a ningún lado, ni siquiera a los que estaban afuera tratando de escapar; y cuando la puerta estaba frente a él y ya venía por todo, un balazo le partió la molondra en tres pedazos, pero siguió caminando; su cuerpo se estampó contra la biblioteca de la casa y todos los libros se regaron por el suelo. Entre la sangre del monstruo y los charcos de su bilis color azul, se alcanzaban a leer títulos como *Yo, el supremo* y *Lolita*.

XIV

A tu lado no siento la muerte. Mi niña, qué lindo, qué raro, qué fuerte. Yo te veo trotar junto a mi como un sombra azul y fuego entre las secoyas del parque, que son tan cortas como tus ojos multicolor pero suficientes, y cuando paramos por un agua en la caseta vibrante de un culichi muy buena gente, él sabe que estamos enamorados, y nos hace bromas, y nos ofrece dulce, dulce de verdad, y yo te veo a ti, güerita del alma, mi eterna luz de ahora, ser un alma feliz, y muerdes la paleta como un niño que se mete al mar por vez primera, así, o si vamos más allá, como un tequila que encuentra su borracho preciso, y en medio de la loquera que este mundo puede ofrecer, algo dentro de vos dice que estas enamorada, como yo, qué locura y mi presencia es igual, y aunque yo todo esto lo imagine en secreto viéndote mascar unos Doritos y pagar una Coca Cola, me da igual, porque lo desigual eres tú, que me ofreces una versión de la vida que no tengo que escribir sino que sentir. Nada de esto es relato. Por primera vez me abstraigo de mi diario. Gente que lee estas palabras, aunque las veas en tinta son puro fantasma. Pura transparencia que te atraviesa y te hace bien, aunque yo jamás escribí esto.

Desbaratando la biblioteca encontré el recuerdo de mi abuela. O a la que yo le decía mi abuela (secretamente) es decir, a mi tía Mona, la hermana de mi papá. Y ella lloraba cuando uno se iba de su casa, como si nos enviara a un viaje para nunca más volver. En su casa leí unos libros polvorientos, escondidos en los entrepaños de un mueble elegante, blanco, que está empotrado en el estudio que conecta con la sala de visitas. Paulo Freire, Porfirio Barba Jacob, Jorge Isaacs, Agatha Christie (de esta última, recuerdo haber vivido sus libros como somníferos: primero me emocionaban mucho y con el pasar del asesinato comenzaba a producir lagañas y a bostezar). A la hora del almuerzo con toda mi familia en los diciembres sacros, alrededor de mi tía Mona, todos llegábamos con hambre pero yo aparte venía con el cerebro dinamitado. Quería hablar de otros mundos, de realidades alternas, de posibilidades que nos llenaran el pecho. Quería tocar lo imposible con las palabras, el revés de lo fascinante, o al menos lamer su magia, lamerla como un helado que te da una mano ajena. Desbaratando la biblioteca encontré una foto de ese almuerzo y me acordé que la literatura es una familia importante.

XVI

Y cuando ella me invitó a su casa y me puso a Hendrix yo iba subiendo las escaleras en un bolero de Agustín Lara. A veces el rock y la poesía son un conato de violencia entre un águila y un gato, cada uno en su brinco y su aire, volando y saltando, en gerundio, porque el paraíso se toma por asalto como algún día me dijo un libro, no me acuerdo cuál, pero ver a la tapatía zafarse, fácil y exquisita, de las pocas telas que cubrían su silueta, pues, no sé cómo decirle a este diario, ay, no, ni sé qué nombrar, pero era ella y una mapa sobre *ela*, el rumbo de su cadera se abría como cerrar un libro salvaje, y cada río que tocaba mis férulas y pómulos inundaba el oxígeno de la primavera a la que me acostumbraba, tan turista y de sombrero, tan cínico y escritor y mediocre para tantas cosas, y aún así tú estabas llena de luz para todo, para el mundo y para el rincón bastardo del mundo que era yo, en esa esquina, donde la música también hacía una entraña y se quedaba, soplando un desierto entre la carcajada de un colchón, haciendo un bolero donde empezó el rock.

XVII

Es emocionante recordar la poesía, su terremoto incesante bajo los pies, el aroma de muerte, de primavera, los cerezos tirados en el patio, secos, y tu rostro de pólvora, de peyote, de pérdida eterna en el espacio infinito de lo que yo alcanzo a recoger con la palma de mi mano, que no es muy grande ni muy pequeña, pero que alcanza para guardar una porción del mundo, una micro dosis que, si quieres, mantendré en secreto, como la poesía, que es misterio y es hechizo, pero siempre es ritmo, aunque a muchos no les guste bailar, pero eso es otra cosa, porque acá estamos los de la parranda máxima, los que tiramos granadas por la ventana del carro que nos dirigía al gran viaje, las que matamos a un dios y pusimos al zombi a lavar las cortinas, los que gritamos a una aurora que aquí estábamos, sedientos y hermosos y miserables, pero presentes para estorbar y para escribir poesía, cómo no, si para eso mis manitas están más que listas, están preparadas como las armas de un pelotón que se alista al fusilamiento de un libro, como las ecuaciones que vendrán por ti en forma de fichas si no lees poesía y pierdes el rumbo como por variar.

XVIII

El perfume de su apartamento era hilarante. Su perro se llama Larry y ella deja sus zapatillas de correr a la entrada de la cabaña, un iglú de ladrillos que aguantó los temblores de Ciudad de México, pero que brilla en magenta y azul cuando nos besamos sobre la mesa redonda. Luego comemos un banquete de reyes, glotón y con buena música: ¿Qué más se puede pedir? Y yo te veo reír y sé que la vida es grata, tan hermosa que siento aproximarse un almario que dice todo. Un eclipse cruza las avenidas del acontecer y del ser, y yo ahí entiendo que un punto es todos los puntos, y que la posibilidad es tan rápida y hermosa y tan lenta, que lo efímero y poético se queda para ser esculpible y patético, para que hagamos de todo lo hermoso una ridiculez, como yo ahora declamando esto que no escribo, y como en otro capítulo de este diario, ya nada está escrito. En la humedad de un beso hay un tsunami.

XIX

Es disparatado recordar a la ficción. ¿Seré yo, maestro? Quién sabe: cualquiera puede ser el culpable. En la tragicomedia de los días, sobre todo en las lecturas en que se va un día, o varios, está el sabor de perderse entre las páginas, frase manida pero muy alentadora, ya que, una ficción tiene como promesa darte un paseo. No importa a dónde te lleve, siempre debe ser un paseo con tías, ollas para la sopa junto al río, perros, gato, abuelo, cerveza y una música que de gracia al tiempo que pasa, porque verdaderamente de eso se trata: de los libros que nos acompañan en la fuga constante que habitamos por paciencia y gusto, de los ficcionarios de riesgo que hemos abrazado como se abraza un amor para toda la vida, o como se abraza por última vez a alguien, con ese túnel que se abisma en las entrañas y nos dice que estamos vivos, tal vez más vivos que nunca, o solo intensamente vivos, pero bueno, ya qué: en el volumen donde está escrita la historia de cada uno también está la receta para extraviarse en los jardines.

XX

Cada vez tengo menos ganas de escribir y más ganas de verla. Me importa menos llenar de orgasmos la página en blanco porque a ella la quiero llenar de poesía, de poesía infinita que sepa a todas esas flores que prometen los escritores pero que apenas se quedan en lunas. En noches que caminan. En gente que les da una sonrisa frente a sus ocurrencias. Me cansé de ser escritor porque estoy enamorado. Me cansé de estar enamorado de la literatura porque un ser humano me hizo sentir el amar de las verdaderas sabias. Tibias. Lozanos. Brillantes y siempre en la presentación de la piel. Te amo, tapatía de mis párrafos y que llenas este diario como si fuera algo premeditable que nunca vi venir. Como todo lo contrario. Me pierdo donde soy. Y te amo otra vez, aunque no lo creo. Aunque me abandone el libro por tu amor o yo abandone esta escritura que ya nada me entrega. Nada me dará vida como tu arrojo y tu dulzura.

Yo no sé decir cuánto me ha dado la literatura. Puedo nombrar, por ahora, la flagrante alucinación continua, el sexto sentido fantasmagórico, *la capacidad de ver las almas escondidas como diamantes en el reloj del mundo*, o el atisbo de zorro, la pisada del borracho y la gritería de un silencio, un silencio bien adentro que cuando todas las bocas que tengo en las venas griten, se escuchará por toda mi sangre, como un eco de balandros negros, como si un muerto a quien ya olvidamos volviera a la vida para vengarse, y decirnos una noche de lluvia que somos unos hijueputas y que no merecemos morir, oh bendito descanso eterno, pero sí, que no merecemos eso, ni la rabia de los perros ni la agudeza de la noche, y todo por esa literatura, por ese enjambre sonoro lleno de mundos dispares que habito como si fuera mi casa.

Abro los ojos y lo primero que veo es tu cabellera sobre mi pecho. Respiro y huelo tu pelo. Luego suena tu despertador, el más triste del mundo porque es una canción de Chavela Vargas, y dejo sonar su voz en el cuarto mientras huelo tu corona revuelta de color carmesí, algo sin igual, y *uno vuelve siempre a los viejos sitios donde amó la vida, y entonces comprende* que nada está perdido cuando tienes esto entre las manos. Mi mano habitando la tuya, inquieta, perdida en las arrugas de la sábana, manos perdidas pero aferradas una a otra como almas que fugaces y delirantes se quieren besar hasta el último día, o al menos eso creen. Y esta posibilidad yo la tuve cuando leí, cuando escribí, vivir el mundo de otros y el mío, pero la verdad ya nada quiero de eso. Quiero esto. Quiero la verdad, quiero tu mano y la cama arrugada con nuestras espaldas llenas de mugre, producto del amor que creemos y actuamos para que se de bien, música pura que se da al amarnos. *Candor aeternum. Vida sensata. No scripta manent.*

XXIII

Voy con el sustituto. Me dijo, hace unos días, que lo remplazara. Debía abandonar su lugar en el mundo. Por unos días, tenía un compromiso en la playa más cercana. Yo acepté, con todo gusto, y me apropié de sus coordenadas, de su voz, de su familia, de sus posiciones más íntimas. Entrar en un lugar en el mundo, ajeno, es cosa seria. Es una tarea para gente responsable y que respeta la otrora. Porque siendo sustituto cogí con su mujer, bebí su coñac, me fumé sus habanos mientras acariciaba su perro y estrellé su coche, torpemente, a la salida del estacionamiento familiar. Una mierda de sustitución, pero al mismo tiempo virtuosa, porque he respetado y respetaré lo que es de otro. Ahí está todo, tal vez no como me lo dejó, pero sí más evolucionado, en otro estado más abierto y tranquilo. Cuando veo al sustituto me da la mano, le entrego su corbata y sus llaves y él me da la paga, la necesaria para que yo vuelva a mi lugar en el mundo y me acomode en el sillón, donde esperaré, con pereza y desdén, que alguien más quiera largarse de acá, y ahí estaré para esa persona, siempre listo, siempre dispuesto a remplazarlo cuando no hay tiempo que perder.

XXIV

Las mañanas deciden el acontecer del resto del día. Se fuma a sabiendas de las agrieras y se toma café con el estómago vacío, como se alista la agenda electrónica o se organiza el escritorio. Entre ejercicios de lectura mexicana, esporádicos asomos en la venta que da a la calle Gobernador Luis G. Vieyra y lances a la cocina por frutas o semillas, mis tiempos matutinos se hacen flexibles y me llenan de energía. Sin la palabra de la mañana, la tarde sería aburrida, casi que ignorada. Mientras que una buena ingesta de textos entre 7 y 8 AM fácilmente pueden llenar de inquietudes al individuo: ideas, palabras, símbolos y secuencias que se movilizarán con esa persona a lo largo del día, casi que acechándola. Resolverlas y agudizar la mirada frente a la realidad que termina de barajar las lecturas que traemos dentro, son actos de arte que suceden y desaparecen. Literatura efímera. Arte de lector. Una continua interpretación que se convierte en un texto que nos recorre y nos hace. Un realizador que no pierde guión ni escena porque lo condena el trepidante ritmo del tiempo que no cesa.

Nos fuimos para Guadalajara y yo fui el hombre más feliz del mundo. Larry se vomitó en el carro en el kilómetro 80, pero ni el hedor ni las paradas innecesarias me quitaron la sonrisa del hocico. El perro volvía al sol. El caballo blanco cruzaba el centro de la belleza tapatía mientras una ciudad ensambla su baile en la locura de las almas que la habitan. Ahí sentí la dicha y casi pido matrimonio. En bien de nuestro amor, no lo hice, pero igual le dije que nos quedáramos para siempre, y aunque ella no lo escuchara, le prometí que dejaría de escribir por su amor. Sí, que me sustituyera otro bon vivant, porque yo no podía ser un tipo que amara a esta mujer y al mismo tiempo un bardo serio de literatura. No puede haber dos amores tan grandes en mi vida. Me volvería un bicho raro. Alguien que no sabe para dónde va, si para el sueño o para la carne. La apostasía de mi oficio es mi devenir fortuito. Algo será de mí con este amor. Algo más grande que el poema infinito que jamás escribí.

XXVI

Estas son las últimas líneas del diario que empecé creyendo en la literatura pero finalizo creyendo en el amor. Piensen lo que quieran. Mi corazón vuela en el tiempo y eso antes no lo tenía. Piensen, tal vez, que otra vida es posible. Siempre créanlo. Yo no lo hice y me encontré una sorpresa más hermosa que todo el universo. Y no lo hice leyendo sino corriendo. Pero bueno. Menos me habría dado cuenta de estas cosas si no me hubiera inyectado la literatura tan adentro. Tanta poesía hace bien y hace mal, pero sobre todo, y eso no se le niega a ningún arte letrado, sobre todo enseña a ver el mundo como si fuera un lugar del orgasmo. Sí, del orgasmo que no podemos explicar y que somos todo el tiempo. Pura ceniza tanimbú.